DOAK S. CAMPBELL

EL MAESTRO EFICIENTE

JUNTA DE PUBLICACIONES
DE LA
CONVENCION EVANGELICA BAUTISTA
BUENOS AIRES

159

DOAK S. CAMPBELL
DOCTOR EN FILOSOFIA
Profesor de Educación en el Colegio de Maestros
Jorge Peabody, EE. UU.

EL MAESTRO EFICIENTE

Traducido del Inglés
por
JOSE M. RODRIGUEZ

JUNTA DE PUBLICACIONES
DE LA
CONVENCION EVANGELICA BAUTISTA
BUENOS AIRES

HECHO EL DEPOSITO
QUE MARCA LA LEY

PRINTED IN ARGENTINA
IMPRESO EN LA ARGENTINA

Iglesia Evangélica
Santa Cruz de Mudela
DE

UNAS PALABRAS DEL TRADUCTOR

Todo aquel que se dedica a la enseñanza en la escuela dominical debiera poseer algunas nociones, cuando menos, de *pedagogía* y *metodología* pedagógica (a fin de desempeñarse con mayor eficiencia en la docencia), dos materias en las que infelizmente no es fuerte la mayoría de los maestros de nuestras escuelas dominicales; y no sólo los de las repúblicas iberoamericanas, sino hasta los de los Estados Unidos de la América del Norte, como lo afirma paladinamente el propio autor de este libro, en el capítulo primero del mismo.

Por eso esta obrita, que trata precisamente de esas dos materias, tratadas con vistas a la escuela dominical, viene a llenar una grande y sentida necesidad, ya que nada teníamos de esta naturaleza en castellano, que sepamos.

El libro fué escrito por un hombre eminente, que es todo una autoridad en la materia, y por añadidura creyente, y hasta maestro de escuela dominical. De ahí que alentemos una fundada esperanza de que ha de ser un libro utilísimo

para pastores, directores y maestros de escuelas dominicales, etc.; mayormente, si lo estudian con interés, cariño y aplicación hasta dominar su contenido, de suerte que puedan aplicar los principios y normas que contiene a la enseñanza que impartan.

El traductor se ha esforzado por hacer una traducción esmerada, e inteligible aun para los menos instruídos, teniendo en cuenta que se trata de una obra de carácter algo técnico y por lo mismo un tanto científica, y eso que el autor, según confiesa, procuró expresarse con la mayor sencillez posible. Pero así y todo, aun quedaron bastantes tecnicismos. Si alguno la hallare difícil, no culpe al autor ni al traductor, sino a la índole de la materia, la que siempre ofrece alguna dificultad, por mucho que se la simplifique, para los que nunca han saludado siquiera un tratado de esta naturaleza. Sin embargo, creemos que será fácilmente entendida por todos.

¡Quiera el Señor Jesús, el Maestro de los maestros, bendecir este trabajo y utilizarlo para la gloria de Su Nombre en el departamento más importante y promisorio que tiene Su Iglesia, cual es la escuela dominical.

José M. Rodríguez.

Buenos Aires, octubre de 1946.

PREFACIO

La obrita titulada *Cuando el Maestro Realmente Enseña* vió por primera vez la luz pública en 1934, escrita en colaboración por los señores H. C. Trumbull y Doak S. Campbell. Dicha obra contenía, compendiado, lo esencial del difundidísimo libro del Dr. Trumbull intitulado *La Docencia y los Maestros.* Se preservó en ella, hasta donde ello fué posible, la doctrina y el estilo del Dr. Trumbull.

Aunque ese libro tuvo una calurosa acogida, el autor de estas líneas recibió numerosas cartas de maestros y dirigentes de escuelas dominicales, pidiéndole que escribiese un libro que, a la vez que retuviese la doctrina y el espíritu de la obra primitiva, consignara los progresos alcanzados en la teoría y la práctica de la enseñanza. Con la mira de responder a tales demandas, se ha dado a luz este libro, en el que se abordan los problemas generales de la pedagogía. Adviértase que su fin no es el de formular sugestiones específicas tocante a métodos didácticos aplicables a los diversos departamentos de las escuelas dominicales. Los

que deseen semejantes sugestiones deben recurrir a los diferentes tratados sobre la materia destinados a ese objeto.

Con la mira de que el libro estuviese al día en los dominios de la ciencia y el arte de la pedagogía, se ha aprovechado la experiencia y saber de muchos maestros seculares y religiosos y consultádose las mejores obras que tratan de la materia. Tan numerosos son unos y otras, que no es posible hacer mención especial de los mismos. Hay dos de ellos, sin embargo, los doctores Homero L. Grice y P. E. Burroughs, que han prestado tan valiosa ayuda y contribuído tan excelente material, que el libro no sería lo que es sin esa ayuda ni ese material.

Llegue, pues, a los doctores Grice y Burroughs y a todos cuantos han aportado su cooperación, nuestro agradecido reconocimiento.

Doak S. Campbell.

I

POR QUÉ ENSEÑAN LOS MAESTROS

Aunque las expresiones "Maestro de escuela dominical" y "Biblia" no aparecen en el título de este libro ni en el encabezamiento de ninguno de sus capítulos, con todo, es un libro destinado a esa clase de maestros. En todo el curso del mismo se da por presupuesto que la enseñanza que los tales imparten a sus alumnos tiene por objeto ayudarles a conocer la Biblia, a adoptar actitudes correctas para con ella, a apreciarla debidamente, y a usarla con creciente reverencia, a semejanza de Cristo.

Se espera asimismo que tanto maestros como alumnos usen ora las Lecciones Uniformes, ora las Graduadas, en el estudio de la Biblia y la dilucidación de los problemas que la práctica de la vida cristiana nos plantea cada día; que enriquecerán su enseñanza con otros materiales que lleguen a necesitar, a fin de alcanzar de sus alumnos los mejores resultados espirituales por su asistencia a la escuela dominical.

Si al hablar de la Biblia y de las grandes doctrinas, como el pecado, la salvación, el servicio cristiano, la obra salvadora y el señorío de Cristo, la operación del Espíritu Santo, etc., etc., se notara ausencia de énfasis, atribúyase a lo limitado del espacio y a la índole del libro, así como al hecho de haber otros libros afines de éste que tratan específicamente de esos importantísimos asuntos.

Entre los cristianos evangélicos existe casi unánime consenso tocante a que la enseñanza impartida en la escuela dominical no es ni de cerca lo eficiente que debiera ser. Y ello no es nada sorprendente, como quiera que de los dos millones y pico de maestros de escuela dominical que hay en los Estados Unidos, muchísimos de ellos poseen insuficientes conocimientos de la Biblia, de la historia eclesiástica y de la de su denominación, de las doctrinas cristianas y las misiones, amén de otros asuntos esenciales. Tienen también una comprensión demasiado limitada de lo que sea realmente la enseñanza, así como de su fin principal. No conocen adecuadamente los principios educativos ni los métodos de enseñanza más ventajosos. Tampoco han estudiado suficientemente el carácter del alumno ni han comprendido debidamente cuanto importa conocer a cada uno individualmente a fin de enseñarlo en forma eficiente. Estas y otras deficiencias nos ayudan a comprender por qué concurren tantos alumnos con tanta irregularidad a la escuela dominical, tienen tan escaso interés en ella y reciben tan poco beneficio de su asistencia a la misma.

Es necesario que todos los maestros contemplen resueltamente y con oración los escasos resultados que están logrando con su enseñanza; mediten sobre lo dicho en el párrafo precedente, con referencia a lo deficiente de su enseñanza y resuelvan qué es lo que han de hacer para atraer más alumnos, retenerlos y desempeñarse, como maestros, con más eficiencia que antes. Este libro ha sido escrito precisamente con vistas a ayudarles a hacer frente a estos y otros apremiantes problemas didácticos.

Mediante el estudio en privado del mismo y la discusión en la clase, llegarán a comprender con mayor claridad la naturaleza de la enseñanza, su objeto y cómo debe impartirse, a fin de conquistar al alumno para una fe inteligente y fundamental en Cristo, como salvador y señor.

Con la ayuda de este libro, los maestros podrán suministrar a sus alumnos una adecuada comprensión de las grandes doctrinas bíblicas, y, mediante sabios consejos dados en clase y fuera de ella, cimentarlos en lo que ellos mismos aprendieron acerca del carácter cristiano.

Dada la índole compendiosa del libro, ha sido preciso limitar el número de ejemplos y conceder a muchos asuntos importantes menor espacio del que realmente merecen.

Se ha procurado persistentemente hacer uso de un lenguaje sencillo, exento de términos técnicos; pero cuando se escribe acerca de problemas y métodos educativos, por más sencillamente que uno se exprese, siempre tiene que valerse de un lenguaje que requiere escrupulosa atención.

Es de esperar que este libro excite el pensamiento, provoque la discusión, despierte el interés, atraiga la atención y suscite tales deseos y propósitos de enseñar mejor que incite al estudio de otros libros más comprensivos que éste.

El mundo necesita urgentemente del Evangelio de Cristo. Por eso todo el mundo debe ir a la escuela de Cristo, por ser El el único que puede satisfacer todas las humanas necesidades.

Cristo imparte mucha de su enseñanza valiéndose de la instrumentalidad de aquellos que enseñan en los diversos departamentos docentes de las iglesias. Siendo ello así, precisa que nosotros los que enseñamos en su nombre, deseosos como estamos de que El enseñe por nuestro conducto, nos esmeremos por llegar a ser la clase de maestros que es preciso seamos: por nuestro carácter y personalidad; por nuestro conocimiento de la Biblia y de otras materias esenciales; por nuestro conocimiento de la manera de ser y de vivir del alumno así como de los principios y métodos pedagógicos y la capacidad y pericia para enseñar.

En los Estados Unidos, más del noventa y cinco por ciento de los niños de seis a trece años, y más de la mitad de los de catorce a diez y siete, están inscritos en las escuelas públicas y particulares del país, donde son enseñados por una hueste numerosísima de maestros, quienes se esfuerzan constantemente por acrecentar sus conocimientos y mejorar sus aptitudes pedagógicas, y así siempre están atentos a todo aquello que pueda serles de ayuda para desempeñarse con mayor eficiencia.

Ahora bien, nosotros que enseñamos a muchos de esos mismos niños y jóvenes, y aun a sus padres, no podemos realizar nuestra labor con ligereza ni emplear métodos de enseñanza de tiempos de Maricastaña. En el campo, en las villas y pueblos, y en las ciudades, tenemos que marchar

al paso del progreso. Tenemos que ser obreros peritos, especializados, y estar constantemente al corriente del progreso en lo que concierne a nosotros y a las vidas de nuestros alumnos. Es preciso que sepamos emplear las eternas verdades de la religión cristiana, e interpretarlas y aplicarlas de tal manera al vivir de nuestros días, que la gente advierta su importancia y se las apropie para sí, para el logro de su salvación y el enriquecimiento de sus vidas.

La pregunta categórica que todos debemos hacernos es ésta: ¿Estamos resueltos a dar parte de nuestros bienes, de nuestro tiempo y de nuestros esfuerzos para conocer mejor el secreto de enseñar bien en la escuela dominical, de forma que podamos hacer una labor más fundamental y efectiva por Cristo, mediante un amoroso y simpático ministerio, ejercido entre aquellos a quienes tenemos a dicha llamarlos nuestros alumnos?

Pero ya es hora de formular la pregunta: ¿Por qué enseñan los maestros?

Mucho es lo que se exige de los maestros de las escuelas dominicales. En efecto, se les exige corazón, energía, tiempo, etc. El hogar y la escuela pública han echado sobre los hombros de la iglesia buena parte de la tarea de la educación cristiana. Por esta razón la escuela dominical alcanzó la primacía en los dominios de la enseñanza cristiana.

El maestro de escuela dominical debe dedicar tiempo y esfuerzo a su ministerio de enseñar, tanto el domingo como durante la semana; y si quiere tener éxito, debe estudiar

mucho y continuamente, a fin de estar bien preparado para desempeñar sus tareas.

¿Por qué, pues, enseñan los maestros de escuela dominical? Los maestros de nuestras escuelas públicas reciben cerca de mil millones de dólares anualmente en concepto de sueldos, mientras que los maestros de nuestras escuelas dominicales prestan sus servicios gratuitamente. Y dado caso que se les diera un dólar por semana a cada uno, la suma pagada al cabo de un año pasaría de cien millones de dólares. Preguntamos, pues, de nuevo: ¿Por qué enseñan?

El doctor Jorge H. Betts dice que habiendo sido interrogados los alumnos de una clase preparatoria de maestros, sobre los motivos por qué enseñaban, contestaron como sigue:

Enseño —dijo uno— porque mi pastor me lo pidió, y no quise rehusarme a ello.

Enseño —dijo otro— porque uno de mis más íntimos amigos, que era maestro de una clase, quiso que también yo lo fuera de otra.

Enseño —dijo un tercero— porque mi clase, no teniendo maestro efectivo, creí, en conciencia, que yo debía ocupar ese lugar.

Enseño —dijo un cuarto— porque, al recordar la deficiente enseñanza recibida en mi infancia, sentí deseos de hacer algo mejor por la niñez, a serme posible, que lo que se había hecho por mí en ese sentido.

Enseño —expresó otra— porque, teniendo mi hijito

en la clase de cuna, era justo que yo hiciera algo en retribución de ese servicio.

Enseño —contestó otro— porque amo a mi iglesia, y así acepté gustoso una clase cuando el director me la ofreció.

Enseño —contestó, finalmente, otro— por ninguna otra razón, que mi sincero interés en la religión y el progreso de la iglesia.

Todas esas razones son plausibles. Sin embargo, unas lo son más que otras.

¿Pero no es la última la mejor de todas, cual es el mostrar interés por la religión y el progreso de la iglesia; esto es, amor a Cristo y a su iglesia, y resolverse, a impulsos de ese amor, a servir a otros amorosamente, en un esfuerzo por servirlos en sus más altos intereses?

¿Por qué enseñáis *vosotros?* ¿Qué *móviles* os impelen a enseñar? ¿Por qué enseñamos nosotros los maestros de escuela dominical? Respondamos a estas preguntas, y luego veamos si nuestras respuestas son acertadas, a la luz del resto de este capítulo.

I. La enseñanza es una necesidad fundamental

La enseñanza es una necesidad fundamental en el maestro, por cuanto Dios nos ha hecho de tal manera que crecemos en conocimiento, en gracia y virtud cuando compartimos nuestras experiencias con otros. ¿Quién es aquel de

nosotros que no recuerde el acrecentado regocijo experimentado con motivo de alguna feliz experiencia compartida con otro? ¿Quién es aquel que no ha encontrado consuelo y fortaleza, viéndose acosado por la tristeza, al abrir su corazón a una alma que supo comprenderlo? ¿Quién, habiendo tenido una experiencia personal en relación con Cristo, no recuerda el superabundante regocijo experimentado con motivo de haber guiado a otro para que compartiese esa misma experiencia? La experiencia inefable del provecho recibido al leer las profecías, los Evangelios o las cartas de Pablo y el Apocalipsis de Juan, nos enriquece, y más cuando la compartimos con otros, dirigiéndolos por la senda del Señor.

La enseñanza es asimismo una necesidad del alumno. El crecimiento físico, mental y espiritual, es una característica de toda persona viviente. Este proceso es continuo. Pero para que este crecimiento sea provechoso y saludable, dos cosas son necesarias: adecuada alimentación y sabia dirección; dos cosas que no proceden de nuestro interior, sino que deben provenir de afuera. Si hemos de crecer en todo en aquel que es la cabeza, a saber Cristo (Efesios, 4. 15), necesitamos ser guiados hacia las cosas de Cristo. La necesidad de esta dirección no cesa al llegar a la madurez espiritual, del mismo modo que no cesa la necesidad material de alimentarnos cuando llegamos a la madurez física. El proceso de proveer estos medios de crecimiento se llama enseñanza.

II. Cristo nos manda enseñar

No cabe duda que la respuesta más satisfactoria que muchos maestros darían a la pregunta: ¿Por qué enseña Vd.?, sería: Yo enseño porque Cristo me lo manda. He ahí una respuesta satisfactoria que cualquier creyente puede dar acerca de su proceder, siempre que, claro está, entienda la fuerza del mandamiento, de suerte que pueda obedecerlo inteligentemente. Pues el "obedecer es mejor que los sacrificios"; bien que Dios nunca espera una obediencia ciega. Sin embargo, lo razonable de sus mandamientos puede percibirse fácilmente, de forma que la obediencia a los mismos siempre es posible.

El sublime mandamiento de Cristo de enseñar a todas las gentes, bautizarlas y enseñarles que guarden todo lo que El ha mandado, es, hasta donde las capacidades y oportunidades individuales lo permitan, obligatorio para todos los creyentes del mundo entero. De ahí que se necesite un curso continuo de enseñanza que dure toda la vida. Con este mandamiento está vinculada la gloriosa promesa de estar con nosotros hasta el fin del siglo. La orden de "enseñarles a guardar todas las cosas que os he mandado", es muy amplia. Cuando se la toma en serio es cuando nos es dable apreciar de lleno la magnitud de la tarea de la enseñanza cristiana, como quiera que nos incumbe guiar a la gente en todas partes al conocimiento salvador de Jesucristo, mediante la experiencia de su gracia. Siempre que logramos inducir a los pecadores a aceptar a Cristo por

salvador, puede decirse que hemos hecho nuestra máxima tarea.

Pero eso no es más que el comienzo; resta "enseñarles a observar todas las cosas que El ha mandado", lo cual requiere gran número de importantes y variadas actividades docentes, como luego se verá.

Cuando Cristo les dió a los apóstoles ese mandamiento, también se lo interpretó. ¿Qué es, pues, lo que El quiere que hagamos? Eso nos lo enseña clara y sencillamente El mismo: El desea la observancia de algo. ¿La observancia de los sagrados ordenamientos de la iglesia? Sí, eso y mucho más. El quiere que enseñemos la observancia de todas las cosas mandadas por El; como: actitudes, apreciaciones, hábitos, conducta, procedimientos. Estas son las cosas en que nuestro Señor se interesa por amor de nosotros. De aquí que tales cosas debieran ser los objetivos o fines de nuestra enseñanza.

Y como quiera que nadie logra la perfección en la observancia de estos propósitos, nuestra enseñanza debe comprender a todas las edades, desde los más jóvenes hasta los más viejos. El crecimiento espiritual, a diferencia del físico, es posible durante toda la vida. El mismo Pablo, hacia el fin de su vida, dijo: "Yo mismo non cuento haberlo alcanzado; pero una cosa hago, y es que olvidando lo que queda atrás, me extiendo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús". ¿Por qué, pues, enseñamos? Lo hacemos para que los creyentes "crezcan en todo, en Aquel que es la cabeza, Cristo".

III. Los maestros deberían, (deben) enseñar

El autor de la epístola a los Hebreos (5. 12) dice algo muy significativo a todos los creyentes: "Porque debiendo ser ya maestros a causa del tiempo..." Como si dijera: "Vosotros deberíais (debéis) ser maestros"; pues, habiendo sido enseñados, esos creyentes debían enseñar a otros. Desde que habían aprendido, tenían la obligación de enseñar lo que sabían. De aquí se sigue que los que conocen a Cristo y su Santa Palabra "deberían", (deben) ser maestros). La adquisición de saber supone el deber de inculcarlo a otros, por habernos sido dado para que, como mayordomos, lo dispensemos a quienes lo necesiten. Por ejemplo, toda alma viviente que conoce a Dios y su revelada palabra, está solemnemente obligada a enseñar a otros lo que sabe, a semejanza de uno que conoce un remedio, el cual debería, o debe hacérselo saber a otros; o de otro que conoce una salida de escape en un momento de eminente peligro, el cual está en el deber de revelarla a sus compañeros de infortunio. Si un médico hubiese descubierto un remedio para una terrible dolencia, cuya eficacia la hubiese comprobado en sí mismo, y finalmente muriera, dejando el mundo a oscuras acerca de ese maravilloso descubrimiento, sería execrado por todo el género humano. Así, los creyentes que han encontrado en la Palabra de Dios el gran secreto de la vida, están religiosamente obligados a hacer saber a otros las alegres nuevas.

Entre las mejores y más seguras formas de hacer frente

a este "debe", o cumplimiento de esta obligación, es enseñar en la escuela dominical.

IV. A los maestros se les pide hagan tan sólo lo que todos los creyentes debieran hacer

Todas las cosas esenciales exigidas a un maestro han de exigirse a todos los creyentes, como tales. ¿Se espera del maestro que viva de una manera ejemplar y que apoye a la iglesia con su presencia y sus oraciones? ¿Se le pide que estudie las Escrituras y les hable a otros? ¿Se le requiere que consagre tiempo y energías y que hasta haga sacrificios a fin de servir de guía espiritual de otros? ¿Ha de dar su vida, su alma para granjearse compañerismos y amistades con la mira de servir de ayuda y de guía a las vidas que se inician? ¿Sí? Pues todo esto se le pide que haga todo creyente. Enseñamos, porque al convertirnos en maestros, se nos brindan mejores oportunidades para realizar aquello que es nuestra obligación hacer.

V. Las aptitudes requeridas a los maestros son útiles en todos los pasos de la vida

Créaselo o no, la verdad es que todo individuo es, en cierto sentido, maestro. El predicador es maestro del propio modo que es predicador. También lo es el médico, al enseñar a sus pacientes cómo sanar y conservarse buenos. Y por lo que hace al abogado, gana o pierde un pleito según la pericia que despliegue para persuadir y atraer a su dictamen a los jueces y jurados. El comercio, la industria y los negocios suponen asimismo un proceso de aprender y enseñar, y nuestro éxito en cualquier actividad, depende de que logremos que otros adopten nuestras ideas e ideales.

Todo esto lo confirman los que han enseñado lo expuesto en este libro. Refieren los tales que frecuentemente, comerciantes, empleados, agentes y hombres y mujeres en toda clase de negocios se les han acercado para decirles: "Este libro me ayudará en mis negocios, pues veo que los mismos requisitos exigidos a un buen maestro son necesarios a todos aquellos que tienen que negociar con alguien".

¿Debe un maestro conocer a sus alumnos o discípulos, saber trabajar con otros y persuadirlos para que vean y sientan como él ve y siente? ¿Debe estimar y respetar a otros a fin de ejercer influencia sobre ellos y guiarlos? Todas estas cosas y otras semejantes debe hacer el maestro, si quiere enseñar con éxito; pero la gente también las necesita en sus relaciones sociales, políticas y comerciales con otras personas.

VI. Los maestros enseñan para compartir con otros lo que saben

Es necesario y urgente que todos conozcan las grandes verdades de la Biblia, desde la primera infancia hasta la vejez.

De las muchas necesidades que la Biblia puede satisfacer, expondremos tan sólo algunas; pero esas pocas nos sugerirán muchas otras que podrían mencionarse.

Coraje. Las enseñanzas de la Biblia inspiran fe y producen coraje; coraje para pensar rectamente; coraje para obrar con rectitud; coraje para decir *no* cuando haya que decir no, y *sí,* cuando haya que decir sí; coraje para vivir y para morir.

Durante los años de la gran crisis económica experimentada por nuestro país años atrás, hombres llenos de vigor que debieran poseer suficiente coraje para hacer frente a las adversidades, se suicidaron en número asombroso. Si hubieran sido enseñados en las verdades vitales de las Santas Escrituras habrían poseído una fuente inagotable de coraje para afrontar las pruebas de la vida.

Un hombre de negocios que ha sufrido mucho más que muchos otros, entrando en mi escritorio, mientras yo escribía estas palabras, me dijo, con voz clara y rotunda: "Mi alma ha encontrado descanso en medio de mis tribulaciones en estas palabras: "Hubiera yo desmayado si no creyera que tengo de ver la bondad de Jehová en la tierra de los vivientes." (Salmo 27. 13.) Millares, tal como suena, de hombres y mujeres, acosados por las pruebas y en presencia de duras vicisitudes, hallan en las enseñanzas de la Biblia el coraje que necesitan.

Consuelo. La tristeza es la suerte común de los hombres. Más tarde o más temprano, las tinieblas envuelven a todos los hogares y las sombras cubren todos los corazones. Pero la semilla de las enseñanzas bíblicas, sembrada en el fecundo suelo de la infancia, resulta un verdadero solaz y alivio en los años subsiguientes a las pruebas. ¿Quién no querría ser maestro para sembrar esta maravillosa semilla

que, andando el tiempo, ha de dar fruto de solaz y consolación?

Confianza. El miedo es el flagelo de la vida. Desde los comienzos de nuestra existencia, vagos y obsesionantes temores nos turban y deprimen hasta que exhalamos el postrer aliento. La naturaleza se vuelve violenta; la pestilencia ronda por fuera; la tempestad devasta y destruye. El hombre primitivo veía en todo esto la ira de los dioses y temblaba, presa de vagos e inquietantes temores. Mucho ha hecho la ciencia para disipar esos temores, pero así y todo, el miedo todavía subsiste para oprimir los humanos corazones con una pesada carga de aflicciones. Al caminar por las calles o transitar por los caminos vemos el miedo reflejado en todos los semblantes. De ahí que pueda calificarse de benefactor público al que introduce en los humanos corazones estas suaves y persuasivas palabras de Jesús: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar".

Una personalidad enriquecida

Por la influencia y la luz del Antiguo Testamento y el contacto y la enseñanza de Jesús, un grupo de campesinos galileos fueron transformados en una banda de heroicos profetas y apóstoles. Por ejemplo, Simón el voluble se transformó en Pedro el pétreo. Esas transformaciones se han realizado desde entonces en todos tiempos. A nuestro mismo alrededor se pueden ver hombres nacidos dos veces, rehechos y renovados por la acción de la gracia divina.

Es que cuando los hombres oyen, creen, reciben y obedecen la revelada palabra de Dios, su personalidad se enriquece y glorifica.

VII. Los maestros enseñan porque Dios es el Dios que enseña

En un sentido peculiar, el maestro anda en las sendas del Señor. El que enseña el camino de la vida según está revelado en la Biblia, necesita que sus pensamientos sean concebidos de acuerdo con los pensamientos de Dios.

De que Dios es el Dios que enseña, se puede ver en el hecho de que la naturaleza, que refleja en sus leyes fundamentales y en sus procedimientos, en cierta medida, Su sabiduría y bondad, magnifica el proceso de enseñar y aprender. La madre naturaleza, como alguien ha dicho, y con mucha propiedad, es una verdadera maestra, porque con sus recompensas y castigos y sus leyes inmutables, siempre ayuda a los hombres a aprender.

De que El es el Dios que enseña, aun resulta más evidente, si se toma en cuenta el hecho de que Su Hijo, que fué "el resplandor de su gloria y la imagen expresa de su persona", vino a la tierra como maestro. En efecto, mediante su ministerio de enseñanza, Jesús reveló al Padre; y mediante el proceso de enseñar y aprender sigue llamando a los hombrs a la salvación y al servicio. Sí, mediante los diversos ministerios de enseñar, ordenó que las buenas nuevas de la vida y de la salvación fuesen dadas a conocer a todo el mundo. "Id, pues, y haced discípulos (aprendices) de todas las naciones... enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado; y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del siglo." (Mateo, 28. 19, 20.)

SUGESTIONES DOCENTES

Cuestionario para Estudio y Repaso

1. ¿Por qué enseña usted en la escuela dominical?; ¿es ésa una razón satisfactoria?
2. ¿Cuáles son las razones características dadas por algunos maestros al respecto?
3. ¿En qué sentido es la enseñanza una humana necesidad fundamental en el maestro y en el alumno?
4. ¿Cuál es la razón fundamental del mandato de Jesús de enseñar? ¿Cuáles son los elementos que envuelve?
5. ¿Por qué debemos enseñar?
6. ¿Qué obligaciones tiene el maestro que no son obligatorias para todos los creyentes?
7. Compárense los requisitos para enseñar con los requeridos en las relaciones comerciales.
8. ¿Qué cosas esenciales de las enseñanzas cristianas nos impulsan a enseñar?
9. ¿En qué sentido es nuestro Dios el Dios que enseña?
10. ¿En qué sentido son maestros todos los cristianos?

Plan temático

QUÉ MOTIVOS IMPELEN A LOS MAESTROS A ENSEÑAR

I. LA ENSEÑANZA UNA HUMANA NECESIDAD FUNDAMENTAL.
   1. Del maestro.
   2. Del alumno.

II. CRISTO MANDA ENSEÑAR.

III. ENSEÑAMOS PORQUE DEBEMOS ENSEÑAR.

IV. SE LES PIDE A LOS MAESTROS QUE HAGAN LO QUE TODOS LOS CREYENTES DEBIERAN HACER.
   1. Observar una vida cristiana ejemplar.
   2. Estudiar las Escrituras y llevar su mensaje a otros.
   3. Consagrar vida y corazón al servicio.

V. LAS APTITUDES ADQUIRIDAS EN LA ENSEÑANZA CONTRIBUYEN A LA UTILIDAD Y ÉXITO EN LOS ESTADOS DE LA VIDA.

VI. EN VIRTUD DE HACER A OTROS PARTÍCIPES DE ELLA LA VERDAD DE LAS SANTAS ESCRITURAS.
   1. Inspira coraje.
   2. Brinda consolación.
   3. Engendra confianza.
   4. Desarrolla y enriquece la personalidad.

VII. DE QUE NUESTRO DIOS ES EL DIOS QUE ENSEÑA.
   1. Nos lo demuestra la naturaleza.
   2. Nos lo revela Su Hijo.

II

LOS MAESTROS DEBEN SABER LO QUE ES LA ENSEÑANZA

¿Cuándo enseñan realmente los maestros? ¿Cómo pueden éstos saber lo que es la verdadera enseñanza? ¿Cuándo lo que se llama enseñanza lo es en realidad? En este capítulo se procura contestar a estas preguntas.

Existe mucha confusión sobre lo que constituye la enseñanza. Muchos que pretenden enseñar parece que nunca se han preguntado si están realmente enseñando. Otros hay que habiéndose dado cuenta de que en realidad no están enseñando, no atinan a descubrir donde está su falla.

La verdad es que se malgasta mucho tiempo y esfuerzos en las escuelas dominicales para impartir una enseñanza que no merece propiamente el nombre de tal. Es que muchos que han sido designados para enseñar, en realidad ni aun saben qué cosa sea la enseñanza, y por lo mismo no pueden darse cuenta de que no poseen las aptitudes

para enseñar. Los tales son maestros según los registros, pero eso no los convierte en tales. Hasta que sepan cuándo realmente enseñan los maestros y qué es en realidad la enseñanza, no pueden saber si son maestros meramente según los registros o lo son de una manera real y efectiva, ya que una cosa es ocupar el cargo y otra muy distinta desempeñarlo con eficiencia.

I. Aspecto Negativo

Para que podamos entender lo que es enseñar será conveniente que consideremos antes que nada lo que no es, para dsvanecer posibles errores.

1. *Recitar no es enseñar.* Parece que muchos maestros de escuela dominical son de opinión que el recitar la lección es enseñar. No puede negarse que eso constituye una fase importantísima de la docencia, porque el maestro que no sabe referir una cosa se verá en serias dificultades para cumplir la función de enseñar, y sus alumnos la de aprender. Pero el referir no es, lo repetimos, enseñar. A menos que una persona comprenda esto, no estará preparada para ejercer esa función.

Supóngase que un maestro se propusiera enseñar a un sordo mudo, y que, para hacerlo, bajase de tal modo la cabeza que no se le viera el movimiento de los labios, ¿sería eso enseñar? Supóngase, por el contrario, que el alumno fuese uno que oyese, pero que no prestase atención ni entendiese las palabras del maestro, ¿miraríamos eso como enseñanza? Y dado que una persona no aprende

sino una parte de la lección resultará que no ha sido bien enseñada.

Enumerarle a un niño los libros de la Biblia, la regla de oro o alguna verdad bíblica no es, propiamente hablando, enseñanza.

Los materiales de la enseñanza los constituyen los hechos, los datos y las ideas; pero aunque el alumno aprenda todo eso, lo considerará de muy poco a ningún valor, si no puede usarlo en la práctica; pues sólo así puede decirse con propiedad que lo ha realmente asimilado.

Enseñar a una persona *cómo* ha de hacer una cosa, no significa en manera alguna que sabrá hacerla. Si así fuera, ¡cuán presta y fácilmente podría una persona cualquiera manejar un automóvil, tocar el piano, pintar un cuadro, ejercer la abogacía, la docencia, la medicina y aún ser predicador! Sería de veras gracioso que alguien pudiera enseñar a la gente a nadar manteniéndose él de pie en la orilla (sea de un río, o de un lago o del mar), sin meterse en el agua...

No; recitar no es enseñar. Eso puede serle de ayuda al alumno, pero se requiere mucho más que eso.

2. *Oír una recitación no es enseñar.* Parece asimismo que muchos maestros de escuela dominical creen que oír una lección, esto es, dejar que los alumnos reciten lo que han aprendido de memoria, es enseñar. Que el alumno recite la lección o el maestro la enseñe de viva voz es un aspecto importante de la enseñanza, que puede ayudarle al alumno a aprender; pero tiene sus limitaciones. El profesor Juan S. Hart dice, con mucha propiedad, "que la

recitación es la repetición que hace el alumno de algo que ha aprendido previamente de memoria con la ayuda del maestro.

"El enseñar y el aprender son dos cosas que se cumplen al mismo tiempo, bien que son esencialmente distintas." La recitación que hacen los alumnos de una edad cualquiera es de escaso valor; porque es posible que no conozcan el sentido de las palabras que usan y les den un significado totalmente erróneo. La recitación de palabras en esas condiciones acaso no sea sino la expresión de que sólo han aprendido meras palabras, lo que está lejos de ser prueba convincente para el maestro de que el alumno ha realmente aprendido.

Es que decorar palabras y enunciar ideas no es más prueba de haber captado la verdad que el comprar muchos libros lo es de haber adquirido conocimientos. Efectivamente, así como una persona puede tener una nutrida biblioteca y estar no obstante ignorante de su valioso contenido, así también uno puede usar palabras y expresar ideas y desconocer, sin embargo, su sentido y su valor.

Nunca se dirá bastante ni con demasiado énfasis que el propósito de la verdadera enseñanza es ayudar a los alumnos a adquirir fructíferos conocimientos y cultivar tales actitudes y apreciaciones que, valiéndose de los conocimientos, formen ideales, tomen resoluciones o propósitos y adquieran pericia para llevar una vida útil y feliz.

La recitación que hace el maestro para enseñar, y la del alumno para dar la lección, tienen su respectivo lugar en la enseñanza; pero, ¡qué tragedia no resultaría si el

maestro llegara a persuadirse que a eso se reduce la enseñanza!

II. Aspecto Positivo

No basta con haber mostrado lo que no es la enseñanza; también es preciso mostrar lo que es. Desgraciadamente, los diccionarios nos prestan muy poca ayuda, porque sus definiciones discrepan unas de otras, y hasta resultan frecuentemente vagas y nada satisfactorias. Hasta los mismos libros que versan sobre la enseñanza dejan que desear en cuanto a decirnos claramente cuál es el objeto de esa disciplina.

Ocurre a menudo que autores y maestros dan por concedido que el sentido de esa palabra es harto conocido, y luego ellos mismos nos dejan en dudas en cuanto a cuál sea su significado. En inglés, en lo antiguo, la palabra "aprender" significaba a la vez aprender y enseñar. Una persona podía aprender por sí o aprender (enseñar) a otra. El segundo sentido aparece en el drama de Shakespeare *Cymbeline,* en las palabras que la reina dirige a su médico:

¿No he sido yo por largo tiempo tu discípula? ¿No me has tú aprendido (enseñado) a confeccionar perfumes, a destilarlos y a preservarlos?

Más tarde, la distinción de los dos sentidos que esa palabra tenía se la indicó empleando la voz *enseñar* para designar la función del maestro, y la de *aprender* para la del alumno.

Enseñanza es, pues, el proceso por el cual el maestro instruye, inspira y guía al alumno en hacer suya una verdad y usarla para el logro de sus propósitos; y *aprender* es el proceso por el cual el alumno hace suya la verdad y la usa. No puede haber maestro sin aprendiz, pero sí puede haber aprendiz sin maestro, porque el aprendiz puede aprender por sí mismo, sin el auxilio de aquél; tal es, en efecto, el propósito de la enseñanza creadora, en la que el maestro se hace cada vez menos indispensable para el alumno, pues éste va acrecentando sus conocimientos, de forma que le permitan aprender por sí solo, y ser así su propio maestro.

III. Fases de la enseñanza

Un estudio de lo que se dice en los siguientes párrafos nos ayudará a formarnos una idea más acertada de lo que es la enseñanza.

1. *La enseñanza consiste en ayudar a otro a aprender.* Para aprender, uno debe estudiar, pensar, razonar, imaginar, sentir, escuchar, hablar, discutir, leer, escribir, dibujar, etc. La palabra que expresa todas estas operaciones, necesarias para aprender, es "actividades". Adviértase que algunas de las actividades son mentales, otras emocionales y otras físicas. Para aprender, el alumno debe realizar algunas actividades. Pero, ¿cuáles? ¿Cómo puede saberlo?, pues frecuentemente no lo sabe. De ahí que necesite de un maestro, que le seleccione la clase de actividades en que deba ocuparse para que lo que anhela saber sea un

hecho, lo induzca a apropiárselo, y luego lo guíe mientras prosigue sus estudios.

Del punto de vista docente, una actividad es aquello que el alumno hace a fin de aprender algo. Este tiene un propósito que lo respalda; y en cuanto a su naturaleza, se discierne por lo que el alumno desea aprender; y así los diferentes tipos de aprendizaje reclaman diferentes géneros de actividades.

Sin embargo, no basta que el maestro planee lo que el alumno ha de aprender, ni que éste lo acepte y trate de estudiarlo; eso no es suficiente garantía de éxito.

Pero podría suceder que los alumnos, mientras se ocupan en sus actividades, tengan experiencias desagradables que les impidan aprender lo que el maestro desea que aprendan. Por jemplo, un maestro desea que sus alumnos aprendan a ser reverentes y que lo sean en todos sus actos. Con ese designio, hace planes de algunas actividades, para el logro de sus propósitos. Los alumnos las aceptan y se ocupan en llevarlas a cabo; pero ocurre que, mientras las realizan, suceden algunas cosas que los hacen aún menos reverentes. Las actividades dan lugar a experiencias que no eran de la clase que el maestro deseaba. Puede que ello se deba a que el maestro no sepa dirigir a los alumnos en sus actividades de forma que se logren los anhelados resultados.

El maestro que quiera ayudar a sus alumnos a aprender, no sólo deberá planear adecuadamente las actividades a fin de que éstos las acepten y se ocupen en ellas, sino diri-

gir esas mismas actividades de tal forma que los alumnos obtengan los resultados apetecidos en su aprendizaje.

A veces suele decirse que la experiencia es la mejor maestra. En realidad, es la única maestra, porque "ella incluye, por una parte, lo que uno hace, y por otra, lo que uno experimenta en sí mismo". Sucede frecuentemente que nuestros mejores conocimientos los logramos mediante la instrumentalidad de otros, por medio de algún libro, el cinematógrafo, o por oírselos leer o referir a alguien. Y así nos los apropiamos como si fueran nuestros, identificándonos con el héroe o la heroina o algún personaje que nos llame la atención, al punto de olvidarnos de momento de nosotros mismos. Como resultado, logramos muchas y significativas experiencias en brevísimo tiempo.

Todo esto significa que cuando queramos que nuestros alumnos aprendan los hechos relacionados con un personaje bíblico, o entiendan y crean las doctrinas de la Biblia, o aprecien una historieta bíblica, hemos de tener presente las varias actividades estudiantiles y seleccionar aquellas que a nuestro juicio sean más adecuadas y útiles. Luego debemos lograr la cooperación de nuestros alumnos de suerte que se ocupen en esas actividades. Después tenemos que dirigirlos en ellas, por manera que alcancen a tener las genuinas experiencias que les traiga como resultado la apetecida instrucción.

"El ayudar a otro a aprender" se suele frecuentemente expresar por "hacer que otro sepa o conozca". "Ayudar" es la palabra más adecuada, pero la expresión "hacer que" también es correcta, siempre que se la interprete y defina

correctamente. "Ayudar" sugiere una relación personal, un proceso vital, la cooperación de dos personas en un esfuerzo conjunto; ello implica que una y otra son necesarias para cumplir un propósito.

En la enseñanza, el maestro ayuda al alumno a aprender lo que no podría aprender o aprenderlo tan fácilmente por sí mismo. "Hacer que" no sugiere relaciones personales, sino fuerzas mecánicas que por ser activas y pasivas son causa y efecto. Si decimos que un maestro hace que un discípulo sepa, significamos que aquél toma la iniciativa, hace planes, estimula, excita, influye sobre el discípulo en tal forma que sus actitudes responsivas resultan en la adquisición de fructíferos conocimientos que se apoderan de su vida y la transforman.

Así como en el mundo físico todo efecto tiene que tener su correspondiente causa, así en el mundo de la enseñanza todo efecto (lo que el discípulo llega a saber) tiene que tener también su correlativa causa (lo que el maestro hace para, por y con el discípulo para lograr que llegue a saber). La enseñanza impartida por el maestro y el aprendizaje realizado por el discípulo son inseparables, ya que son dos fases de un mismo proceso.

2. *La Enseñanza consiste en comunicar una Verdad a otra Persona.* La bien conocida definición de lo que es la predicación por Felipe Brooks es igualmente una buena definición de la enseñanza. Sin embargo, la voz transmisión apenas es dable usarla, porque, a primera vista, sugiere la idea de que la verdad se la puede transferir de una a otra mente. En lugar de eso, el maestro instruye, inspira y guía

al alumno mientras éste se esfuerza por hacer suya la verdad.

3. *La Enseñanza consiste en dirigir el cultivo de una Vida.* Desde la ventana del despacho del autor se tiene una hermosa vista de un bello jardín, en el que hay gran variedad de flores de extraordinaria hermosura y plantas que son el amor del jardinero. Pues bien, así como éste cuida y protege con incensante y absorbente cuidado la vida de aquellas plantas, así también el maestro protege y dirige la vida en crecimiento de sus alumnos.

En suma, que la enseñanza de la escuela dominical consiste en aquellas actividades que, planeadas por el maestro y aceptadas y realizadas por los alumnos, dan lugar a significativas experiencias que capacitan a los alumnos para adquirir fructíferos conocimientos, posesionarse de la verdad, haciéndola suya y aplicándola a la vida, de tal manera que lleguen a ser cada vez más semejantes a Cristo en pensamientos, palabras, obras y móviles: en sus hogares, en la iglesia, en el vecindario, en los negocios, en la vida social y en las horas libres; y como ciudadanos, en todo tiempo y lugar.

IV. La Enseñanza a la luz de sus propósitos

Como ya se dijo al principio, el objeto de nuestra enseñanza es —según las palabras de Jesús— "enseñar a observar todas las cosas por El mandadas".

Para cumplir esta compleja tarea, se requiere que el maestro y los alumnos realicen una gran variedad de actividades. A éstas se las designa con frecuencia como tipos de enseñanza, puesto que en realidad son aspectos diferentes del proceso de enseñar y aprender.

1. *La Enseñanza es de Tres Géneros: Práctica, Sugestiva y Creativa.* En primer lugar, tenemos lo que se llama la enseñanza práctica. Consiste ésta en dirigir a los alumnos en la adquisición de palabras, expresiones y hechos. El aspecto que ofrece la enseñanza práctica es importante, principalmente porque provee al alumno los materiales que necesita para la realización de sus propósitos: una más amplia instrucción.

Tratándose de adultos, la enseñanza puede constar principalmente de hechos; pues, como resultado de anteriores experiencias, esos alumnos tienen interés en los hechos como hechos. También es conveniente que los alumnos más jóvenes conozcan muchas palabras, expresiones y hechos, que les serán de esencial valor para la adquisición de otros conocimientos vinculados con el carácter y la vida.

El maestro de escuela dominical debe proveer a sus alumnos una enseñanza objetiva, como la que suele impartirse al enseñar historia, biografía, geografía y antigüedades bíblicas en general; pero es preciso ante todo que considere todo esto como la base de más amplia y vital instrucción.

En segundo lugar, tenemos lo que algunos llaman enseñanza sugestiva. Hay momentos cuando el maestro necesita dar especial énfasis al desarrollo de las ideas o conceptos. Supongamos que desea inculcar una idea, por ejemplo, la de la honradez o probidad, deberá preguntar: ¿Qué es

honradez? ¿Por qué ser honrado? ¿Cuáles son las recompensas de la honradez? Tal es la forma de presentar a los alumnos la honradez como idea.

Puede también inducir a sus alumnos a hacer de la honradez un ideal. Pero la cuestión vital subsiste: ¿Llegarán a saber realmente los alumnos lo que es la honradez? ¿Llegarán a portarse honradamente? La presentación de una idea es un importante aspecto de la enseñanza, pero sus limitaciones no deben pasarse por alto.

En tercer lugar, tenemos lo que generalmente se llama "enseñanza creativa". Es éste el género de enseñanza que capacita al alumno para lograr nuevos valores por sí mismo, valores que a su vez despertarán en él nuevos incentivos que generarán aún otros valores.

Los maestros de escuela dominical no han de enseñar meramente religión, sino la religión cristiana, por ser esa religión la que lleva no sólo a la experiencia, sino que es en sí misma una experiencia. Si nuestra enseñanza de la religión cristiana no produce ningún cambio en la vida de nuestros alumnos, la falla hay que buscarla o en la religión o en la forma de enseñarles; y así se puede dar fácilmente con ella. El aprender supone un cambio, pero si en el alumno no se nota ningún cambio, no hay aprendizaje; y si no hay aprendizaje, tampoco hay enseñanza, pues la falla radica no en la religión cristiana, sino en su deficiente enseñanza.

2. *Fines u objetivos de la enseñanza.* ¿Por qué enseñamos? ¿Cuál es nuestra meta o propósito, nuestro designio u objetivo? ¿Qué cambios deseamos ver en la vida de

aquellos a quienes enseñamos? ¿Qué queremos que sean con la ayuda que les prestamos? ¿Queremos meramente que conozcan a fondo los hechos, adquieran ciencia y obtengan conocimientos bíblicos? ¿Nos limitaremos a ayudarles a adquirir ideas? ¿Podríamos enseñarles de una manera creadora, de suerte que sin la ayuda del maestro pudieran llegar progresivamente no sólo a *conocer,* sino también a *hacer* la voluntad de Dios?

¿Qué es un designio? Brevemente expuesto, es un fin en vista que le sirve al maestro de constante guía mientras dirige el progresivo adelanto de sus alumnos. El designio llega a ser efectivo en la dirección de la enseñanza cuando los propósitos del alumno se los hace coincidir con los designios del maestro. Pero cuando se los generaliza demasiado no llegan a ser efectivos. Nadie puede enseñar "en general"; es preciso, por tanto, formar designios u objetivos un tanto específicos. Los designios u objetivos de la enseñanza se los especifica cada vez más con la mira de ayudar a los alumnos a adquirir: 1) conocimientos y creencias fructíferos; 2) lealtad y actitudes recomendables; 3) predilecciones, apreciaciones e ideales dignos; y 4) habilidad y pericia.

Estos objetivos podemos separarlos mentalmente, pero en la práctica, es imposible, por estar mutuamente relacionados e influirse recíprocamente. Los conocimientos afectan a las actitudes; los conocimientos y las actitudes contralorean las predilecciones y las apreciaciones; y los conocimientos, las actitudes y las predilecciones se manifiestan en la habilidad y la pericia.

Estos objetivos, cualquiera que sea el grado en que se

verifiquen, siempre ayudan al alumno al logro de una enriquecida personalidad y de un carácter cristiano mucho más ennoblecido.

1) *Conocimientos y creencias*

Un hecho es algo que existe, que se hace o que acontece. Cuando una persona puede interpretar adecuadamente el significado de un hecho (mostrar su relación con otros hechos), cuando puede emplear los hechos para descubrir principios, para comprender una verdad e interpretar correctamente lo que pasa a su alrededor, puede decirse que posee conocimientos.

Frecuentemente consideramos los conocimientos como informaciones, como la posesión de alguna verdad, como inteligencia práctica. El valor de los conocimientos es muy vario. Hay conocimientos que valen mucho, y los hay que valen poco. Unos tienen mucho valor para una persona, y muy poco para otra; pues su valor depende del uso que podamos hacer de ellos.

Como los conocimientos son demasiado numerosos como para conocerlos todos a fondo, el sentido común nos sugiere que hagamos una selección de los que nos sean más útiles o provechosos. Y como quiera que siempre estamos apremiados por el tiempo, debemos seleccionar aquellas cosas que deseamos conocer, y prescindir de muchas otras de mucho valor, a fin de llegar a la posesión y dominio de otras de mucho más valor que aquéllas. Con referencia a los conocimientos bíblicos, conviene tener presente que unos son de más valor que otros; y sobre todo algunas enseñanzas y doctrinas, las cuales son más significativas y cardinales que otras. Un ejemplo de esto lo tenemos en un pastor que en virtud de sus escasos conocimientos exigió a todos los alumnos de su escuela dominical que empleasen los trece domingos de un trimestre en estudiar la ubicación de las doce tribus de Israel en la tierra prometida.

El primer paso para la formación del carácter y el desarrollo de la personalidad consiste en ayudar a los alumnos a adquirir conocimientos y creencias, a semejanza de Timoteo, de quien dice Pablo "que desde la niñez había sabido las Sagradas Escrituras." Es que a los conocimientos siguen las creencias. Mediante una buena enseñanza, llegarán a su debido tiempo "a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo."

La enseñanza impartida en la escuela dominical debe conducir a los alumnos a fructíferos conocimientos y creencias. A los conocimientos, cuando ello es posible; y a las creencias, cuando uno realmente no puede llegar a saber. Por ejemplo, uno puede *saber* que Jesús vivió en Palestina, en el primer siglo, mientras debe *creer* que él no fué otro que el Cristo de Dios, largamente prometido por los profetas. La mejor prueba a que pueda someterse la enseñanza impartida es averiguar qué conocimientos y creencias poseen los alumnos como consecuencia de ella.

Ningún maestro debe olvidar la confianza depositada en él al confiársele un niño para su cuidado y enseñanza durante un año. Por eso debe hacerse la prueba antes dicha al cabo del año.

Una pregunta que todo maestro debe hacerse a sí mismo después de cada lección, es: ¿Qué conocimientos útiles han adquirido mis alumnos con la enseñanza que les dí esta semana?

2) *Lealtad y Actitudes*

No basta ayudar a los alumnos a adquirir conocimientos y creencias provechosos, sino que hay que ayudarles también a hacer uso de ellos para el logro de un carácter leal y de actitudes recomendables.

Actitudes. Una actitud es un estado mental del individuo para con un valor. Las actitudes incluyen nuestras disposiciones, prejuicios y hábitos intelectuales. Ellas revelan lo que haremos; revelan asimismo nuestro pasado, al mostrarnos lo que hemos hecho y pensado. Son la expresión de nuestras pasadas experiencias, recapituladas en nuestras tendencias y predisposociones, las que influyen en nuestra actual conducta y en nuestras nuevas situaciones. Son hábitos mentales, a los que se vinculan los sentimientos. Arraigadas en el pasado, actúan en el presente. Se revelan en las opiniones que nos hemos formado y las apreciaciones que hemos hecho a la luz de nuestras tradiciones y experiencias. En una palabra, son, en gran parte, resultados del medio ambiente.

David Seabury dice de ellas: "Una actitud se parece a una llave; si es incorrecta, cierra una puerta; si es correcta, la abre. Conviene, por tanto, adoptar aquellas actitudes que se presten para dar expresión a nuestra virtud interior,

y reprimir los impulsos que a menudo se manifiestan en actitudes negativas."

La actitud de una persona para con un asunto específico (una verdad, una doctrina, un hecho determinado) es la suma total de todas sus inclinaciones, sentimientos, prejuicios o tendencias, nociones y temores referentes a ese asunto. Por ejemplo, su actitud hacia la prohibición de la venta de bebidas alcohólicas es el resultado de su sentir tocante al alcohol. La actitud de esa misma persona para consigo misma, para con otros, para con la propia iglesia y para con Cristo, se halla determinada por la medida de sus sentimientos para consigo misma y para con los demás, y por las experiencias que ella haya tenido y las que hubieren tenido los demás.

Las actitudes son, de consiguiente, personales y subjetivas, las que nos revelan la conducta que observaremos en determinado asunto.

Las actitudes pueden ser correctas o incorrectas, deseables o indeseables. Unas necesitan ser eliminadas, otras rectificadas y otras adicionadas. Los alumnos necesitan de dirección en aquellas experiencias que los habilitan para lograr actitudes deseables y sobreponerse a las indeseables. Por eso mismo todas las semanas deberíamos hacer planes sobre cómo usar el material de la lección y las orientaciones de la enseñanza para el cambio de actitudes.

Esto, desde luego, supone que debemos conocer las actitudes de cada alumno, las susceptibles de cambios, las que deben ser fortalecidas y las que deben adquirirse. Con frecuencia, resulta difícil eliminar una mala actitud; por

ejemplo, un prejuicio. Por eso, el ayudar a los alumnos a cambiar de actitudes o a adquirirlas, resulta una tarea muy lenta y difícil, que requiere mucha más paciencia que la de ayudarles en la adquisición de conocimientos.

Lealtad. Las actitudes son inseparables de la lealtad. En efecto, aquéllas determinan en gran medida a ésta. La lealtad sugiere adhesión a una persona, a una causa, a una verdad. Envuelve asimismo fidelidad, obediencia y amor; sugiere también la acción ya de ataque, ya de defensa, y consolida la firmeza de propósito. Es tal la lealtad que hace que uno esté dispuesto a dar la vida por una persona, o causa o creencia. Pero entiéndase bien, que no es garantía en sí de móviles sinceros ni de un carácter recomendable. Uno puede hacer objeto de lealtad a algo que no debía, como por ejemplo, a una mala causa o a personas indignas. De ahí que uno de los fines de la enseñanza sea la de ayudar a los alumnos a que hagan objeto de lealtad lo que sea digno, por ejemplo, a Cristo, y a la norma de conducta cristiana, a la familia, la sociedad, la nación y las grandes causas y los nobles ideales. La lealtad depende de las actitudes, haciendo que se revele en parte en la apreciación que uno hace de los valores. También depende de nuestros conocimientos, por cuanto éstos influyen sobre nuestra conducta.

3) *Predilecciones, Apreciaciones e Ideales*

Los conocimientos y las creencias son los cimientos de las actitudes y de la laltad, y éstas lo son a su vez de las predilecciones, las apreciaciones y los ideales.

Las predilecciones. Las predilecciones gobiernan nuestras actividades y, de consiguiente, nuestra atención. Afectan nuestros sentimientos, modifican nuestros deseos y dan sentido a nuestras experiencias.

Nuestras necesidades, reales o supuestas, determinan nuestras predilecciones.

Pero como puede que nos formemos un erróneo concepto de nuestras necesidades, nuestras predilecciones pueden ser dignas o indignas, y aun variables en intensidad y persistencia. Algunas de ellas pueden llegar a dominarnos casi por completo, en cambio otras acaso nos interesen muy poco. La dificultad para muchos creyentes estriba en que sus predilecciones son con frecuencia indignas de ellos, constituyendo un impedimento para el desarrollo de su carácter cristiano. Por eso los maestros deben esforzarse por inspirar a sus alumnos predilecciones verdaderamente dignas y exhortarlos a que cultiven intensamente las que ya posean. Para hacer eso, han de considerar los medios de que han de valerse para ayudarles a usar sus conocimientos bíblicos y otras nociones en la adquisición y desarrollo de predilecciones realmente dignas. Estos medios deben comprender las actividades realizadas en el aula y fuera de ella.

Apreciaciones. Una apreciación implica capacidad para discernir un valor. Es claro que no podemos apreciar lo que carece de mérito para nosotros o lo que nos desagrada o aborrecemos; en cambio, apreciamos (deleitándonos en ello) lo que admiramos, amamos y reverenciamos.

Las apreciaciones versan sobre los valores sociales, intelectuales, estéticos, morales y espirituales, que corresponden

de manera satisfactoria y emotiva a las personas, a las cosas, a las instituciones y a las buenas causas.

Si nuestras valoraciones son erróneas o carecen de valor, ocurrirá otro tanto con nuestras apreciaciones, lo que hará que nos regocijemos en algo indigno o menos digno. En efecto, uno puede preferir la música del "jazz" a la música clásica; una pintura de mérito inferior a nuestros grandes cuadros religiosos; una copla de ciego a una bella poesía; un cuento policial a una gran novela; un demagogo a un estadista; un bandido a un caballero cristiano; la guerra a la paz.

Los maestros de escuelas dominicales debemos comprender entre nuestros propósitos el de ayudar a nuestros alumnos a hacer apreciaciones dignas, especialmente en lo referente a asuntos religiosos y espirituales. Precisa que los ayudemos a que no sólo aprendan los hechos y las verdades de la Biblia, sino que asuman actitudes correctas para con ellos y los cultiven; a que hagan adecuadas apreciaciones de esos hechos y conocimientos y manifiesten interés permanente en ellos, de forma que les sirvan de cimiento para levantar el edificio de elevados ideales; y finalmente, a que adquieran aptitudes y pericia para utilizar las enseñanzas de la Biblia en la observancia de una fructífera conducta cristiana.

Sí; hemos de hacer planes para enseñar a nuestros alumnos cada vez más a que aprecien no sólo la Biblia, sino también la iglesia, las instituciones y los organismos cristianos, así como las normas de la vida cristiana. La importancia de incluir las apreciaciones entre nuestros objetivos

es tanto más evidente si nos fijamos en el hecho de que las predichas apreciaciones dirigen al individuo en la elección de sus compañeros, en la selección de sus predilecciones y en que señalan rumbos a sus actividades.

Ideales. Las actitudes están arraigadas en el pasado, pero actúan en el presente; en cambio, las apreciaciones y las predilecciones se desenvuelven en el presente. Los ideales miran al futuro, pero presiden las actividades del presente. Los ideales son proyectos de logros futuros acompañados de deseos y propósitos; son experiencias en perspectiva, metas accesibles, que valen lo que cuesta llegar a ellas. Un ideal acaso no sea más que un trazo o característica, objeto de un deseo y un propósito; como el coraje necesario para hacer frente a una difícil situación; pero también puede que sea general en la naturaleza. Los ideales de una persona constan de todo aquello que la tal no posee, pero que ella valora y se propone alcanzar; de esta suerte, los ideales imprimen rumbo y sentido al esfuerzo realizado para lograrlos. Pero uno puede hacer abandono de ellos por parecerle que ya no tienen suficiente valor como para continuar luchando para llegar a ellos; o por haberse persuadido de que no es posible alcanzarlos. Efectivamente, uno puede que luche sin tregua ni descanso durante largo tiempo para hacer de un ideal una realidad, y fracasar, no obstante, a causa de no saber cómo alcanzarlo, o por falta de la pericia necesaria, aun en el caso de saberlo; o por haber hecho inútiles o insuficientes esfuerzos.

Uno puede tener ideales bajos, indignos y hasta inmorales; por ejemplo, el afán de querer llamar la atención

hacia su persona, o de ser un bandido afortunado, o sentir ansias de vengarse de un enemigo.

Como puede verse, no basta tener ideales, ya que todo el mundo los tiene, sino que han de ser elevados y justos. Los ideales realmente dignos dependen de los sanos conocimientos, de las actitudes, las apreciaciones y las predilecciones de buena ley.

Es incuestionable que uno de nuestros principales deberes y privilegios de maestros, es el de prestar ayuda a nuestros alumnos para que alienten ideales dignos y los alcancen.

¿Pero en qué consisten los ideales realmente dignos? ¿Y qué debemos hacer para ayudar a nuestros educandos a alcanzarlos? En primer lugar, debemos manifestar qué se entiende por ideales dignos; luego averiguar cuáles sean los que ellos tengan, y de entre esos, los que deban ser ennoblecidos; y, finalmente, indicarles los que deben formarse.

Todo eso debemos incluirlo entre nuestros objetivos, y luego, semana tras semana, proponerse usar el material de la lección y las actividades hechas durante la clase para ayudar a nuestros discípulos a que lleguen a ver realizados sus viejos ideales y se formen otros nuevos.

4) *Habilidad y Pericia*

Para realizar nuestros objetivos docentes, procuramos que nuestros alumnos ejecuten varias clases de actividades físicas e intelectuales, las que conducen al conocimiento de los productos o resultados; conocimiento que denominamos

habilidad, la que tiene por función fiscalizar y dirigir la conducta futura.

Si, como resultado de la enseñanza impartida, un alumno sabe, por ejemplo, que la multiplicación es una forma abreviada de la adición o suma, ese nuevo conocimiento es una "habilidad", que lo dirigirá cuando tenga que sumar. Y así, en lugar de escribir veinticinco veces veinticinco y luego sumarlo para saber el resultado, bastará multiplicar ambas cantidades, con lo cual se ahorra tiempo y papel.

La habilidad se adquiere, pero puede mejorarse. Su ejercicio conduce a hábitos recomendables y a una destreza encomiable, que la convierte en autómata, como lo demuestra el que hacemos muchas cosas sin parar mientes en que al principio se requirió mucho tiempo, esfuerzo y atención para hacerlas, y aun así resultaron deficientes.

La habilidad se adquiere en los dominios de lo moral y lo espiritual del mismo modo que en los demás dominios. Y así los hábitos religiosos se desarrollan de la misma manera que los otros hábitos. Otro tanto ocurre con el arte de vivir cristianamente, que es susceptible del mismo cultivo que las demás artes. Resulta, pues, que la habilidad, los hábitos y la pericia o destreza figuran en primera línea entre los objetivos de nuestra enseñanza.

Los conocimientos son de muy poco o ningún valor, a menos que se los utilice; de no utilizárselos, no tienen más valor para quien los posee que el que tenía el oro que Robinson Crusoe poseía cuando se hallaba solitario en su isla.

Las actitudes, las apreciaciones, las predilecciones y los

ideales son de valor hasta donde resulten útiles para pensar y obrar, y hacer que la gente sea capaz de vivir digna y felizmente.

Conviene por tanto que cada semana hagamos planes para ayudar a nuestros alumnos a que se apropien las saludables enseñanzas contenidas en la lección y en los materiales afines. Pero no debemos detenernos ahí, como solemos hacer, sino que debemos ayudarles a poner en práctica tales enseñanzas, a fin de que formen hábitos y adquieran destreza para llevar una vida cristiana más rica y fructífera.

Si hemos de proponernos objetivos realmente dignos, necesitamos conocer a los alumnos y sus necesidades; y para que podamos alcanzar tales objetivos, precisa que conozcamos la materia que enseñamos y el arte de enseñarla, v. g.: hacer un plan de la lección, qué métodos hemos de emplear, cómo usarlos y cómo despertar el interés del alumno y aprovecharlo; cómo dirigir las actividades, y cuáles de éstas han de seleccionarse.

La enseñanza es realmente una apelación a lo mejor que haya en nosotros. ¡Cuán dignos y elevados objetivos se nos proponen!

Seguramente, necesitamos hacer mayores pesquisas acerca de ellos, así como acerca de la forma de llevarlos a la práctica. A ese fin, conviene que leamos y estudiemos algunos de los manífícos libros que sobre ese particular se han escrito, los que pueden prestarnos una ayuda mayor de la que éste nos puede prestar, por falta de espacio.

V. Se puede enseñar de muchas maneras

No cabe la menor duda de que el vocablo "enseñanza" se lo emplea a menudo en otros sentidos aparte del técnico. Y así tenemos la enseñanza que se imparte con el ejemplo, según sea el espíritu que manifestemos. De esta manera logramos conducir a otros a la senda que nosotros mismos seguimos, o bien los empujamos hacia otro camino.

Ese es el género de enseñanza que impartimos en todo tiempo, y en virtud de la cual todos somos maestros.

Sí, con la enseñanza de nuestro ejemplo estamos induciendo continuamente a los que nos rodean a que conozcan y sigan un camino mejor o peor. Pero ésta no es la clase de enseñanza que tenemos presente al decir que enseñamos en la escuela dominical o que esperamos enseñar el domingo que viene o la que hemos enseñado el domingo pasado. No; lo que tenemos presente son las actividades de la enseñanza objetiva más bien que lo que llamamos nuestra inconsciente enseñanza (una enseñanza que es inevitable, ya sea que nos lo propongamos o no) la que inspira y encamina a nuestros alumnos a aprender lo que nosotros sabemos y ellos ignoran.

Este género de enseñanza supone, claro está, la triple idea de: el maestro, los objetivos y el alumno. Supone asimismo los anhelados conocimientos, las actitudes y la pericia que el maestro desea que el alumno adquiera conjuntamente con la conciencia de que necesita esas cosas. Supone igualmente que el alumno necesita ser dirigido a fin de que pase por las experiencias que lo han de llevar

a adquirir los indispensables conocimientos, actitudes y capacidades antes de que el proceso educativo llegue a su fin.

De aquí resulta que "dictar una lección" incluye los objetivos propuestos para esa lección; pues a menos que haya un alumno que aprenda, no puede haber un maestro que enseñe; y hasta que el maestro inspire y dirija al alumno a lograr esos resultados, sólo habrá hecho un ensayo de enseñar.

La enseñanza en el aula no constituye todo el trabajo del maestro. La enseñanza en el sentido en que ese término por lo regular se emplea, de ningún modo es toda la tarea del maestro; tampooc es la parte más importante de ella; pues su espíritu, su carácter, su influencia y manera de vivir, pueden impresionar a sus alumnos e influirlos tanto o más que la instrucción impartida.

Debe por tanto querer a sus alumnos y demostrárselo, conquistar su afecto, tanto fuera de clase como en ella, y orar por cada uno individualmente con fe viva. De esa manera, lo que él es y lo que haga durante la semana suplementará y enriquecerá sus esfuerzos docentes del domingo.

Además, sus conocimientos de los principios didácticos, su capacidad para utilizar buenos métodos docentes, sus conocimientos generales y su experiencia resultarán eficaces en la medida en que él se haya granjeado la amistad y el afecto de sus discípulos, por haberlos conocido a través de sus problemas y necesidades. Habrá de enseñar técnicamente en el aula mediante sus métodos didácticos; en forma vital en la clase de la escuela dominical, y durante

la semana fuera de ella, mediante su ejemplo. Es decir, que deberá enseñar directa e indirectamente y con creciente eficacia.

VI. La pregunta capital al final de la lección

La pregunta capital que hay que hacerse al término de la lección de la escuela dominal no es: ¿Concurriste a tu clase?; ni: ¿te preparaste antes de presentarte en ella?; ni: ¿les presentaste a tus alumnos algunas grandes verdades que les fuesen de provecho y los invitaste después a discutirlas entre todos?; ni: ¿estuvieron atentos los alumnos y visiblemente impresionados?, sino más bien: ¿Hiciste de modo que tus alumnos, con lo que les enseñaste, adquiriesen experiencias mediante las cuales llegasen a conocer y a apropiarse las verdades contenidas en la lección de tal suerte que las puedan poner en práctica de una manera efectiva en su vida cotidiana? ¿Se posesionaron de la verdad de tal forma que los influya en su vida y carácter?

Hasta que podamos contestar a esta pregunta de una manera positiva, no podemos estar seguros de haber enseñado con eficacia la lección o parte de ella a toda la clase o a uno solo de los alumnos.

Aunque la enseñanza en el aula no es en modo alguno el exclusivo ni siempre el principal deber de un maestro, con todo la piedra de toque de la misma reside en el alumno, joven o viejo, y no en el maestro. Este puede probar que ha procurado enseñar; pero sólo el alumno puede demostrar que el maestro le ha realmente enseñado.

SUGESTIONES DOCENTES

Cuestionario para Estudio y Repaso

1. ¿Qué porcentaje de maestros de su conocimiento cree usted que realmente enseñan? ¿Enseña usted?
2. ¿Es enseñanza un relato? ¿Es parte necesaria del proceso de la enseñanza?
3. ¿Es el oír una recitación enseñanza? ¿Cuál es el fin de una recitación? ¿Cuál es su flaco como medio de enseñanza?
4. ¿En qué sentido tienen un significado común la enseñanza y el aprendizaje?
5. Señale las cuatro fases ya sugeridas de la enseñanza e indique lo flaco y lo fuerte de cada una.
6. Indique las tres clases de enseñanza.
7. ¿Cuáles son los cuatro tipos de designios u objetivos que sugiere la naturaleza de nuestra enseñanza?
8. Discútase la expresión: "Podemos enseñar de muchas maneras."
9. ¿En qué sentido puede la enseñanza no ser la tarea más importante del maestro?
10. ¿Cuál es la pregunta capital al final de la lección?

Plan Temático

I. Aspecto Negativo

1. Relatar no es enseñanza
2. Oír una recitación no es enseñanza

II. Aspecto Positivo

1. "Aprender" tuvo en otro tiempo doble sentido
2. La enseñanza es una parte de un doble proceso

III. Fases de la Enseñanza

1. Es ayudar al alumno a aprender
2. Es comunicación de la verdad
3. Es dirigir el cultivo de una vida

IV. La Enseñanza a la luz de sus propósitos

1. Es de tres géneros
2. Fines u objetivos de la Enseñanza
   1) Conocimientos y creencias
   2) Lealtad y actitudes
   3) Predilecciones, Apreciaciones e Ideales
   4) Habilidad y Pericia

V. Se puede enseñar de muchas maneras

La Enseñanza en el aula no es todo el trabajo del maestro

VI. La pregunta capital al final de la lección

III

LOS MAESTROS DEBEN CONOCER A SUS ALUMNOS

Considerada la naturaleza del proceso de la enseñanza, demos un vistazo a algunos de sus elementos esenciales.

Hemos visto que el proceso de la enseñanza es doble, ya que incluye la enseñanza y el aprendizaje; que la enseñanza requiere: 1º, una persona que aprenda; 2º, otra que le ayude a aprender; y 3º, lo que tiene que aprender.

En cuanto al maestro en sí, debe conocer: 1º, a quien tiene que enseñar: el alumno; 2º, lo que tiene que enseñar: los instrumentos de la enseñanza; v. gr.: los materiales de la lección, la Biblia, y demás útiles; y 3º, cómo tiene que enseñar: métodos, procedimientos, técnica. Una deficiencia en cualquiera de estos tres puntos hará que el maestro fracase.

Estudiaremos en este capítulo lo relacionado con el alumno; en los dos siguientes, nos ocuparemos de los materiales de la enseñanza y de los métodos de impartirla.

I. Por qué los maestros deben conocer a sus alumnos

Es muy común entre los maestros pensar que si dominan la materia (la lección y los materiales afines) ya están preparados para enseñar. Pero no es así; ya que también necesitan conocer a los alumnos. La misma naturaleza del proceso de enseñar y aprender lo exige. Porque la enseñanza es el proceso por el cual el maestro ayuda a sus alumnos a aprender. Pero son los alumnos mismos quienes deben realmente aprender. Ahora bien, ¿cómo podrá el maestro ayudarles a sacar el máximo de provecho si no los conoce bien? Si quiere ayudarles a salir de su ignorancia, debe conocer la índole y extensión de su ignorancia. Y si quiere ayudarles a adquirir conocimientos fructíferos adicionales, debe estar al corriente de los conocimientos que ya poseen.

Las palabras *educar, informar, instruir,* si no son sinónimas, tienen, por lo menos, en la terminología de la enseñanza, un sentido similar.

Demos un vistazo a esas tres palabras.

1) *Educar.* La derivación de esta palabra es signifativa. Viene del latín *e-duco* = conducir afuera. Educar no es, pues, introducir en, sino sacar afuera y desarrollar, haciendo que lo que está adentro crezca. Pero es preciso saber lo que hay dentro antes de hacerlo crecer, o sacarlo afuera y desarrollarlo. En una palabra, el maestro debe conocer al alumno.

2) *Informar.* La idea que encierra esta palabra es *formar dentro.* No se trata meramente de introducir o verter en el interior una masa de hechos o de ideas; sino más bien formar dentro. Aquí tenemos otra vez expresada la necesidad que tiene el maestro de conocer al alumno.

3) *Instruir.* La sugestión que encierra esta palabra es la de erigir una estructura en el interior. En latín, *instruo,* significa hacer construir. Por manera que si alguien quiere levantar estructuras o edificios morales en el interior de las personas, debe conocerlas, esto es, conocer lo que hay en su interior y cuáles son sus necesidades.

1) De que el maestro debe conocer al alumno, se desprende del resultado que maestro y alumno procuran obtener. En el capítulo II se dejó aclarado que la enseñanza tiene por objetivos los conocimientos y las creencias, las actitudes y la lealtad, las predilecciones, las apreciaciones y los ideales, la habilidad y la pericia.

2) El maestro tiene que ayudar a sus alumnos a adquirir conocimientos y creencias. Para hacer esto, tiene que conocer tanto cuanto le sea posible lo que el alumno sabe y lo que no sabe. De lo contrario, ¿cómo podrá ser un guía seguro e inspirador de su vida?

3) El maestro tiene que ayudar a sus alumnos a adquirir y cultivar correctas actitudes y el sentido de la lealtad. Debe, de consiguiente, conocerlos, así como averiguar si ya poseen en alguna medida esas mismas actitudes y el espíritu de lealtad. Debe inquirir igualmente cuál sea el

origen y consistencia de las mismas y el fin que con ellas persiguen.

4) El maestro tiene que ayudar a sus alumnos a adquirir y cultivar predilecciones realmente dignas y apreciaciones e ideales elevados; pero mal podrá hacer progreso en ese camino si no conoce las predilecciones y las apreciaciones, así como los ideales que ya tengan los tales.

5) El maestro tiene que ayudar a sus alumnos a adquirir inteligencia y pericia para vivir cristianamente. Pero para hacer eso, es preciso que conozca el grado de capacidad y pericia que ya poseen, a fin de acrecentarlo si fuere necesario.

Un estudio a fondo de los elementos del aprendizaje no puede por menos de agudizar la impresión de que el maestro necesita conocer a sus alumnos si ha de ayudarles a dominar sus conocimientos, a arribar a nuevas creencias, a desarrollar sus actividades, a fomentar la lealtad, a enriquecer sus predilecciones, a formar ideales, a adquirir habilidad y cultivar la destreza.

Por el siguiente relato, referido por la señorita Margarita Slattery en su obra "Pláticas en la Clase Preparatoria", se puede ver claramente que un maestro debiera conocer a los alumnos de su clase. He aquí el relato:

Edith, que había concurrido a su clase por varios meses, se mostraba indiferente y fría en sus modales. Cuando ya sólo faltaban unos días para que aquella chica cumpliese catorce años, la señorita Slattery le dijo: Edith, ¿no es la semana que viene tu cumpleaños?

—Así es —respondió la interpelada con un suspiro—; pero yo más bien quisiera que no llegara nunca ese día.

Como la señorita Slattery se mostrara extrañada y le hiciese algunas preguntas, la chica le dijo: —Usted ve que voy a cumplir catorce años, y que tendré que dejar la escuela al fin de este mes, pues mi hermano me ha conseguido trabajo en una fábrica, y papá dice que debo trabajar.

Por la charla que se siguió entre ambas, en la que la chica le abrió el corazón a su maestra, ésta se impuso de cosas interesantísimas. Su alumna resultaba, al fin de cuenta,s que no era indiferente o apática. Lo que había era que anhelaba ingresar a la escuela secundaria, y especialmente estudiar música. En su casa había un armonio, pero ella jamás había recibido una sola lección. Durante estos meses, ella, que era una chica ambiciosa, esperaba con miedo el momento cuando tendría que abandonar la escuela.

Comentando esta situación, la señorita Slattery dice con mucho acierto: "Yo había conocido a Edith aquellos meses, por supuesto; sí, conocía sus ojos, su cabello, su voz, sus modales, sus características generales; y, a pesar de todo, aun no la había conocido. De haberla realmente conocido, ¡cuánto no hubiera podido hacer durante aquellos pocos meses, los últimos de su vida escolar! Y como aquella niña, ¡quién sabe cuántas más habrá habido a quienes en realidad no he llegado a conocer! Pero me bastó aquella experiencia de los primeros años para que abriese los ojos."

II. Lo que los maestros deben conocer acerca de sus alumnos

Si la enseñanza ha de ser efectiva, debe el maestro principiar con el discípulo o alumno donde quiera que lo halle. Quiere esto decir que cuanto más sepa del alumno, tanto más podrá dirigirlo en el proceso de aprender.

No es posible enumerar aquí todo lo que el maestro debe saber acerca del alumno, como tampoco sería posible expresar de antemano todo lo que el médico debe saber acerca de su paciente a fin de atenderlo convenientemente para que se sane.

Daremos empero algunas sugestiones generales que ayudarán al maestro a conocer a sus alumnos.

1. *Ha de saber lo que el alumno ignora*

Sócrates decía que el conocimiento de nuestra ignorancia es el primer paso hacia el verdadero saber. Coleridge suplementó esta verdad diciendo "que no podemos hacerle comprender a otro nuestro pensamiento hasta tanto no conozcamos su ignorancia." Mientras un maestro suponga que un alumno sabe lo que en realidad no sabe no estará en condiciones de enseñarle a aprender. En la escuela dominical se cometen constantemente graves errores a causa de la incapacidad de los maestros para averiguar lo que no saben sus alumnos.

Un diligente y fiel maestro quedó asombrado al oír a un brillante alumno de vinticinco años preguntarle: "¿Quién

fué el despreciado Galileo?" Otro maestro que tenía una clase de muchachos de catorce años procedentes de hogares cristianos cultos, después de darles una lección sobre la diferencia entre las enseñanzas de Moisés y las de Cristo, o sea entre la ley y el Evangelio, les preguntó qué entendían por los términos "ley" y "Evangelio". ¡Y cuál no sería su sorpresa al notar que ninguno de ellos tenía otra idea cuanto a lo primero que la de una ley civil; y cuanto a lo segundo, la de los cuatro primeros libros del Nuevo Testamento!

¿Es de sorprenderse que los alumnos contesten absurdos o no contesten nada si no tienen un mejor conocimiento de las palabras empleadas por el maestro cuando los interroga?

2. *Ha de conocer el vocabulario del alumno*

Es posible qu todos nosotros usemos de continuo en nuestra conversación ordinaria palabras que no sean inteligibles para aquellos con quienes hablamos.

Atravesaba un hombre una vez, en compañía de una tierna hijita, una pradera. En esto llamó la atención de la niñita a la belleza del bosque vecino. La niñita miró sorprendida, pero no dijo nada. Como el padre insistiese sobre lo mismo, la niña exclamó: ¡Pero, papá!, ¿dónde está el bosque? ¿Está detrás de los árboles? Ella conocía la pradera; también conocía los árboles; ¿pero dónde estaba el bosque? Es que nunca se le había dicho con suficiente claridad que un conjunto numeroso de árboles se llamaba bosque.

Los niños ignoran frecuentemente las cosas y las palabras que suponemos les son familiares.

El profesor G. Stanley Hall publicó los resultados de rigurosos exámenes sobre los conocimientos que de cosas comunes poseían unos doscientos niños que deseaban inscribirse como alumnos de las escuelas primarias de Boston. Cuarenta de ellos no sabían cual era su mano derecha ni su izquierda. De cada tres de ellos, uno nunca había visto un pollo; dos de cada tres no habían visto una hormiga; uno de cada tres no había visto conscientemente una nube; dos de cada tres nunca habían visto el arco iris; más de la mitad de todos ellos no sabían que la madera de algunos juguetes provenía de los árboles; más de los dos tercerios de ellos no pudieron decir de qué se hacía la harina; y así sucesivamente, pues la lista es larga, en la que figuran cosas pequeñas y grandes, pertenecientes a los dominios de las cosas comunes. La conclusión a que llegó el profesor Hall es ésta: "Que el niño que se inicia en la vida escolar casi no tiene ninguna noción de valor pedagógico que sea realmente utilizable."

A no ser que el maestro examine el grado de conocimientos de sus alumnos al comenzar a enseñarles, creerá que saben más de lo que realmente saben, lo que lo inhabilitará para enseñarles con acierto.

Todo lo que se ha dicho acerca de la necesidad de que el maestro conozca los limitados conocimientos de sus alumnos, es aplicable a todas las edades: niños, jóvenes y adultos.

3. *Ha de conocer la personalidad y la vida de cada alumno*

El maestro debe conocer a sus alumnos no sólo en cuanto a sus conocimientos y experiencias anteriores, sino también en cuanto a sus gustos y peculiaridades, sus sentimientos y deseos, su manera de pensar y modos de obrar, sus características y tendencias, su vida en el seno de la familia y su ambiente de fin de semana.

Se dice que el profesor Orfila, el gran toxicólogo, al deponer ante un tribunal acerca del poder de una diminuta dosis de cierto veneno, uno de los abogados de la causa le preguntó sarcásticamente: —¿Podría usted decirnos, señor profesor, la dosis precisa que de este veneno se le podría administrar a una mosca sin peligro? —Creo que podría — fué la cauta respuesta—; pero —agregó— necesitaría saber algo acerca de esa mosca particular, sometida a tal experimento. Necesitaría saber, en efecto, cual fuese su tamaño, su edad, su estado de salud, sus hábitos de vida, si estaba o no apareada, y cual hubiese sido el ambiente en que había vivido hasta entonces. Todas esas cosas tienen que ver con la dosis que habría que administrar en cada caso.

Es indudable que uno que estudia bajo nuestra dirección es digno de que lo estudiemos con tan sabia y cauta minuciosidad como la mosca de referencia. Pero no todos los maestros son tan sabios y cautos como lo era el profesor Orfila.

Importa mucho, no cabe dudarlo, el que un maestro conozca tan bien a sus discípulos como la materia que suele

enseñarles. En realidad, lo primero es más importante; tanto es así, que el conocimiento magistral de los alumnos debiera preceder o al menos acompañar al dominio de la lección.

En este particular es aplicable la sabiduría de Salomón, pues él dijo en sustancia que si el niño fuere educado en su carrera, esto es, criado de acuerdo a sus necesidades particulares, no a las de los niños en general, no se apartará de ella luego que fuere adulto. Este proverbio hace hincapié sobre la necesidad de dar al niño una preparación o instrucción individual, y no una general cuyos preceptos quizá no se adapten a él. "En lugar de autorizar el uso de una rígida monotonía disciplinaria, llevados de la noción de que eso es la forma correcta de enseñarlo, el proverbio inculca el más minucioso estudio que sea posible hacer acerca del temperamento del niño, y su adaptación a su caso." (*Comentario del Predicador*).

La instrucción es parte vital de un proceso más amplio de enseñanza; y lo que se dice de la parte puede decirse del todo; de lo que se desprende que los maestros deben conocer a sus alumnos individualmente, a fin de enseñarles con eficacia.

Si el conocimiento del individuo es tan necesario para que la enseñanza sea eficaz, ¿por qué los maestros son tan remisos en lo que atañe a conocer a sus alumnos tal como realmente son? ¿Por qué no tratan de conocerlos uno por uno en lo que respecta a sus peculiaridades, sus prejuicios, su inteligencia, su manera de pensar y obrar, sus hábitos

mentales y espirituales? ¿Es que requiere más tiempo el estudio de las personas que el de la lección? ¿O es más bien porque, siendo más difícil, exige más tiempo, paciencia y pericia?

Muchos hay que saben dominar un asunto, pero no saben cómo llegar a conocer a aquellos a quienes enseñan. Uno puede poseer gran erudición y hasta estar al corriente de los principios y métodos de la enseñanza, y no obstante, fracasar en toda la línea como maestro, por no conocer bastante bien a sus alumnos para adaptar su enseñanza a sus necesidades individuales.

Las buenas intenciones, la piedad y los conocimientos son insuficientes; precisa que haya discernimiento para advertir las diferencias individuales y acomodarse a ellas. Corazones simpáticos y cabezas llenas de conocimientos no pueden sustituir a los ojos ofuscados que, padeciendo de daltonismo mental, no advierten ninguna diferencia real entre los tintes que matizan las mentes y disposiciones de las almas tranquilas y los de las bulliciosas; entre los de la bromista juventud y los de hombres y mujeres tristes y abatidos; entre los de aquellos que se criaron en hogares cristianos y los de los que carecieron de toda instrucción religiosa antes de concurrir a la escuela dominical.

Para tales maestros una clase es una clase y un alumno es un alumno, y cada lección una serie de hechos que han de enseñarse de una misma y sola manera. Huelga decir que ese maestro no es en manera alguna maestro idóneo para ninguna clase ni para ningún discípulo.

III. Cómo han de conocer los maestros a los alumnos

Estudiar al alumno en abstracto puede tener algún valor, pero estudiarlo en concreto es mucho mejor.

Un erudito profesor, especializado en la psicología del niño, se incomodó una vez con unos chicos vecinos por haberle éstos echado a perder la aplanada superficie de un pavimento de hormigón que acababa de poner. Como el profesor perdiese los estribos por aquella travesura, su esposa le dijo en tono de reproche: ¡Vaya, yo creía que te gustaban los chicos!; pues siempre estás estudiándolos y hablando de ellos. —Sí que me gustan —le contestó; pero no en concreto, sino en abstracto.

Pero los maestros deben mostrar interés por ellos y por todas las personas, en concreto. Sí, deben recibirlos, tal cual son, conocerlos y quererlos.

1. *Estúdiense los alumnos directamente*

Al estudiar los componentes de la clase, individualmente, es bueno observar las características y las peculiaridades que los individualice, es decir, aquellas que los diferencian de sus compañeros. Un maestro debe estudiar las características propias del niño, del adolescente y del adulto; luego las pertenecientes a la edad del grupo que él enseña. Aparte de esto, debe informarse de las condiciones que influyen en cada alumno en particular; pues no se puede enseñar a los alumnos en general, sino uno por uno.

Juan Burroughs, en su ensayo sobre el cultivo científico de los bosques, se espacia en la necesidad de estar ojo avizor para descubrir las cosas raras y características de los árboles y los pájaros de la selva, si es que uno quiere saber la verdad tocante a ellos por separado. Luego refiere haber recibido cartas en las que se le pedía su ayuda para identificar las especies de pájaros recién descubiertos por sus corresponsales. Uno de ellos le daba una extensa descripción, sin aportar una simple característica peculiar, propia del pájaro en cuestión, porque todos los rasgos consignados en la aludida descripción eran comunes a toda clase de pájaros. En otro caso, los pocos rasgos observados, todos peculiares e individuales, lo capacitaron para reconocer el pájaro y señalar su especie, sin la menor vacilación.

Que el maestro estudie a cada integrante de su clase por separado. ¿Se trata de uno excepcionalmente brillante o excepcionalmente obtuso o de mediana inteligencia? ¿Está familiarizado con los hechos principales de la Biblia, por haber sido instruído en su hogar o por haberse instruído personalmente, o es tan ignorante tocante al contenido de ese libro que no sabe de él más que lo que ha aprendido en la escuela dominical? ¿Le gusta ser el primero en hablar, deseoso de contar lo que sabe, con tendencia más bien a hablar que a escuchar; o es, por el contrario, calmo e inclinado a escuchar más que hablar, aun cuando esté bien informado del asunto de que se trate? ¿Es de amable disposición o falto de afabilidad? ¿Es generoso y de índole varonil o es egoísta y de espíritu desapacible? ¿Es compasivo y pronto a responder a cualquier llamamiento

dirigido a los sentimientos de su alma, o es frío e insensible por temperamento, para dejarse dominar por sus emociones? ¿Se deja influir fácilmente por otros o tiene marcada independencia de carácter?

Un maestro podría responder a estas y otras muchas preguntas similares después de un breve período durante el cual observara a los integrantes de su clase por separado, y los comparara uno con otro durante las horas de clase. Si un maestro puede responder a todas estas preguntas, le servirá de mucho para enseñar a sus alumnos individualmente.

Pero hay muchas cosas que uno necesita saber que no se pueden aprender ni en la clase ni los domingos, sino que deben averiguarse en el curso de la semana, en los hogares y los empleos o cerca de ellos, o cuando el maestro y los alumnos están solos, libres de todo contacto social. Por ejemplo: ¿Vive el alumno en un hogar hermoso o miserable? ¿Es hijo de padres piadosos y magnánimos o de padres cuya influencia le sea desastrosa? ¿Viven sus padres? ¿Asiste a la escuela diaria? En caso afirmativo, ¿qué tal alumno es? ¿Está empleado? Caso de estarlo, ¿es activo y fiel en el cumplimiento de sus deberes o negligente y desleal? ¿Es el ambiente de su hogar, de sus relaciones, de sus ocupaciones y de su medio social compatible con la influencia y los ideales de la escuela dominical, o es contrio a ellos? ¿Cómo pasa las noches y los ratos disponibles? ¿Cuál es su lectura favorita? ¿Qué tentaciones al parecer más le persiguen? ¿Qué es lo que más poderosamente le

impulsa a la práctica del bien? ¿Cuáles son sus gustos, sus ambiciones y debilidades predominantes?

Si un maestro logra responder satisfactoriamente a todas estas preguntas, llegará a serle de inestimable valor.

2. *Estúdiese al alumno indirectamente*

Un maestro puede que llegue a descubrir algunas cosas tocante a un alumno mediante su propia observación; otras, en cambio, quizás las llegue a saber mejor preguntando a sus padres, a sus patrones, o a sus compañeros de trabajo. Pues desde que ese alumno es conocido de varias personas, ¿por qué no aprovecharse de lo que ellas saben tocante a él?

Emerson, refiriéndose a la forma más segura de conocer el carácter de las modalidades de una persona de parte de sus compañeros, dice: "El mundo está lleno de días de juicio;y así en cualquier asamblea en que uno entre o acto en que tome parte, al punto lo miden y lo marcan. Lo propio ocurre entre los muchachos que corren y juegan en los patios de los colegios o entre las bandas de los que juegan en las plazas. Cuando uno de ellos entra a formar parte de su círculo, sus compañeros no tardan en medirlo, pesarlo y clasificarlo con toda precisión, sometiéndolo, como quien dice, a examen riguroso acerca de su fuerza." Que el maestro se aproveche del criterio que acerca de sus alumnos se hayan formado los que los conocen mejor.

La prosecución del estudio de los alumnos, a fin de enseñarles inteligentemente, entraña una grave exigencia de

tiempo y habilidad para el maestro. Pero no cabe otra alternativa, si quiere enseñarles con eficacia.

Por lo que hace a su importancia y práctica, dice un maestro: "Con una clase de veinticinco alumnos y mis obligaciones de cada día, aun dispongo de tiempo suficiente para informarme de una manera general de los ejercicios de mis alumnos, y con bastante amplitud de sus necesidades personales; de esa manera, el domingo me encuentra preparado para atender mi clase, colectiva e individualmente. Todo eso lo hago de dos maneras: La primera, consiste en reputar ese deber y ese tarabajo tan importantes y necesarios como mis ocupaciones diarias; la segunda consiste en estimular a mi clase a que me consulte sobre sus dificultades diarias lo mismo que sobre sus necesidades espirituales."

3. *Estúdiese a los alumnos a través de lo que sepan de ellos otras personas que los hayan observado*

Cualquier maestro puede llegar a saber mucho en general referente a aquellos a quienes enseña si se aprovecha de lo que otros han escrito acerca de sus experiencias y observaciones sobre las personas. Para ello, que lea libros de psicología, algunos de los cuales, dicho sea entre paréntesis, son tan interesantes como las buenas novelas. Puede leer, en primer lugar, aquellos que se escribieron para maestros de escuela dominical, por haber sido escritos especialmente para él; luego puede leer otros más técnicos que traten más ampliamente de las características y procesos

mentales y espirituales y la forma cómo surge y se desenvuelve la personalidad. ¿No debería esforzarse por leer un buen libro acerca de la vida de la psicología del alumno cada año?

Un maestro hallará libros biográficos sumamente útiles, como ser: biografías de personajes bíblicos, de misioneros, de maestros, generales, estadistas, hombres de negocios; biografías de europeos, de americanos, de negros, de indios, y así sucesivamente; biografías cortas y largas, en libros y revistas; de personas antiguas y modernas. Algunas de esas biografías son más fascinantes que las mismas novelas, y también más valiosas y útiles.

Poseen otra cualidad y es que son baratas y útiles en todos los casos. ¿Cuántas de ellas debería de leer un maestro cada año? ¿Una, dos o más?

Un maestro puede sacar provecho de la literatura novelesca, porque alguna de las más hermosas descripciones de algunos caracteres se hallan en novelas y cuentos. En efecto, el novelista es dueño no sólo de referir lo que sus personajes hacen sino lo que piensan y los móviles que los impulsan. Afortunadamente, ahora hay libros útiles selectos de índole novelesca a precios populares que tratan de todo tipo de personas: jóvenes y ancianos, blancos y de color, ricos y pobres, eruditos e iletrados, sagaces y cándidos, buenos y malos, dichosos y desdichados. Un maestro puede leer cuando menos dos buenas novelas al año, que es lo mejor que hay para conocer el humano corazón.

Finalmente, un maestro deberá leer diarios, semanarios y revistas mensuales, así como revistas religiosas, por los

cuentos que suelen traer, por sus artículos, editoriales, etc.

De esta forma, mediante la lectura metódica y el estudio sistemático, un maestro puede llegar a saber infinidad de cosas acerca de la gente, y usarlas al estudiar a sus alumnos.

4. *Recuerde sus experiencias personales*

Recordar y analizar las propias experiencias es una de las mejores formas de comprender la naturaleza humana.

Aunque la introspección tiene sus limitaciones y peligros, con todo, permite conocer a otros mediante las propias experiencias y la interpretación de sí mismos. Si uno ha olvidado los incidentes, experiencias y móviles de su infancia, no debe enseñar a niños, y si ha olvidado los de su juventud, tampoco debe enseñar a los jóvenes. Uno de los requisitos esenciales que debe poseer un buen maestro es el de poder compartir las experiencias de sus alumnos con simpatía e inteligencia.

SUGESTIONES DOCENTES

Cuestionario para Estudio y Repaso

1. ¿Cuáles son las tres cosas esenciales que debe saber el maestro para enseñar?
2. ¿Qué nos sugiere la naturaleza del proceso de aprender sobre la necesidad de conocer al alumno?
3. Demuestre cómo las palabras educar, informar e instruir señalan la necesidad de conocer al alumno.
4. ¿Demuestran los objetivos que se persiguen en la enseñanza que el maestro debe conocer al alumno?

5. ¿Se ajusta a los hechos de la vida real el relato de la señorita Slattery acerca de Edith?
6. Discútanse algunas cosas que el maestro debe conocer tocante a sus alumnos.
7. Discútanse brevemente los cuatro métodos de estudiar a los alumnos.

Plan Temático

I. Por qué los maestros deben conocer a sus alumnos
   1. Los sinónimos lo demuestran
   2. Los objetivos que se persiguen lo recalcan.

II. Lo que deben conocer los maestros acerca de sus alumnos.
   1. Su ignorancia
   2. Su vocabulario
   3. Su personalidad y su vida.

III. Cómo pueden conocer los maestros a sus alumnos
   1. Estudiándolos directamente
   2. Estudiándolos indirectamente
   3. Estudiándolos mediante lo que saben de ellos otras personas
   4. Recordando las experiencias personales.

IV

LOS MAESTROS DEBEN CONOCER LO QUE ENSEÑAN

—Tengo entendido que usted enseña latín —le dijo una vez un hombre a un profesor secundario.

—No; eso es un error —repuso el profesor—; yo enseño a jóvenes de ambos sexos.

Eso mismo podría decir el maestro de escuela dominical: que no enseña la Biblia, sino que enseña a niños, a jóvenes y a adultos. Pero tal como se suele usar esa palabra, el aludido profesor enseña en realidad latín, y el maestro de escuela dominical, la Biblia. Es lícito hacer tales distinciones, porque, en realidad, los maestros enseñan a las personas en lugar de la materia. No obstante, los maestros de escuela dominical deben conocer y enseñar la Biblia.

I. Los maestros deben conocer la Biblia

La Biblia es el libro fuente de la escuela dominical. A él debemos por tanto recurrir para beber la doctrina que

hemos de impartir a los alumnos de nuestra clase cada semana. Mejor aún, hemos de inspirarlos y guiarlos en sus esfuerzos por encontrar y explorar el camino de la vida, según está trazado en la Biblia. Por eso tenemos que estudiarlos a ellos, a fin de saber qué necesitan, y luego acudir a las Biblia para suplir su necesidad. No olvidemos que la Biblia es la herramienta para levantar el edificio moral del carácter cristiano.

Pero aunque eso es verdad, con todo, no es toda la verdad. En efecto, la Biblia es más que un libro del cual podemos extraer excelentes enseñanzas; es más que un libro sumamente maravilloso, en cuyo estudio tenemos que ayudar a nuestros alumnos; es más que un instrumento de enseñanza; es un libro divino; un libro dinámico, que contiene y expone lo que nosotros y nuestros alumnos necesitamos saber. "Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, que penetra hasta dividir el alma y el espíritu, y las coyunturas y tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (Hebreos 4. 12). Tenemos, pues, que enseñar a nuestros alumnos el contenido de ese divino libro, así como la obligación que sobre ellos pesa de estudiarlo, por tratarse de la revelación de Dios, que nos trae el mensaje de salvación, por el cual pasamos de muerte a vida; y a la vez nos guía por el camino de un santo vivir. Si fracasamos en enseñarlo y nuestros alumnos en estudiarlo, habremos fracasado en toda la línea.

Por poco que sea lo que se le exija a un maestro que enseñe de la Biblia, importa mucho que la conozca bien;

porque cuanto más amplia y profundamente la conozca, tanto más será la amplitud y profundidad con que podrá enseñar las partes de que conste la lección.

1. *Debe conocer las palabras y los hechos de la Biblia*

Hay ciertas partes de la Biblia cuyas palabras todo maestro debiera conocer, a fin de poderlas citar con rapidez y exactitud.

Mucho se oye decir cuan importante es el que los creyentes decoren pasajes de la Escritura; tanto que parecería que algunos miraran la mera repetición de textos escriturales como algo conducente al crecimiento espiritual. Pero tal supuesto no descansa sobre ningún fundamento sólido. En efecto, está demostrado, de manera irrefragable, que una memoria cargada de meras palabras no es indicación de verdadero saber.

Sin embargo, el conocimiento de pasajes bíblicos cuyas palabras forman parte de la experiencia personal de uno, es otra cosa muy distinta; porque semejante conocimiento le permite al maestro emplear la Biblia con más libertad.

Hay muchas cosas en ella que él debería conocer, como los nombres de los libros que contiene, su orden y contenido general; los autores, así como tener una idea de los hechos históricos más notables y de los personajes que en ella figuran, amén de otros conocimientos similares.

2. *Debe conocer las enseñanzas de la Biblia*

La verdadera Biblia se encuentra bajo la corteza de sus hechos y palabras, esto es en la expresión de su doctrina.

Las palabras y los hechos constituyen el medio por el cual habla Dios a los hombres acerca de la verdad, la vida y la redención. Y si bien esas palabras y hechos son sumamente llanos y sencillos, con todo, sólo llegan a ser inteligibles mediante el estudio y la medicación.

3. *Debe tener conocimiento experimental de la Biblia*

La doctrina revelada en la Biblia debe ser aceptada, creída y observada, para que forme parte de uno mismo o de nuestro ser interior. Pero podemos conocer sus hechos y sus palabras sin comprender su significado y enseñanzas. También podemos conocer su significado y enseñanza sin aceptar sus doctrinas. Efectivamente, no podemos decir que conocemos la Biblia hasta tanto no la conozcamos por experiencia. En efecto, hemos de hacerla parte de nuestro ser mediante los cambios que efectúe en nuestro corazón; mediante las experiencias espirituales que adquiramos por su influjo en nuestras vidas, haciendo que éstas lleven frutos que se revelen en nuestro carácter y en nuestra conducta diaria.

II. Cómo deben los maestros conocer la Biblia

Importa mucho más que un maestro sea un incansable estudioso de la Biblia que un consumado erudito en la misma; porque cuando deja de adquirir conocimientos bíblicos o de enriquecer los que ya posee, termina por dejar de impartir una real y creadora enseñanza escritural. Por esa misma razón, debe ser un constante, fiel e inteligente estu-

dioso de la Biblia. No todos los maestros pueden seguir cursos bíblicos en institutos y seminarios, pero todos pueden ocuparse individual y colectivamente en estudios útiles y prácticos de carácter bíblico.

1. *Ha de leer la Biblia con devoción*

Todo maestro necesita alimentar su vida espiritual. Precisa que esté en contacto directo con Dios. Ese contacto lo ha de establecer mediante meditada lectura cotidiana de la Biblia, hecha con devoción. Sin duda, él querrá hacer esa lectura en su versión favorita, pero también le reportará mucho provecho leyéndola en alguna de las versiones modernas, especialmente el Nuevo Testamento.

2. *Ha de estudiar la Biblia por libros*

Uno de los recursos más útiles para estudiar la Biblia, especialmente el Nuevo Testamento, consiste en hacerlo por libros. Cada carta o epístola, por ejemplo, es un documento aparte, y las más de ellas fueron escritas a una agrupación de cristianos en determinado lugar para ayudarles personalmente.

La mayoría de los libros son breves, de suerte que pueden leerse en un tiempo relativamente corto; y para realizar ese tipo de estudio, contamos actualmente con muchos y excelentes auxilios, que lo facilitarán.

3. *Ha de estudiar libros que traten de la Biblia*

Existe gran número de libros auxiliares de ese tipo en el *Curso Preparatorio para Maestros de Escuela Dominical*:

introductivos, históricos, biográficos y expositivos, que pueden estudiarse en clase o en privado.

Además de tales libros, los maestros deberían estudiar la vida de Cristo, la de Pablo, así como las vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, para ayuda de lo cual hay numerosos libros.

Además de libros acerca de la Biblia entera, los hay que tratan de partes de ella, como: los Diez Mandamientos, el Sermón del Monte, las Bienaventuranzas, la Oración Dominical o Padre Nuestro, las parábolas, los milagros, etc., etc.

4. *Ha de estudiar libros que tengan relación con la Biblia*

Por mucho que uno conozca la Biblia, todavía le queda bastante que aprender tocante a ella. No se olvide que fué escrita en lenguas muertas (1) al presente, y para gente que vivió de dos a cuatro mil años ha; de ahí que abunden en ella alusiones y referencias extrañas para nosotros. Es que las costumbres y maneras de pensar de aquellos pueblos eran muy diferentes de las nuestras. Los que la escribieron no necesitaban dar explicaciones ni informaciones para que los entendiesen, en tanto que nosotros las necesitamos si queremos entenderlos. Para lograr tales explicaciones necesitamos consultar las obras de aquellos eruditos que han hecho largos y concienzudos estudios sobre esa disciplina. Como las imperecederas verdades y los eternos principios de la Biblia le fueron dados a un pueblo de tiempos remo-

(1) Actualmente se habla el hebreo corrientemente en Palestina. (*Nota del Traductor.*)

tos, para ayudarle a resolver sus problemas morales y espirituales, conviene que los maestros conozcan aquellos hábitos y costumbres, aquellas maneras de pensar y de obrar y los problemas de aquel antiquísimo pueblo, para ayudar a sus alumnos a valerse de las antedichas imperecederas verdades y eternos principios para resolver sus propios problemas morales y espirituales. Por lo demás, hay muchos libros interesantes y útiles acerca de la Biblia, a precios moderados, como ser: comentarios, concordancias, armonías de los Evangelios, diccionarios de la Biblia, atlas, geografías, tratados sobre los usos y costumbres, sobre el origen de la Biblia; la historia de la versión inglesa de la Biblia, la de las versiones particulares; la historia de los judíos de los tiempos del Nuevo Testamento, etc.

5. *Ha de estudiar las lecciones de la Escuela Dominical*

El maestro debe estudiar todos los pasajes bíblicos de la lección semanal, ya sea que use las lecciones Uniformes, ya las Graduadas, no sólo para que pueda enseñar con eficacia, sino también para llegar a conocer mejor la Biblia. Ese estudio, realizado durante uno o más años, constituye un excelente método de estudiar sistemáticamente la Biblia.

El maestro que use las lecciones uniformes para enseñar a niños o jóvenes de uno u otro sexo, debe estudiar no sólo la revista trimestral que corresponde a la edad del grupo que enseñe, sino la destinada a los adultos: El Expositor Bíblico.

1) *Las ventajas de los auxilios para el estudio de las lecciones.*

Los auxilios para el estudio de las lecciones son utilísimos, porque contienen una serie sistemática de lecciones para los alumnos. También son de gran utilidad para qu el maestro llegue a dominar la Biblia, ya que ponen a su alcance y a bajo precio y en forma adecuada la reverente erudición secular, la que podrá utilizar en cualquier momento y lugar que la necesite, pues la mayor parte de los maestros son personas que disponen de poco tiempo, fuera de que no poseen los libros que se requieren para el estudio de la Biblia. De ahí que les sean una gran bendición esos auxilios, preparados por profesores talentosos, por pastores eruditos y aventajados maestros de escuela dominical, así como por avezados editores, todos los cuales son, en la práctica, maestros de escuela dominical.

2) *Posibles desventajas de los auxilios para estudiar la lección.*

Los auxilios para estudiar la lección resultan realmente dañosos cuando el maestro llega a depender demasiado de ellos, y no estudia su biblia y utiliza otras fuentes de conocimiento. Esos auxilios tienen por objeto guiar al maestro en el estudio de la Biblia, y por lo mismo no debieran de suplantarla.

Aunque los que preparan esos auxilios son estudiosos de la Biblia, con todo, no son infalibles intérpretes de la misma; por esa razón, los maestros deben guardarse de aceptar

con demasiada presteza lo que los redactores de la lección y los editores de la misma digan; sino que deben aprender a pensar por sí mismos y a formar sus propias conclusiones.

III. Los maestros deben saber bien cada lección

Para estudiar la Biblia de una manera realmente adecuada se requiere toda una vida, porque sus riquezas son inagotables. Pero un maestro no tiene que esperar para enseñar a dominar los conocimientos bíblicos, ya que tiene que impartir la lección del próximo domingo, luego la de la siguiente semana, y así sucesivamente, domingo tras domingo, con su lección específica para cada semana, con su título, su material bíblico, su objeto, y así lo demás. De consiguiente, debe dominar la lección correspondiente a cada semana. Para ello no sólo debe dominar el material bíblico de la misma, sino saber qué hay en ella que necesiten saberlo particularmente sus alumnos.

Supongamos que alguien le preguntara: —¿Qué se propone usted enseñar? Y que contestase: —Las verdades de la Biblia. La respuesta adolecería de cierta vaguedad, porque en la Biblia hay muchas verdades que él no podría enseñar en una sola lección.

Puede por tanto reiterársele la pregunta anterior: —¿Qué se propone usted enseñar? A lo que puede contestar: —La lección del próximo domingo. Muy bien; pero, ¿cuál es la lección del próximo domingo? —Marcos, 5. 21-42 —responde. Pero el interrogador todavía queda en dudas, pues el maestro sólo ha dado el lugar donde se halla el pasaje

de la lección que ha de enseñar. Si responde que el asunto de que trata la lección es el "Dominio de Jesús sobre la enfermedad y la muerte", habrá indicado meramente el título, según lo consignan los auxilios de la misma. Y si dice: —Voy a tratar de hacer que mis alumnos comprendan y aprecien el poder de Jesús para sanar los enfermos y resucitar los muestros, según está revelado en Marcos, 5. 21-42; y prosigue mencionando varios hechos de la vida de Jesús que revelan Su conocimiento lo mismo que su poder, y comenta con espíritu de creyente lo que Jesús aprobó; si dice todo esto, el investigador se persuadirá de que ese maestro sabe lo que va a enseñar.

Para saber la lección, el maestro ha de conocer a fondo los hechos de la lección, incluso los lugares, las fechas, las épocas, los modales, las costumbres, el habla, las discusiones, los acontecimientos, etc. Pero quizá diga: Algunas de estas cosas yo las miro como de menor importancia. ¿Y qué es lo que él considera de importancia? ¿Se limitará a enseñar meras palabras para luego pedirles a los alumnos que las reciten?

Es preciso que el maestro domine el sentido de los hechos y entienda las enseñanzas o doctrinas en ellos implícitas y conozca el valor de una aplicación práctica de esos hechos y enseñanzas a los problemas de la vida. Ha de conocer asimismo los hechos y enseñanzas referentes a las necesidades de sus alumnos y como lograr que se las apropien y las usen.

Mientras el maestro no estudie bien la lección que tenga

que enseñar determinado domingo, no la sabrá, y menos la dominará de una manera cabal.

IV. Los maestros deben conocer otras materias adicionales

Así como Jesús dijo que "de la abundancia del corazón habla la boca" (Mateo, 12. 34); así podría también decirse que de la abundancia de conocimientos, enseña el maestro; de ahí que le sea preciso saber mucho más que lo que tenga que utilizar en una lección; de lo contrario, no podrá hacer ninguna selección de material.

Puede que conozca el material bíblico y el que contengan los auxilios para el estudio de la lección; pero éstos son por necesidad limitados, y por lo mismo acaso carezcan de algunos elementos indispensables para enseñar a los alumnos de modo eficaz.

Como Dios todavía gobierna el mundo, y el Espíritu Santo aun sigue guiando a los fieles y llenándolos de virtud; y como pronto hará 1900 años que se escribió el último libro del Nuevo Testamento, es razonable preguntar: ¿Qué les sucedió a las sucesivas generaciones de cristianos?

De ahí la conveniencia y utilidad de que el maestro posea algunos conocimientos de la historia eclesiástica y de la de su propia denominación.

El maestro también debería conocer tanto cuanto le fuera posible la historia de las misiones, así como las vidas de cristianos eminentes, como: pensadores, eruditos, predicadores, misioneros, maestros, estadistas y otros hombres y

mujeres notables. ¿Y no debería informarse también lo más que le fuese posible acerca de la influencia ejercida por la Biblia en los dominios de la legislación civil y criminal, de la ética, la arquitectura, la música, la pintura y la literatura?

Un maestro, para poder enseñar con éxito, necesita conocer la Biblia y todo aquello que con ella se relacione; la lección semanal y todo lo que tienda a enriquecer sus conocimientos. En suma; que no hay límites para lo que una persona puede aprender. Pero eso sí, él puede y debe comenzar siempre en regla, dondequiera que se halle, "un poquito aquí, otro poquito allí; línea sobre línea", como dice Isaías.

SUGESTIONES DOCENTES

Cuestionario para Estudio y Repaso

1. ¿En qué sentido enseñamos la Biblia?
2. Indíquense algunos de los aspectos en que el maestro debe conocer la Biblia.
3. ¿Cómo pueden los maestros llegar a conocer la Biblia?
4. ¿Qué ventajas reportan los auxilios para estudiar la lección? ¿Cuáles son las posibles desventajas?
5. ¿Qué utilidad le puede reportar a un maestro conocer determinada lección?
6. Discútanse otras "materias adicionales" que el maestro debería conocer.

Plan Temático

I. Los maestros deben conocer la Biblia

1. Las palabras y los hechos.
2. La enseñanza.
3. Hay que tener conocimiento experimental de ella.

II. Cómo los maestros pueden conocer la Biblia

1. Hay que leerla con devoción.
2. Hay que estudiarla libro por libro.
3. Hay que estudiar libros que traten de la Biblia.
4. Hay que estudiar libros que tengan relación con la Biblia.
5. Hay que estudiar las lecciones de la escuela dominical.

III. Los maestros deben conocer cada lección.

IV. Los maestros deben conocer materias adicionales.

V

LOS MAESTROS DEBEN SABER ENSEÑAR

Aunque uno conozca perfectamente a sus alumnos y sepa de manera acabada cuáles son los objetivos que persigue y tenga el material que necesite para la enseñanza, aun no estará en condiciones de realizar el doble proceso de enseñar y aprender, si en realidad no sabe enseñar. Con su clase ante sí, a la cual conoce muy bien, y bien penetrado de la verdad que se propone inculcar, aun es oportuno preguntar: ¿Cómo hará el maestro para dirigir los trabajos de la clase durante la hora de la lección de forma que desarrolle la inteligencia de los alumnos? El conocimiento de cómo se debe hacer una cosa es de importancia primaria para la realización de algo que se proponga llevar a cabo. Nadie puede, en efecto, ordeñar una vaca, o blanquear una pared, o componer un par de zapatos, o escribir un libro o hacer alguna cosa bien hecha sin aprender previamente a hacerlo. Y el hecho de que se trate de un tra-

bajo religioso no obsta para que el que tenga que hacerlo sepa cómo realizarlo. De consiguiente, el que quiera predicar ha de saber predicar, y el que se proponga enseñar en la escuela dominical ha de saber enseñar.

Y no sólo ha de estar al corriente de los mejores métodos de enseñar, fruto de una larga y fructífera experiencia en la docencia, sino que también ha de trazar planes que estén en armonía con esos métodos, para el trabajo que tiene por delante.

En la enseñanza se emplean varios métodos para impartirla, pues no todos los maestros pueden utilizar un mismo método, ni todos los métodos son adecuados para todas las clases; por eso mismo, cada maestro debe usar aquel que, después de detenida consideración, mejor le capacite para enseñar a sus alumnos. No se trata tanto de que se pregunte cuáles son los métodos aprobados, ni cuál de ellos sea el que más éxito haya tenido, sino: ¿de qué método debo echar mano para impartir esta lección a mi clase? ¿Cómo podré ayudar a mis alumnos a comprender y utilizar las enseñanzas de esta lección que, por tener tanto valor para mí, quisiera que se las apropiasen de una manera vital? ¿De qué expedientes debo echar mano, dado mi carácter de maestro, para que mis alumnos puedan aprender con más eficacia? Los expedientes a que el maestro debe apelar para dirigir la enseñanza de sus alumnos son de varias clases. Cuando nos referimos a los expedientes o medios no nos limitamos a los actos físicos. En realidad, un apropiado expediente o recurso de que un maestro puede echar mano bajo ciertas condiciones quizá consista en "no hacer nada".

En cierta ocasión un prudente maestro, en circunstancias en que otro en su lugar habría reaccionado enérgicamente, se mantuvo calmo. El caso fué como sigue: Procuraba ese maestro despertar en sus alumnos el espíritu de reverencia. La mayoría le respondió, pero uno de ellos manifestó abiertamente su desprecio por lo que el maestro y sus compañeros trataban de hacer. El maestro, "nada hizo" para corregir al revoltoso. Pero sus compañeros manifestaron tan categóricamente su desaprobación, que el culpable se sintió mortificado y humillado. Un maestro prudente que sabe cuando "nada debe hacer" realiza una apropiada actividad. No es posible darle de antemano reglas o direcciones, sin limitar su libertad de acción, pero pueden sugerírsele algunos procedimientos para seleccionar los expedientes y utilizarlos.

La pregunta que se impone es: ¿Qué puede hacer un maestro para ayudar a sus alumnos con más eficacia? Claro está que no puede seguirse ninguna norma de procedimiento, dada la diversidad de condiciones y situaciones. Con todo, hay algunos tipos de procedimiento perfeccionados por la práctica de algunos maestros que se han destacado como tales, los cuales se pueden dividir en tres grupos: 1) iniciación de la lección; 2) desarrollo de la lección, y 3) conclusión de la lección. Debe reconocerse, sin embargo, que las condiciones bajo las cuales se imparte generalmente la lección, tienden a obligar a un maestro a seguir un procedimiento mucho más formal y directo que el que seguiría si dispusiera de más tiempo y libertad. Las sugestiones que

hacemos a continuación se hacen teniendo presente tales restricciones.

I. Iniciación (o principio) de la lección

La iniciación de la lección depende en gran manera del comienzo del período.

Supongamos que un maestro tenga a mano los hechos y los demás materiales, ¿cómo deberá comenzar? Los detalles tienen, por supuesto, que variar con la edad, el estado social, mental y espiritual de los alumnos. Sin embargo, aunque prescindamos de la índole del grupo que haya que enseñar, habrá que buscar algo que sea de interés para todos, y utilizarlo como estímulo inmediato a la acción. Esto puede hacerse de muchas maneras; pero el maestro ha de cuidar de evitar el empleo de un plan estereotipado para uso de la escuela dominical.

1. *Mediante alguna pregunta*

Uno de los medios más familiares para comenzar es el de hacer alguna pregunta. Hay maestros que emplean invariablemente esa forma de comenzar. Pero dado caso que se emplee ese método, conviene que la pregunta que se haga esté relacionada con las predilecciones y las necesidades del grupo, y tenga por fin despertar mayor interés en los alumnos. Preguntas como: ¿Cuál es el asunto de que trata la lección?; o ¿dónde está el pasaje de la lección de hoy?, es dudoso que constituyan una forma eficaz de principiar. A veces, y tratándose de adultos, pueden hacerse

tales preguntas, siempre que el título de la lección encierre algún significado especial.

Las preguntas que se hagan al comenzar el período de la lección han de hacerse en forma tan clara y precisa que despierten el interés y den lugar a que se hagan, contesten y discutan otras preguntas por la clase. Esas preguntas han de propender a dirigir el pensamiento y la actividad de la clase en el sentido indicado por los objetivos que el maestro tenga en vista.

2. *Mediante alguna sugestión*

Una de las formas más eficaces de comenzar el período de una clase consiste en que el maestro haga una declaración o sugestión destinada a estimular la discusión entre los alumnos. El maestro se siente a menudo fuertemente tentado a formular una declaración de carácter extremo o radical para despertar la atención. Ese recurso es una especie de treta o ardid que de momento acaso parezca eficaz a causa de atraer la atención indivisa del grupo. Sin embargo, por regla general, esas trampas han sido proscriptas del trabajo de la hora de clase, de manera que como recurso para despertar la atención es demasiado brusco. Por eso mismo resulta un esfuerzo estéril en lo que al principal objetivo se refiere.

3. *Mediante una pregunta o sugestión de algún alumno*

Otra manera eficaz de dar comienzo a la clase consiste en que un alumno haga alguna pregunta o sugestión. Para

eso, convendrá que sepa de antemano lo que tiene que preguntar o sugerir, y la razón por la cual lo hace. De lo contrario, podría dar lugar a una discusión desatinada y sin valor. Y dado que eso sucediera, el maestro debe, con mucho tacto, poner fin a la misma, y ocuparse en algo de mayor importancia.

4. *Mediante la presentación de alguna persona u objeto de interés*

Hay un vasto número de posibilidades en este particular. La presentación de personas que por algún motivo puedan despertar el interés de la clase, suministra un magnífico comienzo. Un héroe local, una persona que haya pasado por una experiencia excepcional, alguien que se haya recientemente destacado..., tales son algunas de las posibilidades que pueden presentarse. Pero no sería prudente dedicar todo el tiempo de clase a tal persona; a veces se trata de un visitante que carece de tacto para aprovechar el tiempo que se le concede: habla demasiado y sin interés. Y así vaga sin objeto, y llega al fin del período sin sacar provecho alguno. Por eso mismo, el maestro nunca debe conceder el período de la clase a ningún otro, a menos que tenga la seguridad de que el tal lo empleará provechosamente.

A veces, cuando se invita a un visitante a asistir a la clase, conviene dedicar la primera parte del período a una reunión informal para dar lugar a que el visitante y los alumnos se hagan mutuas preguntas y se den recíprocas res-

puestas de interés común. Pero, eso sí, el maestro ha de cuidar, hasta donde sea posible, que en la discusión se dé oportunidad para desarrollar el pensamiento central o el objetivo que se tenga en vista para esa lección.

Existe una variedad casi infinita de objetos para estimular el interés y dar lugar a una buena iniciación de la clase.

Libros, cuadros y objetos de primorosa fabricación o de especial interés histórico ofrecen abundantes oportunidades para despertar el interés colectivo de la clase. El interés —lo repetimos— debe ser tal que pueda conducir fácilmente a la realización de las actividades de la clase cuya finalidad sea el logro de los objetivos que el maestro tenga en vista.

Una buena manera de apreciar las actividades preliminares de una clase consiste en comprobar su eficacia para llevar a los alumnos a una satisfactoria conclusión. Un principio cualquiera, por modesto que sea, que produzca ese resultado, es adecuado; mientras que otro, por atractivo que sea, que no conduzca a esos resultados, es inadecuado.

II. Explicación de la lección

El maestro da comienzo, y los alumnos realizan el propósito de llevar a cabo, del principio al fin de la clase, las actividades que se han tenido en vista, o sea la tarea de desarrollar las antedichas actividades, con lo cual se pondrá de manifiesto el sentido de las verdades que se hayan discutido, haciéndolas reales y personales para ellos mismos. Para que esto se haga con éxito, se requiere que maestros y alumnos desplieguen mucha actividad.

Al llegar aquí, es preciso repetir que no es posible señalar ningún método, ni aun de carárter general. No debe seguirse ninguna fórmula rígida o estereotipada, sino que deben tenerse en cuenta la edad de los alumnos y muchos otros factores.

Hay varios métodos para exponer la lección adoptados por maestros que se han distinguido en la docencia, los que expondremos aquí en forma sucinta. Para estudiarlos en su totalidad, tenemos que hacerlo sucesivamente; pero eso sí, hemos de guardarnos de pensar que se excluyan mutuamente. Acontece a menudo que se logran los mejores resultados empleando varios de ellos en cada lección. Por ejemplo, es probable que un maestro le dé la preeminencia al método de leer la lección en forma de discurso; pero está fuera de toda duda que tendrá más éxito intercalando preguntas y respuestas y períodos de discusión en que todos tomen parte, y la narración de historietas. Su pericia consiste en parte en saber emplear los diversos métodos para realizar una enseñanza uniforme y consistente. Efectivamente, necesitamos aprender a usar los métodos con eficiencia. A este respecto cabe decir que hay muchos libros excelentes que tratan de la enseñanza, tanto en las escuelas públicas diarias como en las dominicales, que nos pueden ayudar muchísimo en la realización de ese propósito.

Los métodos antes aludidos son los siguientes:

1. *El primero es el de preguntas y respuestas.* Las preguntas no sólo son útiles para dar comienzo a la lección, sino que pueden ayudarnos muchísimo a explicarla. Debe-

mos valernos de ellas no sólo para averiguar la lección, sino también para provocar nuevas ideas y dirigir la discusión de las mismas. Pero no se olvide que el hacer preguntas es un arte, a fin de que, al preguntar, se lo haga con pericia y éxito. La verdad es que no es fácil hacer preguntas de una manera directa, yendo directamente al grano y en forma que los alumnos nos puedan comprender.

Las preguntas pueden emplearse eficientemente al tratar de la solución de algún problema. Primeramente, se lo plantea, y luego se le pregunta a alguien qué opina tocante a él. Después que éste haya respondido, se interroga a otro. Si la clase se muestra satisfecha con las respuestas dadas, pero no lo está el maestro, éste puede formular varias preguntas, del siguiente tenor: ¿Habéis considerado bien este asunto? ¿¿Qué solución le daremos a este problema? ¿Qué explicación podríamos dar al respecto?

Ocurre con frecuencia que la respuesta dada a una pregunta provoca otra pregunta o serie de preguntas. Una respuesta no debiera de consistir en un mero sí o no. Si la respuesta es incorrecta, las preguntas que hagan los restantes alumnos demostrarán si la consideran acertada.

Si sólo lo fuera en parte, se pueden formular otras preguntas, a fin de ayudar al alumno a dar una respuesta más amplia.

El maestro debe abstenerse de decirle demasiado frecuentemente a un alumno que no ha contestado bien; por el contrario, debe hacerle otras preguntas para ayudarle en descubrir donde está la falta de su respuesta, o bien hacer que otros alumnos completen la respuesta.

2. *El segundo es el de la conversación.* Si la clase fuere pequeña (que no pase de ocho o diez alumnos) el maestro puede valerse eficientemente de la conversación informal para el desarrollo de la lección. Con ese fin en vista, ha de dirigirla él mismo, cuidando que se relacione con cualesquiera problemas que desee dilucidar, y alentando a los alumnos a expresarse libremente, con toda franqueza, sin temor.

La conversación no requiere tanto estudio para que tenga éxito, como la discusión, pero puede ayudar a la clase a prepararse para esta última.

3. *El tercero es el de la discusión.* Uno de los métodos más eficaces para explicar una lección consiste en una amplia discusión. Para ello. el maestro debe hacer un plan, iniciar la discusión y procurar llevarla adelante mediante discretas preguntas y oportunas observaciones. Ha de procurar no hablar mucho de sí mismo, sino guiar a la clase, cuidando que no se aparte de la cuestión ni del problema que se discuta.

Si, al planear la lección, creyese que una discusión de la misma podría ser útil, designe a uno o más que la dirija, e instrúyalos acerca de lo que desee que se discuta; y a ser posible, póngalos al corriente de otros materiales que los que ya poseen.

La discusión puede versar sobre la adquisición de datos o informaciones para entender mejor un asunto; interpretar el contenido de la lección; exponer una doctrina o enseñanza; o demostrar cómo los principios que la misma

encierra llegan a ser eficientes en ciertos aspectos de la conducta, o para resolver algún problema de la vida diaria.

Pero el maestro no debe permitir que unos cuantos monopolicen la discusión, sino que debe notar cual de los alumnos no haya tomado parte en ella y darle lugar a que lo haga de preferencia a los que ya hayan hablado. Debe asimismo reservarse tiempo suficiente para hacer un resumen de la discusión y exponer a la clase la labor realizada, y al mismo tiempo comprobar si el debate ha resultado realmente provechoso. Si éste es de naturaleza creadora es probable que sugiera otros problemas que sea necesario discutir.

De ser así, el maestro debe en seguida sugerirles a los alumnos que se preparen para la discusión que habrá de realizarse en otro período de clase ulterior.

A veces, cuando la discusión sobre algún asunto de vital importancia enardece los ánimos y se advierte una definida diferencia de opinión, si hay buenos campeones en uno y otro bando, la continuación de la discusión podría casi degenerar en altercado. En ese caso, el maestro puede designar a un representante por cada bando y sugerirles que los dos escojan uno o dos más para ayudarlos. Los bandos pueden entonces continuar estudiando el asunto juntos para, finalmente, emitir su opinión acerca del mismo.

En este caso, el maestro puede actuar de consejero de ambos bandos y luego presidir alguna reunión especial de la clase, cuidando, eso sí, que el debate se realice con espíritu de rectitud y con el sincero y honrado deseo de llegar

a conclusiones que sean de espiritual provecho para todos. En esas condiciones pueden esperarse ventajosos resultados.

4. *El cuarto es el de la lectura.* Los maestros, por lo regular, suelen dar lección en forma de conferencia. Ese método, a causa de que exige menos esfuerzo al maestro para prepararse para la hora de clase y de que encierra menos exigencias para los discípulos, es el que más amplia y frecuentemente se usa, aunque sea el menos recomendable. A este respecto, es posible que los maestros se equivoquen, al suponer que ese método de leer la lección es eficiente, llevados de la tranquilidad de la clase y de la aparente atención e interés con que ésta los escucha. Urge por tanto que se cercioren bien de si con semejante método están realmente enseñando, y no haciendo meramente una narración o suministrando datos o haciendo algún alegato especial.

Tratándose de una clase de adultos, un maestro puede a veces preparar una amplia disertación con un conjunto de materiales cuidadosamente seleccionados e interpretados, y presentarle de una manera ordenada, con excelentes resultados.

El mastro que suele leer la lección debe preparar esmeradamente lo que se proponga decir a su clase, y luego presentarlo en tal forma que se logre una enseñanza eficiente, enseñanza que reporte como resultado el deseado aprendizaje de sus alumnos.

Pero sea como fuere, el maestro debe dar tiempo y lugar a que la clase haga preguntas y discuta todo aquello que

pueda despertar alguna desinteligencia. En esa forma, la llamada lectura o conferencia se convertirá en realidad en una cooperante discusión.

5. *El quinto es el de referir historietas.* Dichoso el maestro que pueda exponer la lección en forma de una historieta. Pero para eso es preciso que sepa adaptarla a la lección, y lograr que la clase vea su naturalidad. Lo mismo puede ser brevísima que ocupar una buena parte del período. Pero sea cual fuere su extensión, el maestro ha de estar persuadido de que sabe contarla con maestría. Pero una vez que la haya contado, ha de saber valerse de ella para dar lugar a una conversación o discusión que le ayude al logro de su designio o propósito.

El uso de historietas está íntimamente ligado con el de las ilustraciones de índole anedóctica. Las buenas anécdotas, bien contadas y convenientemente usadas, contribuyen a menudo a lograr un objeto, a aclarar una equivocación o familiarizarse con una verdad. Pero hay un peligro, y es que el que es diestro en contarlas puede verse tentado a abusar de ellas demasiado frecuentemente y cuando no vienen a cuento en el asunto que se discute.

6. *El sexto es el de la dramatización.* A toda persona de cualquier edad le gusta tomar parte en alguna representación, pero mucho más al elemento juvenil; por eso la dramatización se presta especialmente para enseñar la lección a una clase de jóvenes. Para ello es indispensable que la clase tenga verdadero interés en el asunto que habrá de representarse, y que tomen parte en la representación tantos cuantos sea posible. Hay que seleccionar y planear lo que ha de representarse, arreglándolo en forma dramática, escogiendo los papeles, proveyendo las decoraciones y los trajes; todo lo cual brinda una oportunidad a todos los integrantes de la clase para ocuparse en hacer algo. Hay que tener, eso sí, mucho cuidado de que a nadie le parezca que "ha sido dejado a un lado". Pero todo ha de hacerse de tal forma que se logren los objetivos perseguidos. Sería, sin embargo, un error hacer una dramatización si no se persigue con ello un definido fin docente. No conviene empero hacerla en el escaso espacio de tiempo del período de una clase, salvo que se trate de una representación muy breve; pero se puede realizar fuera de las horas de clase.

7. *El séptimo es el del trabajo por grupos.* Se han dado varios nombres a cierto tipo de aprendizaje en que toman parte los integrantes de la clase, los que se ocupan en alguna actividad de las muchas en que pueden tomar parte maestro y alumnos. Conviene, desde luego, hacerles saber a todos los que participen en esos trabajos cuáles son los objetivos que se tienen en vista, desde el primer momento. Cumple asimismo que se hagan planes para la realización de la empresa y se repartan las tareas.

De la importancia de esso trabajos da cuenta el siguiente relato: Un grupo de muchachos que participaba en una exposición de objetos hechos en horas libres, se sintió atraído por una gran variedad de modelos allí expuestos. El maestro aprovechó aquel interés de los muchachos para llamarles la atención a los detalles de un modelo del templo

de Salomón, según los especifica el Segundo Libro de los Reyes. Como se interesasen otros alumnos, se hicieron sin demora los planos para un modelo de aquel edificio, según escala, asignándose las varias partes del trabajo a diferentes muchachos. Grande fué el interés de todos. Para la ejecución del trabajo fué preciso leer cuidadosamente las Escrituras en la parte que tratan del templo, y otras fuentes de información sobre el particular. A un alumno de la clase se le confió la dirección de la empresa, a otro el explicar el destino y significado del templo, y a un tercero el referir los sucesos históricos ocurridos con motivo de su erección y destrucción. Varias semanas después, el modelo estaba listo para ser expuesto. Con tal motivo, se celebró un culto de dedicación. Luego, cuando los visitantes examinaban el modelo, los muchachos les explicaban el significado de cada detalle del mismo.

Huelga decir que esos muchachos leyeron los pertinentes pasajes de la Escritura no por deber, sino de propio intento, inducidos a ello por su gran interés. Con ese motivo, no cabe dudarlo, aprendieron más de la Biblia que lo que habrían aprendido de otra manera.

Es claro que ese género de trabajo supone clases especiales fuera de la escuela dominical. Pero, eso sí, ha de tenerse mucho cuidado que al dirigir esas actividades no se mire la mera construcción como un fin en sí misma, sino que toda la empresa ha de tender a la consecución de objetivos espirituales específicos.

Se han señalado y discutido siete grados o fases para la explicación de la lección. Pero, como ya se ha advertido,

no ha de considerárselos como métodos de enseñanza. Tampoco ha de reputarse ninguno de ellos aisladamente como norma para impartir la lección, ya que el maestro querrá valerse de varios de ellos, y aun de todos juntos, y hasta probablemente de otros recursos, cuando se disponga a hacer el plan de la lección.

III. Conclusión de la lección

No es suficiente comenzar una lección; es preciso también llevarla a feliz término. Con esa mira en vista, un buen maestro reservará una parte del tiempo para, al final, recapitular lo hecho. Es más; maestro y alumnos han de tratar de apreciar los resultados obtenidos de aquello en que estuvieron ocupados durante el período de la lección.

Si quedare algún asunto no resuelto del todo entre los componentes de la clase, el maestro tratará, con mucho tacto, de proponer la continuación de la discusión inmediatamente, si ello fuere posible; si no, puede tratarse en la clase del domingo siguiente.

Al concluir una clase, conviene inducir a los alumnos a que digan qué beneficios prácticos han derivado de las verdades que se trataron en la lección. Frecuentemente, unos momentos pasados en oración silenciosa pueden brindar la oportunidad para que el significado de la lección resulte efectivo. Ha de tenerse mucho cuidado de que no se trate ningún asunto impropio en el momento de la clausura; ya que eso sólo sirve para interrumpir el hilo de

nuestros pensamientos y hacer que se desvanezcan en buena parte los resultados obtenidos del estudio de la lección.

En caso de que no lo hubiese hecho, el maestro deberá llamar la atención al asunto de la próxima lección, así como hacer sugestiones que les ayuden a los alumnos a dominar la lección; indicar a algunos alumnos algún deber especial que estime conveniente asignarles, y mostrar la relación existente entre el asunto que acaba de tratarse y el del domingo próximo.

Mucho de lo dicho acerca de métodos lo ha sido dando por presupuesto que hay clases que vuelven a reunirse los domingos por la tarde o durante la semana.

Todos los cursos de la escuela dominical comprenden estudios continuos y progresivos, que hacen que cada lección se la estudie en su propio lugar, salvo que alguna circunstancia especial haga necesaria la inserción de alguna otra en su lugar.

SUGESTIONES DOCENTES

Cuestionario para Estudio y Repaso

1. ¿Por qué es necesario el estudio de los métodos de enseñanza?
2. ¿Pueden usar todos los maestros los mismos métodos? ¿Por qué?
3. ¿En qué grupos de procedimiento está comprendida la preparación de la lección?

4. Exponga brevemente algunos de los métodos de comenzar una lección. ¿Cuáles usa usted más frecuentemente?
5. Señale las siete fases que se han sugerido para la exposición de la lección. ¿Cuál de ellas usa usted más frecuentemente?
6. Indique algunas de las maneras de concluir la lección.

Plan Temático

I. Iniciación de la lección

1. Mediante alguna pregunta.
2. Mediante alguna sugestión.
3. Mediante una pregunta o sugestión de algún alumno.
4. Mediante la presentación de alguna persona u objeto de interés.

II. Explicación de la lección

1. Por preguntas y respuestas.
2. Por la conversación.
3. Por la discusión.
4. Por la lectura.
5. Por referir historietas.
6. Por la dramatización.
7. Por el trabajo por grupos.

III. Conclusión de la lección

VI

LOS MAESTROS DEBEN DESPERTAR EL INTERES EN SUS ALUMNOS Y APROVECHARLO

El maestro se halla en presencia de sus alumnos con los objetivos que se propone realizar en su mente, con una clara y bien definida comprensión del significado de los hechos o materiales mediante los cuales desea que los alumnos realicen los anhelados objetivos; tiene además un bien trazado plan de enseñanza. Pero todos estos aprestos de muy poco le servirán, a menos que despierte el interés y capte la atención persistente de sus alumnos.

Mucho se ha dicho y escrito acerca de la importancia de lograr y retener la atención del alumno. Cierto que no puede haber aprendizaje ni, de consiguiente, enseñanza sin atención. De ahí que se hayan sugerido varios recursos para lograrla y detenerla. Ha sido frecuente, sin embargo, considerar la atención como algo que puede introducirse en un sujeto desde afuera y sostenerla por medios artificiales. Por regla general, los medios sugeridos para ganarse

la atención de uno y mantenerla consiste en una afirmación sorprendente, en alguna pregunta desusada, en algún objeto curioso, o en algo menos eficaz que todo eso, cual es el reclamar atención. Cuando se la consigue por medios externos, suele ser de corta duración, y no conduce al aprendizaje, por más tranquilos y aparentemente interesados que parezcan los integrantes de la clase. La enseñanza no es un proceso que implique admoniciones para conseguir la atención y retenerla. Suponer que se la pueda producir por medios artificiales y sostenerla por fuerzas externas está en desacuerdo con el concepto y la experiencia tocante a la naturaleza del aprendizaje.

La atención no es sino el índice de algo más profundo. Es el resultado inmediato del interés cuando es vital y activo.

Por lo general, tendemos a pasar por alto el verdadero principio fundamental de la enseñanza cuando consideramos la atención meramente como uno de los varios pasos más o menos mecánicos en el proceso de enseñar y aprender.

I. El aprender es un proceso activo

Como ya se ha expresado, el aprender es un proceso activo. Con esto no queremos decir que el alumno deba ocuparse ostensiblemente en actividaes físicas; pues el leer, el observar, el escuchar, meditar y discutir son actividades en el sentido en que se usa ese término en la enseñanza. Dice Monroe: "Es únicamente ocupándose en alguna actividad como el niño aprende.

"El maestro no puede comunicar directamente a sus estudiantes ni destreza, ni ideas, ni hechos, ni principios ni ideales; tampoco se pueden transferir del libro a la mente del alumno los conocimientos que aquél contenga." No hay, pues, tal cosa como aprendizaje pasivo, si contemplamos el asunto desde este punto de vista. Y esto es tan aplicable al niño como al adulto, aunque la actividad física es mucho más amplia, en lo que toca a aprender, en los niños que en los adultos.

Puesto que el aprender es un proceso activo, la función del maestro se reduce a la de dirigir las actividades de sus alumnos, para el logro de los objetivos perseguidos. Pero de esto no hemos de inferir que en cualquier actividad en que el alumno se ocupe ha de alcanzar el anhelado saber. Algunas escuelas de psicología sostienen que importa muy poco cuales sean las actividades en que se ocupe el alumno, con tal que esté ocupado en algo. Pero no es así, porque un capricho pasajero, tomado por genuino interés, puede resultar una inútil actividad. Las actividades en que el alumno ha de estar ocupado, han de tener un propósito en vista. Y como la función del maestro es hacer que los propósitos del alumno coincidan con sus miras y objetivos, se sigue que éste debe estar ocupado, a fin de obtener los propósitos arriba indicados. Una vez que el alumno realice un propósito realmente digno, la atención se impondrá por sí misma. Para el logro de sus propósitos, puede que el alumno sienta la necesidad de conocer ciertos relatos de la Biblia, o la vida de algún personaje de ella, o las palabras de alguno de sus textos, o la interpretación de algún pasaje de la misma, hecha por el maestro.

Sea cual fuere el propósito que el alumno se proponga, la atención al estudio será la consecuencia inevitable hasta que logre su propósito o se proponga la realización de algún otro.

II. Hay que formarse propósitos dignos

Todos estamos constantemente ocupados en alguna actividad que persigue algún propósito. Los propósitos de los alumnos de una escuela dominical pueden ser o son muy variados. Algunos de ellos acaso asistan a ella para encontrarse o verse con sus amigos; otros tal vez lo hagan para recibir un elogio del pastor o de los amigos; otros, por evitar el ser criticados o censurados por sus padres o vecinos; y otros, porque acaso deseen aprender más de la Biblia, etc.

De esta mezcolanza de propósitos, el maestro ha de procurar descubrir algún centro de interés común para formar un común propósito, y luego estimular y dirigir las actividades que puedan ayudar a los componentes de la clase a realizar su propósito.

Puede impartirse una buena enseñanza aun cuando los alumnos no tengan las mismas preferencias ni los muevan los mismos propósitos. En efecto, aunque cada alumno de la clase tuviera un propósito diferente, aun sería posible enseñar; pero para esto se requeriría una variedad de actividades difícilmente realizables dentro de los límites en que se imparte la enseñanza en nuestras escuelas dominicales.

Además, las actividades cooperantes de varios alumnos en un propósito común, ofrecen oportunidades múltiples y ventajosas para aprender.

Sin embargo, muchos maestros que se disponían a enseñar fracasaron en su empeño, al ver que no todos los alumnos les prestaban la misma atención.

Un propósito tiene por fundamento las simpatías de los alumnos; de lo que se sigue que los propósitos de éstos varían de conformidad con sus preferencias. Por ejemplo, los propósitos de un grupo de jóvenes suelen reflejar sus predilecciones, estimuladas por el ambiente que los rodea. Puede que se propongan dramatizar algún relato bíblico fascinante, o fabricar algún objeto que aguijonee su interés. Ese interés (en los de más edad y que por serlo tienen un concepto más amplio de lo que es y busca la escuela dominical) puede que despierte en ellos el deseo de analizar algún texto selecto de la Escritura, o de examinar alguna doctrina fundamental o aplicar alguna enseñanza bíblica a un problema social de actualidad. Semejante variedad de propósitos, originada por una diversidad de preferencias, reclama diferentes grados de aplicación de parte de los alumnos; de ahí el por qué tantos tipos de actividades se prolonguen a través de variables períodos de tiempo.

III. Hay que aprovechar el interés

El punto inicial de la tarea de un maestro ha de ser el interés que descubra en el alumno. Jesús, el maestro de los maestros, nos da numerosos ejemplos de su excelente mé-

todo de enseñanza; echando mano de algún detalle de intenso interés personal existente en el discípulo, lo llevaba al convencimiento de alguna verdad fundamental. Una vez dos de sus futuros discípulos le preguntaron: "Rabí, ¿dónde moras?" A lo que les respondió: "Venid y ved." Ellos le siguieron, con lo cual aprendieron muchas verdades acerca de su carácter y de la naturaleza de su reino. En otra ocasión le pidió de beber a una samaritana que había ido a la fuente a buscar agua. El interés de esa mujer estaba concentrado en el agua, como lo denota la ansiedad con que inquirió lo tocante al "agua viva".

Sí; Jesús entraba en relación con la gente tal como la encontraba. Observaba cual era el objeto de su interés; y partiendo de eso, los llevaba a buscar y saber más tocante a él y a su eterna verdad.

IV. Hay que despertar actitudes mentales

Gran parte de la enseñanza impartida en la escuela dominical no envuelve la solución de problemas, a causa de la dificultad de mantener la continuidad del interés y de la acción, dado que el maestro y los alumnos sólo disponen de treinta o cuarenta minutos para solucionar sus problemas. De ahí que debido a ese limitado espacio de tiempo de que dispone, el maestro necesita apelar a otros recursos para despertar el interés en sus alumnos por las verdades bíblicas que desee enseñar, tales como el uso de historietas, cuadros, cantos, etcétera.

Como preparación para recibir tales enseñanzas, ha de esforzarse por despertar en todos los componentes de la clase una actitud mental como: la expectativa, la curiosidad, el retozo; por ejemplo, una serie de pensamientos que contengan buenas sugestiones para introducir el asunto que haya de estudiarse. Estas actitudes tienen por base el interés del alumno.

Ya se ha dicho que el maestro debe conocer a sus alumnos. Ahora hay que añadir que debe estar al corriente de todo aquello que encierre interés para ellos; de ahí que si es un maestro prudente, ha de procurar averiguar qué cosas les interesan. También ha de tratar de descubrir aquello que encierre inmediato interés para cada uno.

Mucho se puede aprender tocante a aquello que tiene interés común para un grupo de alumnos de cierta edad, leyendo libros escritos para ellos; pues los autores de esas obras se han tomado mucho trabajo en observar y consignar por escrito cuales son las cosas que más interesan a las diversas edades de alumnos.

La lista de las cosas que pueden interesar a los alumnos debe estudiarse y suplementarse mediante cuidadosa observación. Tal observación nos revelará que hay muchachos de cierta edad que por lo regular se interesan en "hacer ciertas cosas"; y que otro grupo muestra interés por los deportes y por las proezas físicas. Una vez que el maestro haya conocido toda esta variedad de predilecciones debe utilizarlas a manera de guía para planear las actividades de sus discípulos.

V. Clasificación del interés

Se han hecho numerosas clasificaciones del interés. Tomando por base lo que se ha denominado interés instintivo, puede hacerse una lista de aquellas cosas que despiertan interés. Hela aquí:

Interés o predilección por las aventuras y lo novelesco.

Interés en los actos de las personas y en los movimientos de los animales.

Aspiración al aplauso social.

Gusto por el ritmo, la rima y el canto.

Inclinación a lo curioso, lo admirable, los acertijos y lo problemático.

Afición a lo expresivo y lo comunicativo.

Interés en el manipuleo y las actividades físicas.

Afición a coleccionar.

Gusto por los juegos burlescos o imitativos.

Inclinación a los juegos.

El maestro, al estudiar su clase, ya sea indivdual, ya colectivamente, puede usar esta lista como base para verificar y anotar sus observaciones.

Una constante observación, que puede requerir muchí-

simo tiempo, es necesaria a fin de averiguar cual sea el interés peculiar de los individuos de un grupo determinado.

Muchos excelentes maestros suelen hacer una lista o inventario de las inclinaciones que descubren en los alumnos de su clase, a medida que los van observando. Esas listas constituyen valiosas fuentes de consulta para cuando tengan que formar los planes de sus lecciones. Y como esas inclinaciones experimentan constantes modificaciones, debido al ambiente en que cada alumno se desenvuelve, el maestro deberá revisar constantemente sus inventarios y rehacer sus planes. Algunos sucesos de actualidad de interés común en la comuna, algún desusado acontecimiento en la familia, algún relevante suceso y otros muchos incidentes semejantes, encierran intenso y estimulante interés.

El maestro sagaz ha de estar constantemente alerta para descubrir semejantes condiciones y echar mano de ellas para la realización de propósitos realmente dignos, en beneficio de sus alumnos, a fin de ofrecerles actividades cuya ejecución los lleve a aprender lo que él se propone que aprendan.

Para utilizar el interés es preciso que el maestro haga planes susceptibles de modificaciones; en efecto, no se los ha de hacer completos de antemano para luego aplicarlos rígidamente. Supongamos, por ejemplo, que uno trata de enseñar la lección señalada para ese día a un grupo de intermedios que asistieron el día anterior a un circo. Imagínese el esfuerzo que tendrá que hacer ese maestro para enseñarles esa lección, por lo demás excelente, si no puede utilizar el interés que arde en esos chicos por lo que vieron

el día anterior. Porque es claro que ellos querrán hablar de lo que vieron en el circo, aunque no le guste al maestro. Ahora bien, ¿qué es lo que conviene hacer en ese caso? Encaminar de tal forma la discusión que se logre algún importante objetivo.

Tratándose de alumnos de más edad, el interés inmediato es de menor importancia, por más que aun tiene que constituir la base indispensable de la enseñanza.

A los alumnos maduros, como su interés lo tienen concentrado en las verdades bíblicas, puede llamárseles la atención al contenido de algún pasaje escritural selecto y tratar deliberadamente de aprender los hechos que a él se refieran así como las verdades que contenga. Pero aun así, el maestro ha de dirigir la discusión a fin de que tenga algún interés específico para los integrantes de la clase.

Los auxilios para el estudio de la lección preparados para los maestros les brindan a éstos valiosas sugestiones para relacionar la lección con el interés de los diversos departamentos.

De consiguiente, siempre que un maestro comience a planear la lección, muy bien hará en estudiar los "auxilios", a fin de dar con alguna forma de comenzar la clase, partiendo del conocimiento que tenga tocante al interés de los alumnos.

VI. La atención es índice de interés

¿Cuántos son los maestros que saben que sus discípulos están realmente interesados en lo que se va a tratar en la

clase? Cierto que un maestro inteligente puede lograr la atención de la clase aunque más no sea que por unos momentos. Y hasta el inexperto puede inducir a sus alumnos a que se ocupen en algo por lo cual no sientan particular interés; pero lograr despertar interés permanente en una empresa y prestarle la atención que merece, depende de que los alumnos manifiesten interés por el asunto que se esté considerando. Pero si su atención está dividida o se desvanece, persuádase el maestro de que ha fracasado en su búsqueda de dar con algo que despierte en todos ellos un interés vital común que tenga relación con aquello que se propone realizar. Por otra parte, el que los alumnos le presten sostenida atención depende del aprovechamiento que haga del interés que ellos muestren en la ejecución de algún fin práctico. Y cuanto a que la enseñanza sea eficaz, mucho depende de que el alumno y el maestro estén de perfecto acuerdo en cuanto a realizar un propósito común realmente digno.

VII. Hay que sostener el interés

Es frecuente en los maestros imaginarse que no les será difícil despertar en sus alumnos activo interés por lo que se va a tratar en la lección no bien se hayan reunido en clase el domingo por la mañana; sin embargo, no es tan fácil despertar con rapidez un interés suficientemente intenso por el contenido de la lección que los induzca a su estudio; tampoco lo es el abandonar ese interés luego que se ha despertado en uno. Por eso mismo, conviene que tanto el propósito como el interés continúan sin interrupción durante la semana.

Muchos de los auxilios para la preparación de la lección prevén la necesidad de tal continuidad, aunque a veces los esquemas de la lección cambien bruscamente de un domingo para otro. La dificultad en este punto no es tan grande al enseñar a los adultos como lo es al enseñar a los niños. De ahí que debiera adoptarse un curso ininterrumpido de lecciones que poseyeran interés para el grupo. Si eso no fuere factible, el maestro debe esforzarse por hacer ampliaciones y adaptaciones, según se lo aconseje la necesidad, para el logro del apetecido hilo del interés.

VIII. El maestro, un factor para lograr el interés

El maestro, en la mayoría de los casos, es factor decisivo para despertar el interés y captar la atención. Sí; podrá lograr fácilmente el interés de la clase en aquello en que él mismo esté interesado. Los factores esenciales para despertar el interés de sus discípulos y ganarse su atención son sus actividades, sus apreciaciones, sus hábitos, su pericia. Puede ser que posea más o menos ese indefinible rasgo que llamamos originalidad; si lo posee en máximo grado, magnífico; si en mínimo grado, hará muy bien en esforzarse por suplir su carencia. Hay ciertos elementos de la personalidad que nacemos con ellos; pero si carecemos de ellos en absoluto, no podremos cultivarlos, desde que no los tenemos; pero hay otros, que podemos adquirirlos; y aún hay

algunos en nosotros en mínimo grado, que los podemos cultivar hasta la perfección.

IX. Significado de este estudio

Hemos visto que el aprender es un proceso activo, que depende de un propósito; que el propósito procede del interés, y que el interés, determinado en gran parte por las necesidades, es la clave para el logro de la atención. Si un maestro quiere ganarse la atención de la clase, debe dirigir a sus alumnos en la realización de lo que han menester, y cuidar que mediante el estudio de la materia que deban estudiar, participen en las actividades de la clase, satisfaciendo así, aunque sólo sea en parte, sus menesteres. Este sentido de la necesidad, acompañado de la convicción de que hay que asistir a la clase y participar en sus actividades, despertarán y mantendrán su interés; y que ese despertado y mantenido interés será la garantía de su atención.

Si un maestro conoce realmente los menesteres o necesidades de sus alumnos, individual y colectivamente; si domina al mismo tiempo su lección y está familiarizado con los principios didácticos y es perito en los métodos pedagógicos, no dude ni por un momento el tal maestro de que logrará el interés y la atención de sus alumnos. Es más; no tendrá necesidad de recurrir a métodos exóticos y artificiales para asegurar la asistencia y la atención.

Los maestros reclaman con demasiada frecuencia la atención de sus alumnos, situándose en un ángulo equivocado; de ahí la ineficacia de sus esfuerzos para enseñarles creativamente. Sí; conscientes de que la atención les es indispensable para enseñarles bien, apelan a ellos sin rodeos, y para conseguirla, se valen de ciertos artificios o tretas. Pero no debieran hacer así, sino valerse de medios indirectos, con el pensamiento fijo en las necesidades de los alumnos y en la forma de alcanzar a realizarlas. A fin de obtener éxito en ese particular, han de suscitar en sus alumnos un vital interés en los trabajos de la clase y en la materia que hayan de estudiar. Con ese fin en vista, los alumnos tendrán que estudiar, ser puntuales, mostrarse ansiosos de participar en lo que se haga en la clase, estar alerta, ser dóciles, y estar resueltos a no permitir ninguna interferencia en los esfuerzos del maestro para ayudarlos a aprender.

Es claro que este género de enseñanza requiere tiempo y esfuerzo, para leer y estudiar, y asistir a las reuniones de maestros de la iglesia y de la denominación. Requiere asimismo visión, consagración, energía, determinación y constancia, ya que no es posible llevar a cabo tal curso en cinco noches de estudio; sin embargo, es ese un curso que puede ser de mucha ayuda.

También es preciso vencer las dificultades y superar los impedimentos que pueda haber. Sí, porque el maestro de escuela dominical suele verse confrontado por dificultades que no tiene el maestro de las escuelas públicas. Por ejemplo, la asistencia a la escuela dominical es voluntaria, y las lecciones se imparten con intervalos de una semana; las materias que en ellas se estudian no son tan numerosas, y, frecuentemente, no parecen ser tan vitales para las necesidades de los alumnos. Aparte de eso, tenemos lo limi-

tado del tiempo y del equipo, que son a menudo serios impedimentos.

Pero sea cual fuere el grado en que ayudemos a nuestros alumnos en la formación de una personalidad semejante a la de Cristo, hemos de hacerlo de semana en semana, y buena parte de esa ayuda ha de prestarse mediante el material de la lección durante la clase.

Si hemos de atraernos su atención mediante el interés suscitado con motivo de la comprobación de necesidades específicas, tenemos que estudiar diligentemente y prepararnos semana tras semana. Pues por muy familiarizados que estemos con el asunto que hayamos de tratar, hemos de estudiarlo de nuevo, para dominarlo y utilizarlo convenientemente; planearlo cuidadosamente, para enseñarlo; e ir a la clase preparados y anhelantes, con expectación y oración, conscientes de la presencia de Dios y revestidos de su Espíritu. Sólo así podremos despertar en nuestros alumnos el sentido de la necesidad, y suscitar en esa forma su interés, inspirar el propósito y asegurar la atención.

SUGESTIONES DOCENTES

Cuestionario para Estudio y Repaso

1. ¿Qué medios generalmente se sugieren para sostener la atención?
2. Demuestre que la enseñanza no es, aunque lo parezca, un simple proceso.

3. Explíayese sobre el aserto "aprender es un proceso activo".
4. ¿Cuál es la relación entre "propósitos dignos" y el interés?
5. ¿Qué opina usted del "aprovechamiento del interés"?
6. ¿Qué opina usted sobre despertar actitudes mentales?
7. ¿Qué opina usted de la conveniencia de clasificar el interés?
8. Explíayese sobre la necesidad de hacer planes modificables.
9. "La atención es índice de interés". ¿Qué significa eso para el maestro?
10. Explíayese sobre "sostener el interés".
11. El maestro, un factor para lograr el interés.
12. Significado de este estudio.

Plan Temático

LA ATENCIÓN ES UNA PROFUNDA NECESIDAD

I. EL APRENDIZAJE ES UN PROCESO ACTIVO
II. FORMACIÓN DE PROPÓSITOS DIGNOS
III. APROVECHAMIENTO DEL INTERÉS
IV. HAY QUE DESPERTAR ACTITUDES MENTALES
V. CLASIFICACIÓN DEL INTERÉS
VI. LA ATENCIÓN, ÍNDICE DEL INTERÉS
VII. HAY QUE MANTENER EL INTERÉS
VIII. EL MAESTRO, UN FACTOR PARA LOGRAR EL INTERÉS
IX. SIGNIFICADO DE ESTE ESTUDIO

VII

LOS MAESTROS DEBEN OFRECER A SUS ALUMNOS ADECUADOS MEDIOS DE APRENDER

El progreso, ya en conocimientos, ya en conducta, no tendrá efecto meramente porque el maestro y el alumno estén ocupados en alguna actividad. Las actividades deben tener sentido y propósito. Pero el sentido y el propósito deben ser claros e inconfundibles para el maestro y el alumno. Es deber del maestro cuidar que los propósitos perseguidos sean claros, que el sentido de las actividades en que se hallen ocupados y el asunto utilizado sean correctamente entendidos. Para asegurar esta deseada inteligencia, se requiere atención y pesquisa cuidadosas por parte del maestro. Llevado del hecho de que estudian las lecciones que se les han asignado, es probable que el maestro llegue a sentirse tentado a pensar que sus alumnos poseen clara comprensión de los fines o propósitos de sus estudios y actividades. Pero la experiencia nos enseña que

el ocuparse, aun por mucho tiempo, en algo, no supone, en manera alguna, clara comprensión de los profundos sentidos que ello envuelve.

Es probable que el lector esté familiarizado con la graciosa anécdota del viejo revisor de ruedas de coches ferroviarios. Este, llegado que hubo a los setenta años, se jubiló. Con ese motivo, le ofrecieron un banquete en su honor, presidido por el jefe de tráfico. Llegado el momento de los brindis, el jefe pronunció uno muy elocuente, en el que colmó de elogios al viejo servidor, llamándole "el más fiel y leal empleado, que, debido al esmero e *inteligencia* con que había desempeñado sus deberes, millares de pasajeros habían podido viajar con entera seguridad." Después del elogioso brindis del jefe, se le preguntó al agasajado si tenía algo que decir. —Sí —dijo—; siempre he sentido viva curiosidad por saber una cosa; algo que nunca he podido comprobar. —Pues dígala usted —repuso el jefe—; que si le podemos explicar lo que desea saber, lo haremos con mucho gusto. —Bueno—dijo el anciano—, he sentido gran curiosidad, por casi cuarenta años, por saber por qué cada vez que entraba un tren en la estación, yo tenía que golpear las ruedas de los coches.

Un error semejante a éste se comete con harta frecuencia, cual es el de suponer que porque el maestro entiende perfectamente una materia o un propósito, que también lo ha de entender el alumno. Pero ello no es así; sino que han de tomarse en cuenta su edad, su experiencia y preparación.

Sí; el estado mental y espiritual del alumno, así como

su progreso han de tomarse constantemente en consideración. Esto es perfectamente evidente, y por lo mismo gozará de general aceptación. Sus implicaciones y relaciones no son, sin embargo, ni tan sencillas ni tan obvias; y con razón, desde que son tan vitales y de tan vastos alcances que constituyen el fundamento de todos los esfuerzos docentes. Por ejemplo, la disposición lógica de los hechos y de la materia puede convenir a la mentalidad del adulto, por estar disciplinada para pensar consecutivamente y ver las cosas como un todo orgánico. Esa disposición lógica, sin embargo, tiene escaso valor para los niños. Puede que esto explique el por qué los maestros que están acostumbrados a enseñar a los adultos hallen difícil enseñar a chicos. Eso exige lecciones especiales, así como especiales conocimientos sobre el trato que debe darse a esos menores.

De ahí que el orden y disposición en que hay que presentar los materiales, ha de determinarse por la forma en que el alumno aprenda mejor y con más rapidez, y no precisamente por aquella en que el maestro los dispondría para su uso particular. Eso hace necesario que muchos materiales e ideas relacionados con determinada lección haya que omitirlos por el momento, por importantes que sean, para cuando el alumno posea más madurez de sentido. Jesús reconoció este principio cuando dijo a sus discípulos: "Aun tengo muchas cosas que deciros, mas ahora no las podéis llevar." (Juan, 16. 12.)

Hay gran variedad de actividades para aprender que el maestro está llamado a dirigir. Sería difícil hacer una completa clasificación de ellas, pero para nuestro presente objeto, la que insertamos a continuación puede sernos de utilidad:

Actividades para aprender que desenvuelven la capacidad de ejecución; ciertos hábitos específicos y la pericia.

Actividades para aprender que desarrollan la inteligencia. Esto es un paso adelante.

Actividades para aprender que desarrollan el sentido del mérito y del valor; las actitudes y las apreciaciones.

Ha de resultar evidente para todo maestro que el tercer aspecto del mencionado proceso de aprender supone necesariamente los otros dos. Sin embargo, por razones de conveniencia habrán de tratarse por separado.

Vamos a ocuparnos ahora de ciertas cosas que el maestro puede hacer para dirigir cada uno de estos géneros de aprendizaje.

I. La capacidad de ejecución

Si bien acostumbramos a volver la vista a nuestras escuelas públicas para desenvolver la mayor parte de nuestra capacidad específica relacionada con el proceso de aprender, el maestro de escuela dominical debe estar siempre preparado para ayudar a sus alumnos a adquirir destreza o mejorar la que tengan.

Además, hay tipos de destreza que se pueden ejercitar de modo especial en la escuela dominical, entre los cuales ocupa preferente lugar la facilidad en el manejo de la Biblia. El alumno debiera aprender, desde los albores de su vida, a recurrir a ella como a la fuente principal de su instrucción e inspiración religiosa; debería asimismo alen-

társele a observar la práctica de citarla. Y tan familiar debe serle, que pueda hacerlo con prontitud y fidelidad.

Y aunque el maestro no debe apresurarse a desarrollar y perfeccionar esta maestría antes de ocuparse en otras actividades estudiantiles y de que el discípulo se percate de la necesidad de usar la Biblia, debe, no obstante, prestarle mucha atención, a medida que esa necesidad se presente.

Además de la práctica en el manejo de la Biblia, para poder citarla cuando la necesidad se presente, habrá que brindarle al alumno frecuentes oportunidades para hacer ejercicios especiales, a fin de cultivar la presteza y la exactitud. Por regla general, esto puede hacerse eficazmente en las clases intermedias. Sin embargo, si los alumnos de mayor edad se mostraran inhábiles para manejar la Biblia, deberá el maestro, con tacto, inducirlos a ejercitarse en su manejo, hasta adquirir la indispensable destreza.

Como todo el mundo sabe, una concordancia bíblica presenta por orden alfabético ciertas palabras claves, que ocurren en los pasajes escriturales, con las indicaciones de los lugares donde éstos se hallan. Y así, cuando un alumno quiera buscar determinado pasaje, bastará recordar alguna palabra del mismo; luego la busca en la concordancia, y en esa forma hallará en la Biblia el pasaje que busque.

Las biblias para maestros (1) poseen una concordancia algo compendiada; pero puede adquirirse una mucho más extensa (2) por un módico precio. Por eso conviene que

(1) En inglés.

(2) En castellano, sólo tenemos al presente la de Sloan, publicada por la *Sociedad Am. de Tratados.*

los profesores de una clase preparatoria de maestros y los instructores de los departamentos de intermedios para arriba instruyan a sus respectivos alumnos en el acertado manejo de la concordancia.

Las aludidas biblias para maestros contienen también un índice de materias, parecido a la concordancia, que el alumno puede utilizar para hallar las adecuadas referencias escriturales de un determinado asunto. Los asuntos se encuentran dispuestos por orden alfabético; por manera que basta que el alumno busque el asunto que le interese, y en seguida hallará los pasajes que a él se refieren. No es fácil estudiar la Biblia inteligentemente si se carece de la destreza necesaria para el manejo de la concordancia y del índice de materias.

Los maestros de la Biblia deberían valerse igualmente de los mapas para enseñar a sus alumnos a usarlos con destreza. Porque, ¿cómo podría comprenderse bien, por ejemplo, la vida y viajes de Abrahán, o de Moisés, o de Pablo sin el auxilio del respectivo mapa? Pero no basta que el maestro mismo los emplee; es preciso también que enseñe a sus alumnos a adquirir hábitos y destreza para utilizarlos acertadamente.

También hacen falta las obras generales de consulta para estudiar la Biblia inteligentemente, tanto de parte del maestro como del alumno. Un libro o una serie de libros que traten de la historia de la Biblia pueden ser utilísimos para el estudio general o de conjunto de la Biblia, así como también para el estudio y enseñanza de las lecciones en particular.

Las biografías de los personajes bíblicos, como Abrahán, Josué, Samuel, David y otros héroes del Antiguo Testamento, así como la vida de Cristo, la de Pablo y de otros abanderados del Nuevo Testamento.

La destreza de que aquí tratamos es meramente sugestiva. El maestro debe estar alerta para advertir las necesidades de sus alumnos referentes a cualquier aptitud específica, y luego disponerse a facilitarles las actividades que les ayuden a cultivar la necesaria capacidad.

II. La inteligencia

Si nuestra enseñanza ha de ser eficaz para el cultivo de la conducta, es preciso dirigir al alumno en la adquisición de inteligencia. Hace muchísimo tiempo que un maestro cristiano preguntó a un ávido investigador: ¿Entiendes lo que lees? He ahí una pregunta que siempre es oportuna para aquellos que se preparan para enseñar las Santas Escrituras. Urge que ayudemos a nuestros alumnos en la comprensión de lo que se lee, de lo que se dice y de aquellas cosas más profundas de los Escritos Sagrados.

Como esas cosas son a menudo más o menos profundas, quizá se requiera una variedad de actividades antes de que sea posible tener una clara inteligencia del asunto. El maestro suele descansar demasiado a menudo en una simple definición o declaración o experiencia, para finalmente descubrir que el alumno ha comprendido el asunto de una manera errónea o incompleta. Ello se debe en buena parte al hecho de que hay alumnos demasiado tímidos para preguntar; y así dejan de formarse una adecuada idea de aquello que desean entender.

Se requieren muchos tipos de actividades para desarrollar la inteligencia y la generalización. Además, cada nueva experiencia tiende a modificar las precedentes concepciones.

Un inspector departamental de escuelas visitó una vez, en compañía de un amigo, una escuela para indios. Con tal motivo, el maestro mandó formar a los niños para presentarles los visitantes. Al amigo del inspector lo presentó como el doctor X. Un indiecito, no bien oyó la palabra "doctor", comenzó a llorar a voz en grito. Luego se supo que poco antes de eso, un médico escolar había venido a la escuela y vacunado a todos los niños. Por eso, cuando el indiecito oyó al maestro llamarle al visitante "doctor", pensó en seguida que era uno que hacía cosas dolorosas en los brazos de los niños. Sin embargo, ahora ya podía modificar su anterior generalización, la cual pudo haber expresado así: Los doctores son hombres que lastiman a los niños en los brazos.

Los tipos de actividades más comúnmente utiiizados para el desarrollo de la inteligencia, pueden denominarse enseñanza objetiva. Estos son: los cuadros o figuras, la conferencia, la discusión, los debates, la dramatización, la lectura, la solución de problemas y los varios tipos de expresión creativa. La mayor parte de éstas representan actividades que el maestro de escuela dominical puede emplear fácilmente. Este, al hacer planes de las actividades para el desarrollo de la inteligencia, debe cuidar de ver que la actividad que haya seleccionado no sea demasiado com-

plicada, a fin de que el alumno pueda hacerla fácilmente. Para eso, la sencillez y la claridad han de ser la constante finalidad del maestro. Este debe planear las actividades de tal suerte que contengan cierto número de elementos que le sean familiares al alumno. ¿A qué se parece esto?, es poco más o menos la primera pregunta que uno se hace cuando se dispone a considerar alguna cosa o una idea que entrañe inteligencia. ¿Para qué es? ¿De dónde provino? ¿Resultará eficaz? Tales son las preguntas que indican la necesidad de suministrar elementos familiares cada vez que un nuevo caso lo requiera.

El Maestro de los maestros reconoció la necesidad de utilizar las situaciones que les eran familiares a sus oyentes para el desarrollo de la inteligencia o la comprensión de las importantes verdades que El quería enseñarles. Y así hizo frecuente uso de la forma parabólica.

"El reino de los cielos, dijo, es como un hombre que parte para un país lejano..."

Pedro le dijo: "¿Cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré?" A lo que respondió Jesús: "Hasta setenta veces siete." Luego les explicó el verdadero sentido del perdón, diciendo: "El reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos..." (Mateo, 18. 23-35.)

Al seleccionar las lecturas para el cultivo de la inteligencia el maestro debe cuidar de que no contengan un lenguaje difícil. En muchos casos se da por sentado que el lenguaje usado por el maestro ha de ser comprensible

para el alumno, llevado del hecho de que es perfectamente inteligible para él. Afortunadamente, ahora es posible utilizar muchos catálogos de obras de lectura que contienen sugestiones referentes a los tipos de lectores a que están destinados.

Tanto el maestro como el alumno deberían tener muy en cuenta el objeto de la enseñanza; y por lo mismo, el maestro deberá —cuando fuere necesario— dar las pertinentes directivas específicas. Si se trata de una lectura sugerida, debe hacérsele saber claramente al alumno la razón por que se lee particularmente ese relato o pasaje escritural. Si con ese motivo se suscitase una discusión, el asunto principal deberá mantenerse en el primer plano en todo momento. Muchas apasionadas discusiones han resultado prácticamente inútiles como actividades estudiantiles, sencillamente por haber permitido que siguiesen un rumbo cualquiera, dictado por el capricho.

Deben concederse amplias oportunidades al alumno para el ejercicio de su iniciativa personal. También ha de estimulársele a la práctica de expresarse como a él le plazca. Hay muchos alumnos que carecen de la aptitud de expresarse con facilidad, ya al hablar, ya al escribir. Pero esto no quiere decir que no tengan cultivada inteligencia; sino que acaso tengan alguna otra manera de expresarse que deba estimularse. ¿Pueden pintar o dibujar? ¿Pueden escribir una poesía? ¿Pueden coleccionar ejemplares de cosas raras? ¿Pueden tomar parte en una producción dramática? Sean cuales fueren los medios que se tengan a mano por los cuales el alumno pueda dar expresión a su inteli-

gencia de la verdad que haya de aprender, el maestro debe percibirlo y estimularlo.

III. Actitudes

El cultivo de apropiadas actitudes es la cúspide de la buena enseñanza. Esto requiere actividades de todos los tipos antes mencionados. Envuelve también adecuadas actividades mediante las cuales el estudiante tenga oportunidad de repetir situaciones en las que la deseada actitud es un factor. De ahí que sea útil hablar de las actitudes. También es un estímulo la lectura que hable de personas que hayan mostrado actitudes recomendables al hallarse en situaciones que pueden interpretarse fácilmente. Sin embargo, una persona no adquirirá ni cultivará una actitud, salvo que se le dé una oportunidad para expresarla.

En cierta escuela se dió gran importancia a la idea de enseñar a los alumnos "a emplear dignamente las horas libres". Hablaron de ello los maestros; lo apoyó calurosamente el director, y los padres de los alumnos se mostraron entusiasmados. Por lo que hace a los alumnos, se regocijaron ante las perspectivas de brindárseles a todos la oportunidad de hacer verdaderas maravillas, dignas de las horas de ocio. Pero fracasaron en desarrollar un sano discernimiento o hábitos apropiados durante esas horas libres. ¿La causa? No es difícil hallarla; hela aquí: No se les había concedido un solo momento para ensayarse en hacer lo que les diese la gana, y así no pudieron aprender a usar

las horas libres, por no habérseles dado ninguna oportunidad para ello.

Otro tanto ocurre con las actitudes cristianas que el maestro de escuela dominical procura inculcar. ¿Le gustaría a éste que sus alumnos adoptasen una actitud simpática para con aquellos que se encuentran angustiados? Entonces háblele de alguien que se halle pasando por alguna angustia, y por el cual puedan hacer algo. ¿Le gustaría que aprendiesen a cooperar con otros? Bríndeles o utilice alguna oportunidad que les permita trabajar juntos en una actividad común. ¿Le gustaría enseñarles a ser reverentes? Proporcióneles entonces oportunidades en que puedan experimentar y manifestar la reverencia.

Los maestros a menudo se interesan tanto en los detalles de la enseñanza, que las actitudes que motivan la conducta se las pasa por alto. Jesús tuvo presente algo de esto cuando fustigó a los escribas y fariseos con una de las más severas expresiones que brotaron de sus labios: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque diezmáis la menta, el eneldo y el comino, y habéis omitido lo más grave de la ley, el juicio, la misericordia y la fe; esto debíais hacer, sin omitir aquello." (Mateo, 23. 23.)

Las actividades deben ser progresivas. A medida que el alumno progresa, las actividades docentes deben ser más complejas y variadas. Ocuparse en las mismas cosas, y siempre en la misma forma, cada domingo, resulta tedioso e ineficaz. Tal es, sin embargo, la práctica que caracteriza a una multitud de escuelas dominicales. El recuerdo de la familiar escena de los viernes de tarde en las escuelas

rurales de hace una generación está fuertemente grabado en nuestra memoria. Era costumbre recitar, los viernes de tarde, poemas, ensayos o discursos, aprendidos de memoria para tal ocasión. Esa práctica servía de recreo y de oportunidad para ejercitarse los alumnos en el arte de hablar en público. Más de un brillante orador atribuye su éxito a la costumbre de "recitar discursos" los viernes de tarde. Los alumnos de esas escuelas rurales aprendían de buena gana discursos de cuando en cuando, y de esa forma enriquecían su acopio de conocimientos literarios y fortalecían su fuerza de expresión. No era raro, sin embargo, que hubiese algún muchacho que se limitara, por lo general, a decorar alguna estrofa o estancia. Y así, sucedía que una y otra semana, después que sus condiscípulos recitaban "sus nuevos discursos", como ellos decían, pasaba él adelante y repetía el mismo estribillo, con el mismo sonsonete. Como puede comprobarse, ese alumno no progresaba, a causa de repetir siempre la misma cosa.

Las actividades, si queremos que ayuden al alumno a aprender, han de contribuir al aumento de su interés y de su esfuerzo. En otras palabras, han de ser progresivas. Planear y dirigir esas progresivas actividades, es lo que constituye el alma de la función del maestro.

SUGESTIONES DOCENTES

Cuestionario para Estudio y Repaso

1. Demuestre que las actividades deben tener sentido y propósito.

2. ¿Cuáles son algunos de los más frecuentes errores cometidos por los maestros acerca de las actividades estudiantiles?
3. Muestre la distinción entre la disposición lógica y psicológica del material.
4. Señale cuáles son los tres tipos de actividades para aprender estudiados en este capítulo.
5. Diga cuáles son algunas de las capacidades específicas que debieran adquirirse en la escuela dominical.
6. Demuestre que es necesaria una variedad de actividades para el cultivo de la inteligencia. ¿Qué tipo de actividades se sugieren para el logro de ese propósito?
7. ¿Cómo desarrolló el Maestro de los maestros la inteligencia de sus oyentes?
8. ¿Pueden desarrollarse las actitudes totalmente aparte de la conducta? ¿Qué nos sugiere esto en cuanto a adecuadas actividades estudiantiles para el desarrollo de las deseadas actitudes?
9. Dése una ilustración de cómo la enseñanza de sucesos detallados puede impedir la realización de objetivos didácticos más grandes.

Plan Temático

OBSERVACIONES SOBRE ACTIVIDADES ESTUDIANTILES

I. LA CAPACIDAD DE EJECUCIÓN

1. La Escuela Dominical debe ayudar al alumno a adquirir destreza.
2. Sobre todo para manejar la Biblia.

II. La inteligencia

1. "¿Entiendes tú lo que lees?"
2. Variedad de necesarias actividades.
3. Deben comprender elementos familiares.
4. Debe facilitar la iniciativa del alumno.

III. Actitudes

1. La cúspide de la buena enseñanza.
2. Hay que dar lugar a los ejercicios.
3. Las actividades deben ser progresivas.

VIII

LOS MAESTROS DEBEN PLANEAR LA LECCION

Una cosa que vale la pena merece que se la planee cuidadosamente. Por eso, tratándose de algo tan importante y complejo como es el enseñar en la escuela dominical, debiera emprenderse sólo después de haberlo estudiado cuidadosamente bajo todos sus aspectos. Pero lejos de hacer eso, es frecuente que los maestros se dispongan a enseñar a una clase cuando es evidente que no han hecho ningún plan para realizar esa tarea. De ahí que los resultados sean muy desalentadores y positivamente dañosos. Por eso es necesario hacer previamente un plan, aun cuando haya que modificarlo llegado el momento de ponerlo en ejecución. En efecto, el maestro debe tener muy en cuenta tales circunstancias cuando haga el plan de la lección.

Hasta ahora, los importantes y variados elementos que forman parte del proceso de enseñar y aprender se han considerado aisladamente. Sin embargo, el éxito del maes-

tro depende de que se hagan planes referentes al empleo de esos elementos en cada período de clase, a fin de utilizarlos en relación los unos con los otros. Las verdades que hay que enseñar, según se ha indicado en los objetivos, la naturaleza y el interés del alumno, las actividades que han de realizarse, la materia que debe enseñarse, el método que es preciso seguir, los medios de comprobar o apreciar los resultados de la enseñanza hay que estudiarlos y disponerlos de antemano, así como el plan de la acción que ha de seguirse.

No es posible ni deseable exponer detalladamente en esta obrita un plan para que lo siga el maestro en todos sus detalles. Sin embargo, se harán algunas sugestiones generales para que les sirvan de guía a los maestros cuando hagan sus planes de trabajo.

I. Comiéncese temprano

Los maestros prolijos comienzan a estudiar la nueva lección, a ser posible, no bien han impartido la precedente. El domingo por la tarde es una oportunidad excelente, y para muchos preferible, para dar comienzo a la preparación de la próxima lección. El elemento tiempo aquí, como en cualquier otro caso, es importante: se requiere tiempo para orar, tiempo para meditar, tiempo para enfrascarse en la lección, tiempo para penetrar en el campo de otros y ver lo que han hecho, tiempo para apropiarse las verdades de la lección.

Hay sólidas razones para comenzar temprano, aunque a primera vista no lo parezca. Si durante la tarde del domingo hacemos nuestro primer estudio del pasaje de la Biblia que habremos de enseñar el domingo próximo, dispondremos de toda la semana para estudiarlo y meditarlo; para recapacitar sobre él mientras realizamos nuestros cotidianos deberes y de paso que vamos a nuestros empleos y regresamos de ellos. De esa manera, podemos discutirlo, cuando la ocasión se presente, con otros maestros, con el pastor o con otros eruditos en asuntos bíblicos. Procediendo así, nos será posible presentarnos en la clase con plena y profunda comprensión del pasaje y con una riqueza de apreciación que no se podría lograr de otra manera.

II. Comiéncese por la Biblia

Como quiera que de la Biblia extraemos el material para la lección de la escuela dominical, se sigue que todos los planes han de comenzar por ella. Si los asuntos se hallan bosquejados en las Lecciones Uniformes o Graduadas o en algún otro lugar, estúdiese todo el pasaje bíblico propuesto, así como el impreso; léaselo repetidas veces; léase asimismo la lección más extensa de la cual éste forme parte. Léanse también otras partes de las Escrituras que proyecten luz sobre el pasaje de la lección, valiéndose para ello de una Biblia con referencias y de los auxilios para el estudio de la lección. También se lo debería leer, a ser posible, en el original; y si esto no es factible, leerlo al menos en una

versión distinta de aquella que solemos usar de ordinario (1).

Deberíamos asimismo esforzarnos por pensar de una manera original y extraer verdaderos tesoros de ese divino libro. De hacer un estudio así de la Biblia, quedaremos resarcidos del tiempo y el trabajo que nos haya costado.

III. Lista de los designios u objetivos

Después de habernos apropiado la verdad de las Escrituras, hagamos una lista de los objetivos o designios que hayan de servirnos de guía al enseñar. Por regla general, los auxilios de la lección suguieren deseables objetivos. Sin embargo, después de habernos familiarizado completamente con las verdades de la lección, deberíamos hacernos varias preguntas y escribir las respuestas: ¿Qué verdades se sugieren en el pasaje bíblico que impliquen pericia, inteligencia y actitudes que puedan servir de fundamento para las actividades de una clase? ¿Qué experiencias han tenido los alumnos que les sirvan de base para alguna actividad efectiva? ¿Qué actividades estudiantiles se podrían sugerir? ¿Advertimos a través del interés que hemos descubierto en nuestros alumnos la posibilidad de desarrollar una finalidad en torno a la cual podamos organizar adecuadas

(1) En nuestro caso, puede usarse la *Versión Moderna*, la *Versión Hispano Americana* del N. T. y *El Nuevo Pacto*, por ser muy fieles a los originales y estar en castellano moderno. (*Nota del Traductor.*)

actividades estudiantiles? ¿Qué actividades se sugieren aquí que se presten, ya para dar comienzo al período lectivo, ya para desarrollarlo, ya para finalizarlo?

IV. Estúdiense de nuevo el interés y las necesidades de los alumnos

No es suficiente estudiar y catalogar de una vez por todas el interés, el ambiente y las necesidades individuales de nuestros alumnos. El plan de cada lección requiere que examinemos cuidadosamente toda información aprovechable que nos ayude a comprender las circunstancias que rodean la clase y que puedan afectar a los alumnos en sus estudios. Todo nuevo o desusado acontecimiento, toda circunstancia que haya de desarrollarse durante la semana; toda manifestación de especial interés durante el período que precede al de la clase debemos tomarlo en consideración y tenerlo presente mientras trazamos nuestros planes para la próxima lección. Para guardarse de dejar esto librado al azar, debiéramos escribir todas las observaciones. Por ejemplo, haremos bien en preguntarnos: ¿Fué el interés que se manifestó durante la hora de la última clase tal que se extienda hasta la del domingo próximo? ¿Ha ocurrido durante la semana algún inusitado suceso que encierre especial interés para mis alumnos? ¿Ha tenido alguno de ellos alguna experiencia especial que pueda influir en su interés?

V. Divídase bien el tiempo

Hechas y contestadas tales preguntas, ya estamos en condiciones de hacer la lista de las indicadas actividades, a fin de que los alumnos se ocupen en ellas.

El tiempo que dura el período de la lección apenas pasa de unos treinta minutos. Por eso mismo, hay que utilizarlo en su totalidad, por ser un depósito sagrado; de ahí que cada momento deba aprovechársele hasta el máximo, y no perder un solo minuto. No tiene que haber interrupciones, y el plan de la lección ha de ser tan flexible que pueda ajustarse a cualquier necesidad que haya de suplirse.

Es de suma importancia, como ya hemos sugerido en otra parte, que en los últimos momentos de la clase no haya ni interrupciones ni confusiones. Sucede frecuentemente que un magnífico principio y un brillante desarrollo de la lección resultan ineficaces por no haber el maestro reservado algún tiempo para poner fin a la lección en forma ordenada y lúcida. Un plan cuidadosamente trazado de antemano coadyuvará a evitar tal orden de cosas, y facilitará el desarrollo de la lección de una manera ordenada y tranquila hasta su conclusión.

VI. Selecciónense adecuados materiales

Aunque la Biblia es la fuente principal del material de enseñanza, con todo, podemos recurrir a otras fuentes en busca de valiosos materiales que podrán utilizarse con gran ventaja. Por eso mismo, conviene hacer una lista de los más aprovechables, a fin de tenerlos a mano cuando sean

necesarios para emplearlos de manera eficaz en las actividades estudiantiles. He aquí una lista de los que con más frecuencia se usan.

Objetos. Un medio directo y eficaz para lograr que se nos entienda es el empleo de objetos. Ver una cosa, tocarla, gustarla, olerla y hacer preguntas tocante a su uso y compararla con otras que nos sean familiares, constituye uno de los principales medios de aprender. Es claro que este género de enseñanza tiene sus límites. Y hasta es posible que el maestro eche mano de algo que no sea adecuado para darse a entender. Es posible además que recurra a algún objeto que sólo se halle en algún país extranjero. En ese caso, es preciso apelar a otros medios, ya que por todas partes se puede dar con objetos útiles para ilustrar la enseñanza; objetos que, por lo demás, no faltan, sino que abundan, por lo que es fácil dar con ellos. Con ese fin en vista, el maestro debe mantenerse constantemente alerta para descubrir la clase de objetos que pueda utilizar en la enseñanza. Una copiosa fuente de ellos puede hallarse en las casas de los propios alumnos o en el vecindario, entre aquellos que, habiendo viajado al extranjero, trajeron consigo interesantes objetos de las tierras por ellos visitadas, los que pueden ser útiles en la enseñanza de la Biblia. En general, esas personas no tienen inconveniente en prestar esas cosas con un fin provechoso. Hasta es posible que ellos mismos, si se los invita, visiten la clase y expliquen a los alumnos la naturaleza de los objetos solicitados y el designio de los mismos.

Cuadros. Dado que no podamos llevar a la clase aquellos objetos con los cuales deseamos desarrollar las inteligencias de los alumnos, podemos llevar cuadros o figuras como un buen sustituto. Hoy es fácil obtener, a ínfimos precios, cuadros o figuras de infinidad de cosas. Ocurre con los cuadros o figuras lo que con los objetos, que se los puede hallar en abundancia. Los mismos alumnos pueden encargarse de buscarlos si se los induce a ello. Luego hay que cuidar que el objeto o cuadro sea apropiado para despertar la inteligencia. Convendrá, por eso mismo, hacer una lista de cuadros que puedan suministrar una buena enseñanza, acrecentándola de tiempo en tiempo, a medida que tengamos noticia de otros que sean apropiados al fin perseguido. Una lista acumulativa, o, mejor aún, un tarjetero índice de cuadros adecuados es de mucha utilidad para planear el material apropiado que ha de usarse en relación con los planes de lección.

Material impreso. Para las clases de alumnos que pueden leer hay una enorme cantidad de material de lectura que se puede utilizar para enseñar: cuentos, narraciones descriptivas, libros de viajes, obras de consulta de todas clases, que pueden adquirirse en la mayoría de las poblaciones. Hasta en las más remotas poblaciones rurales es posible adquirir libros acudiendo a una ciudad o pueblo adyacente. Los auxilios para preparar la lección preparados y editados por la Junta de Escuelas Dominicales también son útiles, ya que permiten aprovecharse de los tesoros literarios de aquellos que dedican su tiempo a la búsqueda

de materiales adecuados para la enseñanza; esos auxilios contienen además sugestiones acerca de su empleo. Una costumbre de no pocos maestros es la de archivar recortes de material impreso en carpetas adecuadas a ese fin, por creer que pueden serles útiles para enseñar.

Experiencias personales. La experiencia es la mejor maestra. Algunos hasta llegan a decir que es la única maestra. La verdad es que no hay una fuente más rica de material que la de la experiencia. Los maestros no podemos transmitir nuestra experiencia a los alumnos, pero éstos pueden substitutivamente experimentar mucho de lo que nos ha conmovido e influenciado a nosotros y a otros. De consiguiente, al hacer el plan de nuestro trabajo debiéramos examinar nuestras experiencias de aquellas cosas que pudieran serles de ayuda a nuestros alumnos, para lograr la deseada inteligencia o comprensión. Hay muchos excelentes maestros que acostumbran llevar un cuidadoso diario, del que hacen extracto de experiencias que les ayuden en su enseñanza.

Pero en este particular, hay que poner mucho cuidado, pues los alumnos se aburren fácilmente cuando después de una y otra lección, se reduce su principal ocupación a escuchar la recitación que el maestro hace de sus experiencias personales. Si el maestro piensa emplear sus propias experiencias como materia para la lección, ha de hacerlo con la convicción de que ese es el mejor medio disponible para desarrollar la deseada comprensión. En ocasiones, un maestro recopila anécdotas acerca de las expresiones de

otros y las cuenta como si fueran suyas. Esto jamás debe hacerse; pues no sólo es deshonesto, sino que tiene cierto olorcillo de insinceridad que el alumno percibe al instante.

VII. Hágase un esquema de procedimientos precisos

Poseídos los objetivos, las actividades que se nos han ocurrido y los materiales, resta la fase final del plan, la que consiste en enumerar cuáles serán los probables procedimientos para iniciar el perío de la lección, explicarla y concluirla.

La naturaleza de las actividades planeadas y de los materiales que han de emplearse, determinarán en gran parte la forma general de los procedimientos que habremos de seguir. Sin embargo, no tenemos que dejar los procedimientos al acaso, sino que debemos determinar específicamente de qué manera pensamos dar comienzo al período de la lección. ¿Convendrá iniciarlo con una pregunta? En caso afirmativo, ¿qué preguntaremos? ¿Cuáles son las probables respuestas que obtendremos? ¿Cómo las continuaremos? ¿Cuánto tiempo emplearemos en los preliminares?

De la misma manera, deberíamos hacer un plan lo más específico posible para todas las etapas del desarrollo y conclusión de los períodos de las actividades de las clases.

También deberíamos incluir sugestiones alternadas para adaptar el procedimiento a los posibles cambios que puedan surgir.

VIII. Revísese el plan de la lección

Habiendo desarrollado el plan de la lección de forma tal que incluya todos los elementos esenciales, hemos de revisarlo cuidadosamente y perfeccionarlo antes de ponerlo en ejecución. El planeamiento y la preparación han de hacerse lo antes posible a fin de disponer de tiempo suficiente para madurarlo en nuestras mentes. Desde entonces y hasta el momento de la clase, deberíamos atender a que lo que leamos y pensemos tienda al logro de una feliz ejecución del plan. Preparados en esa forma, iniciaremos el período de la clase con la certeza de que impartiremos la mejor enseñanza y que obtendremos los mejores resultados.

SUGESTIONES DOCENTES

Cuestionario para Estudio y Repaso

1. ¿Por qué debe el maestro preparar cuidadosamente un plan de la lección?
2. Discútase la sugestión de que el plan de la lección debe incluir todas las fases de la enseñanza.
3. ¿Por qué debe el maestro comenzar desde temprano a preparar la lección?
4. Discútase la sugestión de que el maestro debe comenzar la preparación de la lección con el estudio de la Biblia.
5. ¿Por qué debe hacer el maestro una lista de los designios u objetivos?

6. ¿Por qué debe estudiar de nuevo el interés y las necesidades del alumno?
7. ¿Qué quiere decir dividir bien el tiempo?
8. Explánese la selección de materiales adecuados.
9. Dígase de qué procedimientos precisos ha de hacerse un esquema.
10. ¿Por qué ha de revisarse el plan de la lección?

Plan Temático

I. Comiéncese temprano

II. Comiéncese por la Biblia

III. Lista de los designios u objetivos

IV. Vuelva a estudiarse el interés y las necesidades de los alumnos

V. Divídase bien el tiempo

VI. Selecciónense materiales adecuados
   1. Objetos.
   2. Cuadros o figuras.
   3. Material impreso.
   4. Experiencias personales.

VII. Esquema de procedimientos precisos

VIII. Revísese el plan de la lección

IX

LOS MAESTROS DEBEN SOMETER A PRUEBA SU ENSEÑANZA

Un cazador salió una vez a cazar. Más tarde, se le preguntó si había cazado algo. —No sé —dijo—; apunté y tiré a siete patos, pero no me tomé la molestia de ver si había muerto alguno. Huelga decir que nadie creyó en la habilidad de ese hombre como cazador.

Hay muchos maestros de escuela dominical que se parecen a ese cazador, en que apuntan y tiran, pero no se toman el trabajo de ver si acertaron a algo. Los tales, en aras de ayudar a sus alumnos a aprender, hacen planes con ese fin en vista; se esfuerzan porque tengan éxito, pero de ahí no pasan; no se toman el trabajo de verificar si han logrado su objeto.

La única forma de averiguar eso es sometiendo a prueba su enseñanza, es decir, medir los resultados. Los educadores pueden hacer eso "evaluando (fijando el valor de) la enseñanza".

Someter a prueba los resultados del trabajo realizado por el maestro y los alumnos constituye una de las fases más importantes del proceso de enseñar y aprender. Y esto es tan aplicable al trabajo de la escuela dominical como al de cualquier otra escuela. Sin embargo, los exámenes, las pruebas y los otros medios de evaluación, tan comúnmente usados en las escuelas públicas, muy poco se han utilizado en las escuelas dominicales. Por regla general, unas cuantas preguntas cuyas respuestas se reducen a la recitación de los hechos de la lección, constituyen el único medio de averiguar los resultados de la enseñanza.

¡Cuán grande sorpresa no recibirían muchos maestros al descubrir, mediante una sencilla prueba de su trabajo, cuan poco habían aprendido sus alumnos como resultado de su enseñanza Sin embargo, dada la importante empresa que el maestro tiene por delante, cual es la de dirigir el crecimiento de sus alumnos, es su obligación apreciar constantemente, por todos los medios a su alcance, el trabajo realizado a la luz de los objetivos dados a conocer.

En todas las etapas de la vida, comprobamos a cada paso nuestra posición, nuestra condición y nuestro progreso. El marino, por ejemplo, hace frecuentes sondeos para averiguar la profundidad de las aguas por donde ha de dirigir su nave; comprueba con regularidad su posición, observando las estrellas; observa y registra cuidadosamente el estado del tiempo; estudia la condición de su barco y la de la tripulación y lleva un minucioso diario de navegación a fin de llegar sano y salvo al puerto de destino. No menos importante es para el maestro de escuela dominical com-

probar a cada paso su enseñanza mientras dirige a sus alumnos por el camino de la verdad.

I. Objeto de la evaluación

La evaluación de la enseñanza, como lo hemos visto por las varias formas de exámenes y pruebas, no corresponde al propósito perseguido. Los exámenes son a menudo una pavorosa prueba a la cual se invita al alumno a someterse.

Con demasiada frecuencia, como ya se ha dicho, esos exámenes consisten en pedir al alumno que reproduzca o recite cierto número aislado de hechos sin referencia alguna a otras relaciones. En lugar de ayudar al maestro y al alumno a cumplir su respectivo cometido, los exámenes aumentan a menudo la confusión y el desaliento. Una prueba que deja al alumno y al maestro conscientes de que los resultados son insuficientes en ciertos aspectos, carece de valor, a menos que sirva de acicate para el logro de una mayor actividad que contribuya a mejorar esa situación. A veces se les proponen a los alumnos ejemplos de pruebas realizadas por otros, mostrándoseles las altas clasificaciones alcanzadas por los tales, lo cual de poco o nada sirve para el logro de los deseados objetivos concernientes a la enseñanza. El empleo de tales pruebas o de otros medios de comprobación, puede que no sólo sean inútiles como recurso de perfeccionamiento de la enseñanza, sino que sean (y frecuentemente lo son) positivamente perjudiciales. Y esto es tan cierto tratándose de la enseñanza del Curso Preparatorio como de la de la escuela dominical.

El verdadero fin que se persigue al comprobar los resultados de la enseñanza es ayudar a los alumnos a lograr los anhelados objetivos. De ahí que los medios que se empleen habrán de ser de tal naturaleza que revelen el grado de progreso alcanzado por los tales en sus actividades durante la clase, e indiquen qué medios deberán utilizarse para mejorar el trabajo del alumno y del maestro. Habiéndose ocupado este último en las actividades de la clase para que los alumnos adquiriesen pericia, inteligencia y actitudes específicas, debe averiguar diligentemente qué resultados se obtuvieron e interpretarlos de conformidad con los objetivos que se tuvieron en vista; y preguntarse: ¿Se ha cultivado la ambicionada pericia? ¿Se ha enriquecido y ha madurado la anhelada inteligencia? ¿Se han manifestado las apetecidas actitudes en la conducta diaria?

II. La evaluación ha de ser continua

Considerada desde este punto de vista, la evaluación de los resultados de la enseñanza no se limita a un examen o prueba al fin de la semana, o del mes, o del año, para averiguar cuanto pueden recordar los alumnos de lo estudiado en clase, sino que es un continuo proceso en el que participan el maestro y el alumno, e incluye los períodos cuando se da especial atención y énfasis a la evaluación de determinada división o totalidad del curso estudiado.

Al fin de una serie de lecciones sobre el mismo tema general, se debe brindar la oportunidad de hacer un repaso de lo estudiado. De esta forma, es posible establecer

importantes relaciones que de otra manera sería imposible establecer. Sin embargo, conviene tener presente que cada lección contiene sus propias verdades, y que por lo mismo deben contemplarse en perspectiva al final de la lección. Es claro que no se las podrá contemplar de antemano en su integridad y unidad. Repasar una lección para contemplarla en perspectiva es muy diferente de repasarla para conocer hasta qué grado la han comprendido los alumnos o para someter a prueba sus conocimientos, o para repetirla, a fin de fijarla bien en la memoria.

Sin embargo, como el maestro y el alumno se ocupan en una misma serie de actividades estudiantiles, la perspectiva varía constantemente; de lo que se sigue que no tienen que esperar a que se presente un momento favorable para evaluar el trabajo realizado.

III. La evaluación del alumno

Cuando se haya logrado despertar de tal forma el interés del alumno que se ocupe de lleno en actividades que tengan algún propósito, éste examinará constantemente su trabajo para descubrir si esas actividades tienden al logro de tal propósito. La expresión de tales juicios es en sí una parte importante del proceso educativo y debe, por ese mismo motivo, ser objeto de la constante atención del maestro. En esa forma, el alumno se ocupará durante su vida en formar juicios críticos acerca de sus actividades. Ocuparse en hacer eso bajo la sabia dirección del maestro, es, sin lugar a dudas, de primaria importancia. En efecto, ave-

riguar hasta qué grado ha aprendido el alumno a formular sus juicios y a modificar su conducta es, en verdad, la verdadera prueba de la enseñanza.

IV. La evaluación del maestro

Puesto que pesa sobre el maestro la responsabilidad de guiar a los alumnos en todas las actividades de la enseñanza, debe evaluar no sólo el trabajo del alumno, sino también su propia enseñanza, a medida que los resultados se revelen en el progreso de los alumnos, y preguntarse: ¿Han resultado las actividades tan eficaces como yo lo esperaba cuando las planeé y mientras las dirigía? Fueron algunas de ellas extemporáneas e inapropiadas? ¿Hubo algunos procedimientos que podrían haber sido más eficaces de lo que fueron? Tal inventario debiera ocupar su asidua atención después de cada esfuerzo docente, y los resultados utilizarlos en planear el trabajo para la próxima clase.

La evaluación del maestro incluye no sólo la suya propia, sino también el deligente escrutinio de los resultados de las actividades de los alumnos, sugeridas bajo tres divisiones, de suerte que las actividades del maestro, al evaluar el trabajo de la clase, pueden considerarse bajo estas mismas divisiones.

1. *Hábitos y pericia específicos.* Habiéndoles propuesto a sus discípulos ciertos hábitos ponderables con la mira de que los cultiven, el maestro tiene que buscar la forma de averiguar si los cultivan en debida forma. Este tipo de evaluación se presta fácilmente para utilizarlo en hacerles preguntas y enseñarles ejercicios. En tales circunstancias, es dable observar la exactitud con que se contestan las preguntas y la rapidez y precisión con que realizan específicos actos de destreza; también es posible notar las dificultades. Los resultados que se obtengan nos indicarán otras actividades adicionales que se presten para un más amplio desarrollo de la ambicionada pericia.

En años recientes, se han inventado numerosos objetivos o nuevos tipos de pruebas o exámenes para uso de las escuelas públicas. Cuando se las usa convenientemente, esas pruebas ofrecen muchas ventajas, y hasta llegan a ser muy interesantes para el alumno, como quiera que los resultados se pueden fácilmente verificar y computar. En efecto, el alumno suele participar a menudo en la verificación y cómputo de tales pruebas.

Ciertos alumnos fueron sometidos a un examen que constó de dos partes. La primera se realizó casi al principio del año, durante el período de una clase; y la segunda, casi al final de ese mismo año. Ninguna pregunta de la primera prueba figuró en la segunda, pero se comprobó en ambas que los alumnos seguían luchando con las mismas dificultades en sus estudios. En la primera prueba, se dividió a los alumnos por grados, y se anotaron los resultados obtenidos en ella. Luego se hizo lo mismo en la segunda, y de esa manera pudo saberse si habían o no progresado en conocimientos bíblicos durante el año.

2. *Inteligencia.* Aquí encontramos de nuevo que las preguntas son utilísimas para evaluar el trabajo del alumno.

Pero esas preguntas han de ser esencialmente distintas de aquellas que tienen por objeto apreciar el grado de retención de los hechos. La facultad de inventar preguntas debería cultivarse para lograr respuestas que revelen si el alumno ha cultivado la apetecida inteligencia. Como adición a las preguntas, habría que arbitrar los medios requeridos para que el alumno ejercite su inteligencia en determinados casos.

Si el examen demostrase que la inteligencia del alumno es obtusa y confusa, el maestro deberá recurrir a otros medios para aclarar el sentido.

3. *Actitudes.* Así como la provisión de medios para el cultivo de las deseables actitudes es lo más difícil que hay en el proceso de la enseñanza, así también el proveer los medios de averiguar si se han cultivado esas actitudes es lo más difícil en el proceso de la evaluación.

El maestro presupone con demasiada frecuencia que la prueba de haber cultivado hábitos, destreza e inteligencia ya es suficiente garantía de que se han logrado las ambicionadas actitudes. Pero no es así. En efecto, muchas personas hay que aunque pueden repetir con presteza y exactitud las doctrinas esenciales de la Biblia y dar pruebas de que han entendido las generalizaciones que suponen, todavía carecen de las actitudes apropiadas para observar una firme conducta cristiana.

Pedirle a un alumno que manifieste cual sea su actitud con relación a determinada situación, puede ser útil; pero eso no es suficiente para determinar lo que sea esa actitud.

El Maestro de los maestros reconoció eso y nos dió claras e inconfundibles enseñanzas al respecto. He aquí como se expresa:

> "Y guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros en pieles de ovejas, mas interiormente son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis.
>
> No todo aquel que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos."

De consiguiente, la prueba que corresponde hacer tocante a una actitud determinada es la de averiguar cómo se porta un sujeto cuando se halla frente a una situación en que la actitud es factor preponderante.

Una de las tareas propias del maestro es la de observar la conducta de sus alumnos en todas las manifestaciones de la vida. De ahí que deba preguntarse: ¿Es este alumno reverente? Por lo pronto, conviene que tenga claro sentido de la reverencia y que pueda definirla y citar ejemplos. La verdadera prueba, sin embargo, para saber si un alumno es o no reverente es la de averiguar cómo se conduce en la casa del Señor. Por ejemplo, ¿qué hace cuando el pueblo de Dios se halla reunido para adorar a Dios? ¿Asume habitualmente una reverente actitud mientras se ora en la iglesia? En el supuesto de que el maestro confunda el discreto silencio con la reverencia, convendrá hacer periódicamente un cuidadoso examen acompañado de algunas advertencias respecto a otros géneros de actitudes, a fin de que el maestro pueda formarse una buena apreciación del grado que haya adquirido el alumno de la anhelada actitud.

En años recientes, se han hecho numerosos esfuerzos tendientes a realizar pruebas uniformes de las actitudes. Algunas ya se las usa ampliamente en las escuelas públicas. Muchas de ellas son útiles y bien las pueden estudiar los maestros de escuela dominical.

Entre esas pruebas las hay también que tratan de los problemas morales o éticos, y se llaman "pruebas de discriminación ética". Las que revelan lo que piensan los alumnos acerca de la doctrina y la enseñanza religiosa se llaman "pruebas del concepto religioso". También las hay tocante a la conducta, que se hacen para averiguar qué género de conducta suelen observar los alumnos en determinados casos. Sin embargo, sea como fuere, los exámenes minuciosos de un maestro dado a la oración son casi tan fidedignos como los que se han hecho hasta el presente.

V. La prueba final de la enseñanza

Sean cuales fueren las circunstanciadas evidencias que poseamos del éxito de nuestra enseñanza, la prueba final ha de buscarse en las vidas de aquellos a quienes enseñamos. ¿Han descubierto los tales la verdad que es en Cristo Jesús? ¿Han logrado conocerlo en su carácter salvador? ¿Lo han aceptado como su salvador y reconocídolo como su Señor? ¿Le han obedecido en el bautismo? ¿Se hallan ocupados, a semejanza de Cristo, en servir a sus prójimos? ¿Ejercitan los talentos que Dios les dió para Su gloria? ¿Prestan su apoyo a Su causa mediante sus buenas obras y servicios? ¿Cooperan para que las buenas nuevas lleguen

hasta los extremos de la tierra? ¿Se esfuerzan por imitar a Cristo cada día en todos los aspectos de su vida?

El grado en que falten estas virtudes cristianas en las vidas de nuestros alumnos determinará el grado de deficiencia de nuestra enseñanza.

Dios tiene una forma misteriosa de hacer que se cumpla Su voluntad; y así, no siempre vemos las evidencias de los resultados de nuestra enseñanza; sólo El puede ver el resultado final de nuestros esfuerzos docentes. Sin embargo, el maestro cristiano consagrado que dedica a la enseñanza lo mejor de su esfuerzo, en el temor del Señor, aun cuando, a causa de las humanas limitaciones, no pueda responder con certidumbre a estas importantísimas preguntas, puede alentar la confianza de que se han de cumplir las palabras de la promesa que dice:

"...Mi palabra no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié" (Isaías, 55.11).

SUGESTIONES DOCENTES

Cuestionario para Estudio y Repaso

1. ¿Qué práctica se suele seguir en las pruebas o exámenes en la escuela dominical en que usted enseña?
2. A la luz de la enseñanza de este capítulo, ¿qué pruebas cree usted que serían aplicables y posibles en su escuela?
3. Exponga con precisión el objeto de la evaluación: 1) en forma negativa; 2) en forma positiva.

4. ¿En qué sentido tiene que ser la evaluación un proceso continuo?
5. ¿Qué opina usted de la evaluación del alumno?
6. Discútase la evaluación del maestro.
7. Exponga brevemente la forma cómo el maestro puede probar su enseñanza.
8. ¿Cuál es la prueba final de la enseñanza?

Plan Temático

I. Objeto de la Evaluación

II. La Evaluación es un proceso continuo

III. La Evaluación del alumno

IV. La Evaluación del maestro
   1. Hábitos y destreza.
   2. Inteligencia.
   9. Actitudes.

V. La prueba final de la enseñanza

CONTENIDO

	Pág.
I. Por qué enseñan los maestros	9
II. Los maestros deben saber lo que es la enseñanza	27
III. Los maestros deben conocer a sus alumnos	56
IV. Los maestros deben conocer lo que enseñan	75
V. Los maestros deben saber enseñar	88
VI. Los maestros deben despertar el interés en los alumnos y aprovecharlo.	106
VII. Los maestros deben ofrecer a sus alumnos adecuados medios de aprender	122
VIII. Los maestros deben trazar planes de lo que enseñan	137
IX. Los maestros deben someter a prueba su enseñanza	149

Se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos, Metod.
Fragata Sarmiento 1685, Buenos Aires,
el 15 de Noviembre de 1947.